EDICIÓN REVISADA

La *última* fuga

IVÁN KIRICHENKO

Sudamericana

EDICIÓN REVISADA

La *última* fuga

IVÁN KIRICHENKO

Sudamericana

Prólogo

Wild horses y *hombres nuevos*

Por Gerardo Grieco

Filomena fue la persona más ética y principista que conocí. Principista casi hasta la ingenuidad. Filomena fue mi tía favorita, y este libro presenta la historia novelada de su familia, de mi familia.

En 1972 yo tenía siete años, y de aquel verano me quedó grabada una imagen muy viva de Horacio, el hijo de Filomena y Carlos, mientras conversaba con Rosario y Daniel. Ellos eran un poco mayores que el resto de nosotros: primos y primas con quienes nos veíamos los fines de semana. En ese entonces, Horacio tenía dieciocho años. Me acuerdo de que estábamos en el jardín de la casa de mi abuela, y yo los espiaba, pero hacía de cuenta que seguía jugando. Horacio tenía una presencia linda, esa belleza de la juventud, desbordante. Este es mi último recuerdo de él.

Algunos años después, un día en 1979, me puse a revolver cajas y cajones que había en las estanterías del viejo taller de corbatas de mi abuela. Ya hacía años que no se utilizaba para la confección, y mi tío Antonio lo usaba a veces de depósito y a veces como cuarto de reparación, cuando algo dejaba de funcionar. Allí había algunas cajas con prendas antiguas —había telas de corbatas, algunas corbatas que servían para jugar— y otras que almacenaban de todo, eso que se va guardando y que nunca, después, cuando alguien lo requiere, se encuentra. En una de las cajas con libros descubrí, muy envueltos en una bolsa de nylon, varios vinilos. Eran siete discos: dos de Los Beatles, *Abbey Road* y creo que el otro era *Let It Be*, uno de los Rolling

Stones, *Sticky Fingers*, otro de Los Olimareños, *Cielo del 69*, y los últimos que vi: *Canta Zitarrosa*, de Alfredo Zitarrosa, y *Canciones para el hombre nuevo y Canciones chuecas*, de Daniel Viglietti. En uno de ellos, en la esquina y con letras mayúsculas, decía *HORACIO*.

Hasta ese momento, la música que yo más conocía era la de los tres discos de Ton Ton, los únicos que tenía. Ton Ton era una discoteca de la época y hacía una selección de canciones que en el liceo eran populares… no teníamos otra cosa. Recuerdo que aquel día me llevé ese tesoro que había encontrado en el viejo taller, apretado debajo del brazo. Salí rápido para mi casa y, cuando llegué, puse los discos a todo volumen. ¡Pah! La cabeza me estalló en mil pedazos. Por un lado, sabía que eran de Horacio, y, por otro, esas canciones que jamás había escuchado abrieron ante mí un universo de maravillas.

Claro que mi tía Filomena fue una de las que más marcó mi vida. Ejerció una influencia enorme, porque era principista y buena hasta los huesos. Lo que pasó el 14 de abril del 72, la muerte de Horacio, atravesó a toda la familia. En casa no se hablaba del tema, tal vez por *proteger a los niños*. Se mantenía el silencio; al menos hasta ese día de los vinilos, siete años después, en que, al llegar, mi padre me gritó: «¿¡Qué hacés!? ¡Bajá ya el volumen que pueden escuchar los vecinos!». Y lo vi en sus ojos. Vi que el miedo brotaba y que revivió aquel 14 de abril una y otra vez. Sentí el frío que le corría por la espalda al escuchar esas canciones a todo volumen. El susto que se pegó, mientras yo estaba en otra dimensión. Transportada por esa música, mi alma viajaba entre *wild horses y hombres nuevos*.

Volví a ver a Filo y a Carlos al poco tiempo, esa vez en su casa en Buenos Aires. Ya adolescente, iba a visitarlos allá y me fascinaba el amor y la conversación de aquellos tíos. Tanto, que trataba de ir con cualquier excusa, como fuera. Me acuerdo de las largas charlas con Filo, hasta la madrugada. Ella era especial, escuchaba. Sí, escuchaba al adolescente con plena atención y hablaba de todo desde sus principios y razones éticas que ponía siempre por delante.

Tiempo después, ya cuando volvieron a Uruguay, las visitas a los tíos se hicieron más frecuentes. Una de las primeras fue para devolverles los siete discos de Horacio. Fue muy removedor.

Filo se enojaba cuando me iba, a veces ya muy entrada la noche,

después de conversar seis o siete horas sin parar; a ella le parecía poco. Tenía siempre la aprehensión de atesorar esos momentos. Era, para ese entonces, definitivamente mi tía favorita, un ser que adoraba. Sus enojos siempre terminaban con la promesa de que la próxima vez yo iría con más tiempo.

Después, mucho después, les dejaba a mis trillizos en Punta del Este para poder descansar un poco. Almorzábamos juntos y nos veíamos en vacaciones y en visitas frecuentes. Fue en esos encuentros que Filo contó, en varias oportunidades, la compleja decisión que habían tomado con Carlos. Recuerdo esas conversaciones, ya más breves, difíciles. Al anunciar su plan, ellos cumplían con su obligación ética de enterarnos de su razonamiento y, al mismo tiempo, cada vez lo elaboraban más y más. Tal vez trataban de asimilar la decisión que habían tomado solo racionalmente.

Se cruzan en la vida muchas tempestades. Entre ellas, algunas con la imagen de mi padre tirado en la cama después del ACV, que nos revolcó de nuevo a todos en la familia, en especial a Filo y a Antonio. Y de recordar a mi padre en esa cama, pues sí pienso que sería mejor la posibilidad de encontrar una muerte digna, a decir de Filo, defensora de esa libertad.

Entre caballos salvajes y hombres y mujeres nuevos hay música, mucha música. ¿Y quién dice que la música no te cambia la vida? La música siempre viene así, de la mano de un ser querido e influyente, en un contexto de vida especial. Tan especial como que uno la deje entrar y fluir.

Esta historia novelada por Iván es una invitación a ponerse en la piel de aquellas vidas y nos obliga al ejercicio de la memoria, para que nunca más sucedan episodios como el del 14 abril de 1972, y, también, nos hace reflexionar sobre la suerte que tenemos todos los que no tuvimos dieciocho años en 1972 y sí los tuvimos después del 1985.

No maldigas del alma
que se ausenta
dejando la memoria del suicida

quién sabe qué oleajes,
qué tormentas
lo alejaron de las playas de la vida.

EDUARDO DARNAUCHANS

Antesala

Una caravana delirante pasaba por la ventana. Niños con túnicas blancas saludando, milicos armados hasta los dientes, políticos de traje y corbata sonriendo entre *flashes,* soldados cubanos, guerrilleros tupamaros y, después, Horacio. Todos corrían a contramano por la ruta Interbalnearia y luego desaparecían. Filomena los veía pasar una y otra vez, y no cerraba los ojos. En el asiento de al lado, Carlos miraba el techo del ómnibus, callado.

Al rato, el motor se apagó, y ellos se abrigaron otra vez. El frío se metió en el ómnibus apenas se abrió la puerta. Cuando habían salido de Punta del Este era de día; ahora estaban en Montevideo y la noche no tenía vuelta atrás. Bajaron y empezaron a caminar, despacito, por el costado de la pista de estacionamiento de la terminal Tres Cruces. Apretados de la mano, como siempre, subieron los escalones que desembocaban en la vereda y cruzaron la calle, hacia el hotel Days Inn.

Las puertas de vidrio se abrieron, ellos entraron, y ya encima de sus cabezas estaban las treinta y cinco lámparas del techo de la recepción, con las paredes espejadas a sus lados y la música de Babasónicos que sonaba suave, desde los parlantes: … *invierno primer plenilunio, nuestra cita para ti, para ti*. Solo se soltaron cuando Carlos, alto y corpulento, acodado contra el mostrador, tuvo que sacar, con sus manos pesadas y curtidas, el dinero del bolsillo de la camisa para pagar la habitación. Filomena, de tan bajita casi escondida tras la mesada, flaca y frágil, pero determinante, miraba hacia su costado izquierdo, como si aún viajara por la ruta, hasta que el recepcionista la interrumpió.

—¿Su nombre, señora?

—Filomena Grieco Melagrana.

—¿Fecha de nacimiento?

—11 de junio de 1928.

—¿Su nombre, señor?

—Carlos Rovira Placeres, fecha de nacimiento 20 de octubre de 1930.

La cámara detrás del recepcionista los filmaba apenas despeinados por el viento. Ella con los ojos color miel, endurecidos, raya al costado izquierdo en su pelo gris, que rozaba sus lentes. Él con su pelo blanco puro y su bigote impecable entre arrugas nobles. Ella con camisa color hueso a cuadritos rojos, pantalón, campera celeste de cuello grueso y bufanda marrón. Él con camisa azul, pantalón gris, campera beige y, también, bufanda marrón.

Tomaron la tarjeta magnética y esperaron el ascensor, solos, a las 19.18 del miércoles 8 de julio. Era inútil que el botones los ayudara porque no tenían equipaje. Con ese bolsito azul eléctrico les alcanzaba para llevar una lapicera, dos sobres de manila con documentos, un libro, algunas hojas sueltas, y el revólver calibre 38.

La canción seguía flotando en el aire, los acompañaba: *Hagámoslo rápido y juntos, nos vamos del mundo, déjenlo vacío y absurdo, yo seré mi juez mi verdugo…*

Ya en el ascensor, sintieron el calor del edificio, con su losa radiante y sus pisos de *moquette bordeaux*, con su corredor que los llevó a la habitación de puerta rebelde que no los quería dejar entrar. Tuvieron que bajar. «Disculpe, señorita, tal vez estemos haciendo algo mal, pero no podemos abrir la puerta. ¿Podría alguien ayudarnos?», preguntó Filomena.

No nos queda nada, la vida es la peor bofetada, yo seré mi juez mi verdugo…

Un empleado fue con ellos. La puerta de madera se había hinchado y se resistía. Después de varios intentos, pasaron la tarjeta magnética y se abrió.

Entraron callados. Carlos tiró los dos boletos de ómnibus en la papelera del baño, a su izquierda. Colgaron sus abrigos y sus bufandas en el perchero. El dormitorio, un monoambiente con una cama de dos plazas, un escritorio contra la pared y dos butacas con respaldo redondeado, se hizo más grande cuando abrieron las cortinas. Los ladrillos más altos de la terminal de ómnibus, iluminados, serruchaban

el cielo encapotado, que se pegaba en el vidrio contra el reflejo de sus propias figuras. Filomena quiso encender el televisor, pero algo andaba mal con el control remoto. Otra vez a llamar a la recepción, y otra vez el muchacho que volvió para arreglar el asunto. En la pantalla, candidatos a la presidencia de la República hablaban sin parar; la campaña para las elecciones de octubre de 2009 marchaba a toda velocidad. Al escucharlos, Filomena apagó de inmediato. Con cortesía, ambos le agradecieron al joven por la ayuda. Con la misma cortesía, él se dio vuelta, se alejó, y enseguida Filomena cerró la puerta.

Afuera solo los obligados caminaban por la calle. Estaba muy frío, los ómnibus entraban y salían de Tres Cruces, entraban y salían otra vez, aplastaban el asfalto congelado que el jueves siguió congelado porque el sol no asomó siquiera al mediodía, a la hora del *check out*. En ese momento, nadie en la habitación atendía el llamado del recepcionista, así que la mucama fue a ver qué sucedía.

Tres golpes a la madera, un único silencio. Habían pasado diecisiete horas. La mujer sacó su tarjeta magnética, la colocó en la ranura, avisó: «Permiso, mucama», y abrió la puerta.

Amor, carajo

«Esto no me puede estar pasando», piensa. Pero le pasa. Filomena intenta mostrarse firme y concentrada, aunque por dentro es puro nervio. Trata de seguir la clase: «A ver, vamos a retomar el tema que estábamos viendo ayer. Se acuerdan de que hablamos de la regla de tres, ¿verdad?».

Hace todo lo posible por no mirar, pero mira. Recorre las caras de cada uno de los alumnos, y allí lo ve sentado en su pupitre, alto, grandote, pintún, y se da vuelta de inmediato. Se pone a dibujar números en el pizarrón, mientras intenta ahuyentar la sonrisa que ya se le pegó en la cara. Imposible disimular.

«Esto no me puede estar pasando». Pero le pasa. Carlos baja la mirada hacia el cuaderno, hace de cuenta que toma apuntes; todo es un intento por calmarse. No logra decodificar una sola de las palabras que pronuncia Filomena, la maestra. Solo escucha el tono de su voz, suave, firme, brilloso.

Él es el único de la clase que no parece cansado, y eso que trabajó todo el día al igual que los demás. Es sacrificado ir a la escuela nocturna después de las ocho horas, sin embargo, en su caso es un placer. Siempre supo que estudiar es algo necesario para un adulto como él y lo asumió como una obligación. Por eso empezó a ir a clase en esa escuela pública de Maroñas, en General Flores y Guerra, pero jamás imaginó que iba a enfrentar una situación así, justo en el último año. Esa maestra bajita, con esa túnica blanca que le queda tan bien, le está haciendo soñar la historia más linda que se pueda vivir.

Filomena sabe que esto no está bien. Es cierto que Carlos tiene veinte años, solo tres menos que ella, pero es su alumno. Ciertas cosas están muy mal vistas en este Montevideo de 1951, en que los novios tienen horario de visita tutelados por los padres de alguno de ellos. Menos mal que son los últimos días de clase.

A Carlos lo ruboriza un poco la atracción que siente por su maestra. No lo frenan los prejuicios de la época, sino su percepción de que no calza los puntos necesarios. Por algo ella está ahí, mientras él está aprendiendo las cosas más elementales, después de haber trabajado todo el día en la barraca, piensa.

Una vez más, cuando termina la clase la acompaña hasta la parada de ómnibus y, mientras esperan, conversan. Primero hablan de bueyes perdidos. Luego, sin saber por qué, se quedan unos minutos en silencio y después Carlos se pone emotivo:

—¿Sabe una cosa? Le quiero dar las gracias por el cariño que pone en las clases. Me hace mucho bien ir, y usted me hace sentir que vale la pena. Como uno ya es adulto y recién está en la escuela, a veces la gente tiene prejuicios.

Justo esa palabra, perfecto. Filomena no pierde la oportunidad fantástica que le abrió Carlos. Lo mira a los ojos y se envalentona:

—Yo nunca me dejé llevar por los prejuicios. Nunca. Me declaro enemiga de los prejuicios.

Casi se queda mudo. Se pone tan nervioso y colorado ese grandote de un metro ochenta y cinco que siente que las baldosas están por explotar bajo sus pies. Con la voz finita, apretada en la garganta, apenas puede responder: «Estoy de acuerdo». Lo salva el ómnibus que esperaba Filomena. Se dan un beso en las mejillas y ella se sube. Lo que él quería decir lo había dicho.

Carlos se queda en la parada, solo, y ahora empieza a hablar con más cancha: «Qué bueno que pensemos lo mismo… Muchas cosas se pierden en el mundo solo por prejuicios». Pero Filomena ya está recostada en la baranda del interior del ómnibus, mirando por la ventana. Está aliviada porque dio el mensaje, y también está nerviosa. «Esto está mal, es un lío». Cuando mira su cara reflejada en el vidrio, sus ojos tienen un brillo extraño, lindo, y siente ese cosquilleo. Está enamorada.

Se escuchan murmullos en el ómnibus y el ruido del motor, aunque ella solo siente su propia voz repitiendo en su interior: «¡Sí, enamorada! Sí, es mi alumno, ¿y qué? ¡Nunca me importaron los prejuicios, carajo!». Siempre había hecho culto a la rebeldía, desde chiquita. Le fascinaban algunos cuentos corajudos de sus antepasados;

los contaba orgullosa.

La historia de Rafael Melagrana, su abuelo materno, fue novelesca. El verdadero padre de él había sido un conde, uno de los señores más poderosos de Rionero in Vulture, un pequeño pueblito con casas de piedra enclavadas en la falda de una montaña en la provincia de Potenza, en Italia. Al conde apenas se lo veía por el pueblo cada tanto, cuando iba a vigilar que en sus tierras y demás inmuebles estuviera todo en orden. La madre de Rafael era una empleada doméstica, conquista ocasional del conde. Cuando Rafael nació, ella lo entregó a un orfanato y desapareció de Rionero in Vulture. De allí lo mandaron con una familia adoptiva, que le dio nombre y apellido, con la cual nunca se llevó bien. Era rebelde, independiente, y en su adolescencia las cosas se pusieron muy complicadas. Enterado, el conde lo mandó llamar. Una vez frente a frente, le contó que era su hijo y le ofreció un acuerdo: estaba dispuesto a darle su prestigioso apellido y a cumplir con los generosos aportes económicos que eso implicaba, a cambio de que Rafael se comportara con docilidad con sus padres adoptivos y también con él. A Rafael se le empezaron a mover los músculos de la cara de un lado a otro. Le dijo que no estaba dispuesto a canjear libertad por dinero, le recomendó que se metiera su apellido y toda su riqueza en el culo, y se fue.

De Antonio Grieco, el abuelo paterno de Filomena, ella poco sabe; solo que se suicidó en el lago San Michele, al lado de una abadía en la montaña que lleva el mismo nombre.

Su madre es otra de las imágenes de rebeldía de la familia. En los primeros tiempos, luego de que llegaron como inmigrantes desde Italia, Filomena vivió con sus padres, María y Luis, en una quinta en Solís de Mataojo, en Lavalleja. En ese lugar trabajaban como medianeros: ponían su trabajo y se quedaban con la mitad de la producción. La otra mitad era para el dueño, que al lado poseía otra quinta en la cual trabajaban peones.

Un año, la quinta en la que estaban Luis y María tuvo una cosecha espectacular, mientras que la de entera propiedad del dueño fue un desastre. El problema surgió cuando el dueño pretendió quedarse con más del cincuenta por ciento de la producción de esa quinta, con el único argumento de que había sido excepcional. Luis y María se

negaron: «El año pasado nos fue regular, y, sin embargo, cumplimos con la mitad para usted; este año usted no le dedicó tanto trabajo a la suya y pretende el sacrificio nuestro. Eso no puede ser», le contestó Luis con una mezcla de italiano y español. La cosa se puso complicada, pero María evitó que Luis se peleara. El dueño salió gritando: «¡Los voy a echar, gringos de mierda!».

Al día siguiente, de mañana, Luis se fue con su carro cargado de verduras al pueblo. María, sola en la casa, vio desde la cocina que el dueño de la quinta se estaba acercando. En menos de diez segundos sacó una vieja escopeta de Luis, abrió la puerta y le apuntó a la cabeza. «Usted acá no entra, esta es mi casa y de acá no nos vamos hasta que levantemos la parte de la cosecha que nos corresponde». Asustado, el hombre se fue: «¡Voy a llamar a la policía!».

Apenas él salió corriendo, María sacó la escopeta de la casa y la enterró en unos cañaverales. Fue una buena idea, porque a la hora volvió el dueño de la quinta con un policía al lado.

—Buen día, señora, tengo una denuncia de amenaza de muerte con una escopeta.

—¿Qué escopeta? Venga, revise. Yo no tengo ninguna escopeta.

—Sin embargo, el señor dice que hace un rato lo echó y lo quería matar con una escopeta.

—No, este señor es un cobarde. Se asustó de este palo de escoba, mire. Tenía tanto miedo que creyó que era un arma.

El policía apenas revisó la casa y se fue junto al hombre, que estaba contrariado, y que en las horas siguientes recapacitó y pagó lo que debía.

Ya como adolescente, Filomena sentía el deber de mantener viva la sangre rebelde de la familia, pero también le había empezado a gustar eso de sentirse la oveja negra en una tradición que reivindicaba la disciplina y las costumbres conservadoras de los antepasados italianos.

Antes de cumplir un año, ya estaba embarcada en el *Conte Grande*, un transatlántico que la llevó desde Nápoles hasta Montevideo en brazos de María y con su hermana Rosa, de cinco años, al lado. En Uruguay las esperaba Luis, que había viajado antes y trabajaba en la construcción del edificio de la Aduana en el puerto de Montevideo. Desde niña, Filomena tuvo que formar parte de esa incansable plantilla

de trabajo familiar que seguía la batuta de Luis y de María, primero en Solís de Mataojo y luego en Montevideo, en General Flores y avenida Belloni.

Lidiar con la vergüenza que sentía por ser pobre le había tallado un carácter muy fuerte y complicado, tajante, severo en extremo, y, sin embargo, cargado de la ternura propia de las maestras. Filomena es, en parte, una continuadora de la educación que le dieron sus padres en un hogar donde no había tiempo para caricias ni palabras bonitas, sino para el sacrificio del trabajo; ese era el acto de amor.

A fines de 1949, Filomena y Donato, uno de sus hermanos, estaban listos para recibir el título de maestros, en una pomposa ceremonia en el Teatro Solís. El tradicional anillo con una abeja para cada maestro lo entregaba el presidente de la República, Luis Batlle Berres. Donato estaba entre los varones seleccionados para integrar la guardia de honor de la bandera nacional sobre el escenario, todo un orgullo. Traje azul o negro, camisa blanca y corbata oscura eran obligatorios. Él le pidió prestado un traje al novio de Rosa, Normey, porque apenas tenía un saco beige y un pantalón verde.

Había que ensayar varias veces todo, hasta el más pequeño detalle, dirigidos por la estricta María Orticochea, por entonces directora del Instituto Normal. En pleno ensayo, Orticochea dio una indicación y Filomena empezó a reírse. En tono burlón, le hizo un comentario a la compañera que estaba parada al lado, y la directora se enojó: «Niña, compórtese. No sea provinciana». Formada junto a sus compañeros en el imponente teatro, Filomena no contestó una palabra y de inmediato tomó una decisión: en protesta, al día siguiente no se presentó en el escenario para recibir el título, pero se sentó en una butaca para ver la ceremonia desde el palco.

Donato, en solidaridad con su hermana, fue a la ceremonia con el saco y el pantalón claros. Orticochea lo miraba impotente, nerviosa. Sufría. «Grieco, ¿qué me hace? En los ensayos usted había venido con traje oscuro». Pero nada podía hacer. En ese momento, Donato no imaginaba que años después iba a ser un prestigioso abogado ni que iba a ser presidente de la Junta Departamental de Montevideo, diputado y hasta subsecretario de Hacienda.

*

Filomena está en el ómnibus, en viaje hacia la casa que alquila con su hermano Donato. El amor y la rebeldía ya se habían instalado por completo en su sangre. Estaba preparada para hacer lo impensado: embarcarse en una relación con su alumno.

El 7 de marzo de 1953, radiantes los dos, la maestra Filomena y su ahora exalumno Carlos se convierten en marido y mujer, y se van a vivir a una casita a una cuadra de Propios y San Martín. Dan un gran paso en un país de grandes pasos, con una educación pública que da a todos la oportunidad de crecer y llegar a la clase media. Carlos, trabajador incansable, sencillo, con una bondad sin fisuras en la cara, y Filomena, una maestra de vocación, ambos hijos de un próspero Uruguay campeón del mundo.

Horacio

Habla como si estuviera viajando por otra parte. En realidad, está viajando. Mantiene una sonrisa que lo muestra interesado en la conversación, pero su cuerpo es casi un envase vacío: toda su energía y concentración ya están afuera, volando hacia esos ojos azules que lo miran desde la mesa del fondo del bar La Esmeralda. Ella, Camila, lo sabe y disfruta. Abre bien grandes los ojos para que él pueda entrar.

—Horacio, ¿estás acá todavía? ¿Hay algo que me quieras decir? —le pregunta Graziano, mientras saca un La Paz suave de la cajilla que comparten.

—Estoy acá, estoy acá, perdón. Siempre hay cosas que no se saben —contesta Horacio, misterioso; agarra el vaso de café y vuelve a mirar a su amigo, sonriente.

Graziano hace de cuenta que no escuchó nada. No es la primera vez que Horacio lanza alguna frase enigmática, como sabiendo algo que él no sabe, como disfrutando de sentirse un hombre adulto experimentado, a pesar de los dieciocho años que cumplió hace dos meses, el 20 de enero de este 1972.

—Ya conseguí algunas casas donde podríamos quedarnos, son gente amiga —Graziano retoma el diálogo interrumpido.

—¡Qué bueno! ¿Te das cuenta? Va a ser una fiesta estar en Santiago, poder ver a Allende, aunque sea de lejos —dice Horacio, con la mirada brillosa.

Juntos siguen planificando su viaje soñado al Chile socialista. Viajarán después de abril, cuando resuelvan algunos exámenes pendientes. A fin de cuentas, imaginar ese viaje al paraíso de América del Sur es una empresa bastante más tentadora que tomar apuntes en clase, como deberían estar haciendo, en ese exacto momento, a pocos metros de allí, en el liceo IAVA 2.

Si algún sentimiento de culpa hay entre ellos, desaparece cuando

miran a su alrededor. Las mesas están llenas de estudiantes del mismo liceo, también *de rabona*, y todos hablan de política, de protesta y resistencia, de violencia y de represión, de un sueño, de Allende, del Che, de Fidel, de un mundo para cambiar y de un *hombre nuevo*. Y de cuáles son las vías adecuadas para lograrlo.

Las mesas hierven, como hierve todo Montevideo. Horacio se siente orgulloso, aunque no puede contarle a Graziano, su amigo, por qué. Con Camila comparte mucho más que el amor: ella misma lo reclutó como nuevo integrante del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, *la orga*.

Hace ya un tiempo que Horacio milita en el Frente Estudiantil Revolucionario, el FER, un movimiento de estudiantes que se creó luego del Mayo francés del 68, en el mismo liceo IAVA 2, en Constituyente y Jackson. Es un grupo muy radical y combativo, no anda con vueltas. Hace barricadas en las calles, con gomas quemadas y cócteles molotov, miguelitos y lo que sea necesario. En estos tiempos si sos estudiante en el IAVA tenés dos caminos básicos: o sos de izquierda o sos un facho hijo de puta. Si sos de izquierda, tenés dos caminos básicos: o sos bolche o estás en el FER. Pocos se mantienen al margen.

Montevideo es una capital más de un mundo partido al medio en blanco y negro, donde hay guerras y espías por todos lados. La forma de vida de las personas está en discusión; nada es obvio. ¿Capitalismo, socialismo/comunismo? ¿Democracia liberal o dictadura del proletariado? ¿Estados Unidos o la Unión Soviética? Las dos grandes potencias pelean una guerra fría porque nunca combaten frente a frente ni dentro de sus fronteras, pero el resto del mundo es zona caliente.

Uruguay tiene un problema más grave aún. Hay partes del mundo que son blancas o son negras, que son comunistas o son capitalistas, que están alineadas con la Unión Soviética o con Estados Unidos: ya están definidas. Pero en Montevideo la pelea está a puro golpe y se hace más compleja porque, desde hace varios años, la economía del país que llegó a ser la Suiza de América se está derrumbando: años de crecimiento nulo, inflación galopante, caída de los salarios, aumento de la pobreza, y encima varias denuncias de corrupción.

El ambiente es propicio para las protestas en las calles, los paros y

las huelgas, que son violentos como cada vez es más brutal la respuesta policial. Todos se sienten jugadores del partido; la gente está en la calle movilizada, pendiente. Y todo es muy confuso. Unas manifestaciones por mejoras de sueldo o rebaja del precio del boleto se pueden convertir en minutos en grandes proclamas contra el capitalismo y por el socialismo.

El 17 de agosto de 1961 el propio *Che* Guevara había visitado Uruguay y, en un discurso en el paraninfo de la Universidad de la República, ante decenas de estudiantes eufóricos, lanzó una recomendación para los presentes:

> Tengo las pretensiones personales de decir que conozco América, y que cada uno de sus países, en alguna forma, los he visitado, y puedo asegurarles que en nuestra América, en las condiciones actuales, no se da un país donde, como en el Uruguay, se permitan las manifestaciones de las ideas. Se tendrá una manera de pensar u otra, y es lógico; y yo sé que los miembros del Gobierno del Uruguay no están de acuerdo con nuestras ideas. Sin embargo, nos permiten la expresión de estas ideas aquí, en la Universidad y en el territorio del país que está bajo el Gobierno uruguayo. De tal forma que eso es algo que no se logra, ni mucho menos, en los países de América.
>
> Ustedes tienen algo que hay que cuidar, que es precisamente la posibilidad de expresar sus ideas; la posibilidad de avanzar por cauces democráticos hasta donde se pueda ir; la posibilidad, en fin, de ir creando esas condiciones que todos esperamos algún día se logren en América, para que podamos ser todos hermanos, para que no haya la explotación del hombre por el hombre ni siga la explotación del hombre por el hombre, lo que no en todos casos sucederá lo mismo —sin derramar sangre, sin que se produzca nada de lo que se produjo en Cuba— que es que cuando se empieza el primer disparo, nunca se sabe cuándo será el último.

A la salida de la Universidad, un hombre intentó asesinarlo con un disparo. La bala no llegó al blanco; dio en otra persona y la mató. El ambiente estaba espeso entonces, pero ni cerca aún de lo que es ahora, en marzo de 1972.

El discurso del Che no convenció a varios grupos de izquierda. En 1963, cuando todavía gobernaba el Partido Nacional y el ambiente no

estaba ni tibio en comparación con lo que es en este momento, los tupamaros empezaron a organizarse como grupo armado.

En 1966 hubo nuevamente elecciones democráticas y ganó el Partido Colorado. En 1967 la cosa estaba más complicada y los tupamaros empezaron a encontrar un terreno fértil donde crecer. Ese año murió el presidente Óscar Gestido, apenas unos meses después de haber asumido el cargo. En su lugar entró el vicepresidente, Jorge Pacheco, quien puso mano de acero contra las manifestaciones y contra los tupamaros, con un estilo intransigente y autoritario. Era un presidente democrático, sí, pero sus medidas fueron lastimando poco a poco al Estado de derecho, y despertando con ello la irritación de mucha gente. Los militares entraron en una escena que les era ajena y para la que no estaban preparados, y desde entonces las brutalidades se sumaron de un lado y del otro.

Los tupamaros estaban convencidos de que la lucha armada era la única vía para crear *la revolución*, y confiaban en la teoría del foco militar pequeño que va agrandándose en la sociedad hasta convertirse en un incendio revolucionario gigante que voltea al Gobierno e impone un nuevo sistema. En ese año, 1967, escribieron su *Documento 1*. Estas fueron sus conclusiones generales:

1. En nuestro país hay condiciones objetivas para la acción revolucionaria.
2. En nuestro país no hay condiciones subjetivas (conciencia, organización y dirección).
3. Las condiciones subjetivas se crean luchando.
4. Descartamos la posibilidad de tránsito pacífico hacia el poder en nuestro país (pensamos en términos de años y no de siglos).
5. La única vía para la liberación nacional y la revolución socialista será la lucha armada. No hay casi posibilidades de radicalización de la lucha de clases que no desemboque en la violencia. Las verdaderas soluciones para nuestro país implican un enfrentamiento directo y violento con la oligarquía y sus órganos de represión. La lucha armada no solo es posible en Uruguay, sino imprescindible: única forma de hacer la revolución.
6. La lucha armada será la principal forma de lucha de nuestro

pueblo, y a ella deberán supeditarse las demás.

7. La lucha armada no será solamente instrumento para el asalto al poder burgués, sino que, como el resto de América Latina, será el mejor instrumento para la movilización de las masas, el mejor instrumento para crear condiciones revolucionarias.
8. El hecho de la existencia de un gobierno surgido de elección popular es un inconveniente para justificar a escala de las más grandes masas la necesidad de la lucha armada, pero ni esta situación es permanente porque Uruguay ha estado varias veces en los últimos años al borde del golpe de Estado militar, ni siempre un gobierno electo goza de autoridad. Para nosotros es más bien un problema de prestigio del gobierno, independientemente de sus formas. Lo fundamental es crear la conciencia en la población a través de la lucha armada y otras formas de lucha, crear conciencia de que sin revolución no habrá cambios.
9. Es necesario crear una organización político-militar revolucionaria. Ella se construirá en la lucha.
10. La actual situación es solo un intervalo del enfrentamiento definitivo. La nueva Constitución y el Gobierno no significan cambio de fondo. La actual legalidad se irá agotando a medida que la represión se vaya efectuando sobre los sectores golpeados por la crisis.
11. En Uruguay también —al decir de [Régis] Debray— «el acento principal debe ponerse en el desarrollo de la guerra de guerrillas y no en el fortalecimiento de los partidos existentes o en creación de nuevos partidos. El trabajo insurreccional es hoy el trabajo número uno».
12. En el Uruguay «lo decisivo para el futuro es la apertura de focos militares y no políticos. Se va de un foco militar al movimiento político».
13. Entendemos que es necesario para las organizaciones revolucionarias rebasar el marco de los manifiestos de las declaraciones, de los enunciados teóricos referentes a la revolución, etcétera, comprendiendo que son fundamentales las acciones revolucionarias, las que precipitan las condiciones

revolucionarias.

14. La tarea fundamental de hoy es la construcción de un aparato armado.
15. El pueblo realmente disconforme con las injusticias del régimen, y que desea un cambio, optará mucho más fácilmente por el camino directo que encarna la organización armada y por su acción revolucionaria, que por el improbable y remoto camino que se le ofrece por medio de proclamas, manifiestos o acción parlamentaria.
16. Es necesario fortificar los sindicatos, radicalizar sus luchas y conectarlas con el movimiento revolucionario.
17. La lucha armada será, en el Uruguay, predominantemente urbana. La lucha en el medio rural cumplirá tareas auxiliares. Por lo tanto, es necesario crear las bases para desarrollar la guerra en los dos terrenos.
18. Podríamos definir la línea militar de nuestra lucha como una estrategia de guerra prolongada. […] Guerra prolongada será, porque no existen condiciones, hoy, para la insurrección victoriosa, porque el Estado no ha sido deteriorado por ninguna derrota militar y porque el movimiento de masas no está preparado militarmente para el asalto al poder. Debemos pues empezar una lucha que será prolongada, y no esperar prolongadamente una guerra que será corta.
19. Es imposible prever si una coyuntura revolucionaria se puede dar en la cresta de un conflicto sindical, de una protesta popular, por un golpe de Estado reaccionario, por una intervención extranjera, por una guerra mundial, por una invasión a Cuba, por iniciativa de un grupo armado, etcétera.

Los últimos han sido años de protestas, cócteles molotov, gomas y ómnibus quemados, piedras, palos, cadenazos y gases lacrimógenos. En setiembre del 71 los tupamaros dieron una muestra de poder cuando más de cien se fugaron del penal de Punta Carretas por un túnel que construyeron, desde adentro de la cárcel, con una prolijísima planificación y las coimas necesarias para que algunos policías no vieran nada; también por esos tiempos secuestraron a empresarios, políticos y diplomáticos. La guerrilla de Uruguay, peculiar porque es

urbana, es noticia en todo el mundo.

Desde hace tiempo son frecuentes los grandes titulares sobre espectaculares asaltos, y también sobre muertos y heridos. Las cosas hasta ahora parecían ir bien para la guerrilla, pero se ponen difíciles. El rival ya no es la Policía, a la que superaron; ahora hay una guerra frontal contra las Fuerzas Armadas. El avispero se alborotó en serio.

Por si faltaba algo, se creó un Comando Caza Tupamaros que ya llevó a cabo decenas de atentados con explosivos contra casas de legisladores y dirigentes de izquierda, y secuestró, torturó, mató y desapareció a algunos guerrilleros. En los centros de estudio, la Juventud Uruguaya de Pie, la JUP, un grupo de extrema derecha, tira más leña a la hoguera de la violencia. En este contexto tan inestable se realizaron las elecciones de 1971, cuando por primera vez se presentó el Frente Amplio, que había sido fundado ese año.

Ahora, en los comienzos de 1972, con Juan María Bordaberry como presidente, los tupamaros están cada vez más activos y muchos sienten que la victoria es posible.

*

Horacio creció mientras en varios países del continente surgían guerrillas por la *liberación nacional*, alentadas por una conferencia de partidos de izquierda de Latinoamérica realizada en La Habana que, en su resolución final, reivindicó la vía armada.

La cara uruguaya es el MLN. Todos parecen coincidir en el diagnóstico: hay una desigualdad intolerable, hay explotados y explotadores; Estados Unidos, la oligarquía, el capitalismo y la derecha, dondequiera que estén, son los enemigos. Sin embargo, no todos parecen saber en qué se embarcan cuando se convierten en tupamaros. O tal vez están seguros, pero no todos piensan lo mismo. Unos creen que están en un movimiento que quiere combatir focos de injusticia social y nada más; otros piensan que se meten en una organización armada que quiere tomar el poder e imponer un régimen alternativo.

En un mundo donde todo corre a mil por hora, cuando se quieren dar cuenta ya es tarde: están demasiado involucrados. Los tupamaros

son muy seductores: hombres y mujeres en armas, arriesgando la vida por un mundo justo. Son misteriosos, están entre la gente, pero mimetizados. Se los puede adivinar en aquellos jóvenes de pelo largo, aunque sin tener certeza de si son ellos o no. Son como fantasmas con una edad promedio de veinticuatro años.

El MLN logra una enorme popularidad en varios sectores de Montevideo, sobre todo en una clase media descreída por continuos años de crisis económica y atropellos, sin luz a la vista. Algunos hasta conducen lento por las calles, deseando el día en que un grupo de tupamaros salga de abajo de las baldosas, los frene, y por fin les exija su auto para utilizarlo en alguna acción revolucionaria.

No están muy claros sus objetivos, no obstante, para muchos lucen bien; parecen buenos. Sus enemigos son los más poderosos y varios gobernantes que hacen todos los deberes para provocar un visceral rechazo. Además, los tupamaros desarrollan algunas acciones propagandísticas que caen muy bien en varios sectores de la población. Son como Robin Hood: les roban a los ricos para darle a los pobres. «¡Por fin aparecieron!», festejó hace unos días un taximetrista, feliz porque dos tupamaros le habían comunicado que tenía que entregarles el vehículo.

Tienen combatientes clandestinos, escondidos y con documentos de identidad falsos, y también muchos colaboradores con fachada *legal*. Son miles. Lo que necesitan, de alguna manera, lo encuentran. Si precisan una casa segura, la consiguen. Si en esa casa pueden construir un berretín —un escondite—, lo hacen. Si necesitan un auto, una camioneta o una de las diez fotocopiadoras que existen en todo el territorio nacional, lo logran.

Están convencidos de que son la voz del *pueblo* e intentan instalar un *poder paralelo* al del Estado. Ya tienen una *cárcel del pueblo* y un *tribunal del pueblo*, donde encierran y juzgan a sus secuestrados. La cárcel está en el subsuelo de una casa con fachada legal —un matrimonio con varios hijos— en la calle Juan Paullier, donde instalaron celdas subterráneas en las que apenas cabe un cuerpo.

Los tupamaros encarcelan, pero saben que también pueden ser encarcelados y, por eso, en noviembre del 71 crearon un *Manual de interrogatorios* para sus militantes. Estas son algunas de sus

recomendaciones:

En la lucha revolucionaria, para cada militante que se vuelca en ella existe siempre la posibilidad de quedar en el camino o caer prisionero. En el primer caso la cosa es simple. En el segundo hay una serie de consideraciones a tener en cuenta, dado que el militante revolucionario deberá pasar por una serie de sucesivas situaciones que pondrán a prueba la solidez de sus principios, su coraje para aguantar y claridad revolucionaria desprovista de actitudes románticas.

En cada etapa de la lucha revolucionaria la actitud frente a la posibilidad de caer prisionero puede ser diferente. No es lo mismo caer en momentos en que todavía no ha sido destruido totalmente el Estado de derecho burgués, en que todavía la opinión ejerce su influencia, que caer prisionero cuando han sido barridas las formas legales, por una oligarquía arrinconada que apela a los métodos más salvajes de sus fuerzas represivas.

El momento que estamos viviendo debemos saber calibrarlo con justeza y sin subjetivismos. A pesar de los atropellos cometidos por las fuerzas represivas contra el pueblo, a pesar de las fuertes presiones que ejercen sobre el Poder Judicial, los hechos objetivos demuestran que todavía, gracias a las contradicciones del régimen, es posible que muchos compañeros logren la libertad por la vía legal. Las libertades otorgadas lo confirman. Quiere decir que la actitud del militante, en la eventualidad de caer prisionero, debe estar muy en consonancia con esa posibilidad. O sea que es muy importante cómo declara ante la justicia burguesa el militante apresado.

El militante, teniendo en cuenta los dos objetivos básicos que surgen al ser detenido, esto es, primero no traicionar aún a costa de la vida, y segundo salir en libertad cuanto antes, debe ubicarse en las declaraciones de manera tal que no se vea comprometido, o reducir su eventual responsabilidad y no comprometer a nadie.

Para esto hay que tener en cuenta algunas normas:

No hay que declarar ser Tupamaro.

En caso de no poder desvincularse totalmente, declarar que los fines

que él conoce de la organización no son los de derrocar las instituciones por la vía violenta, sino la de modificar las estructuras existentes (puede admitirse que sean injustas por las vías legales).

En caso de no poder negar su vinculación con la Organización, declarar que se trata de una vinculación o acercamiento reciente y únicamente con miras a informarse de qué es el MLN.

No dar fechas, ni cantidad de días, ni horas justas. Siempre contestar: más o menos, no recuerdo bien, tengo mala memoria.

No contestar nunca con un sí o un NO rotundo, sino, «puede ser», «no sabría», «tal vez».

Si el compañero cae con materiales expropiados, o de cualquier naturaleza, manifestar ignorancia acerca de la procedencia. Decir, por ejemplo: me fue entregado por una persona X para que se los guardara por unas horas, o para que se los entregara a una persona, o lo encontré en la calle, en un ómnibus o en un taxi y lo recogí sin saber qué es. No olvidar, además, que la Policía sabe y los jueces también, que los periféricos y aún los paraperiféricos pueden transportar toda clase de materiales sin saber qué llevan.

En las declaraciones a la Policía NO AFLOJAR ABSOLUTAMENTE NADA; de cualquier declaración puede surgir un hilo que lleve a nuevas detenciones. Ser lo más inconcreto posible, pues así los interrogatorios serán menos prolongados. Si se demuestra saber algo, pensarán lógicamente que se oculta más.

Si estamos esperando a alguien en una esquina y preguntan qué estamos haciendo: primero decir: «¿Qué derecho tiene usted a preguntarme eso?». Si muestra carnet, contestar amablemente que esperábamos a mi novio o novia, que se habían citado allí, pero que estaba demorando. Inventar nombre, descripción física y ocupación y que siempre se encontraban en la calle; que no conocen dirección porque él o ella eran casados y nunca habían querido dar la dirección.

ANTES DE CUALQUIER TAREA, POR MÁS RUTINARIA QUE ESTA SE TORNE PARA EL MILITANTE, HAY QUE TENER BIEN ARMADA UNA COARTADA.

En el bar La Esmeralda, Graziano y Horacio discuten por placer, y

el contrapunto los hace cada vez más amigos, aunque uno sabe algo que no le puede contar al otro, porque está obligado a guardar secreto absoluto.

—Che, ¿no escuchaste nada de Sofía? Hace días que no se lo ve por la clase —pregunta Horacio.

—Ni idea —contesta Graziano. Miguel Sofía, un joven raro que siempre anda de traje y corbata impecables, activo militante de derecha, es compañero de clase de ambos, en el segundo año de Preparatorios, opción Abogacía—. Bueno, me retiro. ¿Mañana voy a tener el increíble honor de conocer tu casa y a tus viejos, o por enésima vez me vas a decir que no podemos juntarnos a estudiar ahí?

—No, no hay problema… Bueno, ahora que me acuerdo, no me vas a creer, pero mi vieja me dijo que van a hacer un arreglo en casa porque se rompió un caño en la cocina y va a ser un quilombo.

—'Ta bien, dejá —sonríe Graziano. —Otro día será.

*

Filomena y Carlos están locos de la vida: Horacio, su hijo único, es todo lo que habían soñado. Es tan alto y elegante como Carlos, con su gesto de hombre bueno a flor de piel, y tan firme y decidido como Filomena. Siente un gran compromiso con la política y con el destino de su país y del mundo, igual que ellos, igual que tantos.

Aquel miércoles de 1954, cuando a las 7.25 de la mañana el médico dijo «Es varón», no imaginaban que el futuro adolescente les iba a cambiar los hábitos a tal punto que dejaron de ser un matrimonio encerrado en su casa y empezaron a ir al cine y a conciertos, a meterse en la efervescencia cultural del momento.

Ahora grandote, con su cara llena de pecas, su pelo bien negro llovido a ambos costados desde una raya al medio impecable, con su campera de gamuza que ya es como una prolongación natural de su piel, Horacio es la alegría de la casa. Como estudiante es correcto —no mucho más—, pero devora libros y revistas, hasta la última letra de cada edición de *Marcha.* No se pierde un concierto de Numa Moraes —incluso los llevó un par de veces a Filomena y a Carlos— y le gusta ir al cine. Su vida cultural es intensa, y ya de adolescente estaba muy

politizado, como la mayoría en su generación.

Es un hincha fanático de Huracán Buceo, que no solo es el cuadro del barrio —desde hace un tiempo viven en una casa en la calle Pérez Gomar 4392—. Es cierto que todo el Buceo, un barrio de clase media donde la izquierda es mayoría, sigue al equipo. Huracán Buceo es mucho más que fútbol: es un fenómeno social, es la imagen de la contra, la rebeldía. En estos años, si sos rebelde, sos de izquierda, sos de Huracán Buceo o sos tupa. En 1968 Huracán logró lo imposible: llenó el estadio Centenario en una final de la B contra Bella Vista. Y aunque perdió ese partido arbitrado por el famoso Ramón Barreto, al año siguiente pudo ascender a la A.

En cada almuerzo en familia Horacio llena la mesa de sueños, los sueños de la época: «En el mundo hay una cantidad de países comunistas que le están marcando la cancha a un Estados Unidos imperialista que explota a nuestro pobre continente; en Cuba, el joven, tierno y rebelde Che Guevara, junto con Fidel Castro, nos enseñaron que con armas se puede lograr un mundo ideal donde todos son iguales y empezar el sendero hacia el *hombre nuevo*, puro, bueno, solidario, honesto y despojado de los intereses materiales; claro que es duro el camino, pero la causa es urgente, no admite demoras, y la violencia de los de abajo es una respuesta a las humillaciones a las que los someten los de arriba».

Filomena lo había criado desde chico sobre la misma base en que se apoyó como maestra: la corriente pedagógica del docente suizo Johann Heinrich Pestalozzi, que apuesta a la intuición de cada maestro en la educación de los alumnos, y que dispone una gran libertad para los chicos. Hay que dejarlos hacer sin imponerles cosas, porque si hacen algo, por algo es. Así creció ese flamante adulto, que ya tiene dieciocho años.

Hace unos días, a comienzos de este marzo de 1972, a Horacio se le ocurrió presentarse a un llamado a aspirantes para el puesto de peón en la Cooperativa Bancaria. Llenó el formulario y, al final, en la parte en que debía comentar los motivos por los que quería trabajar allí, escribió:

> Indudablemente, la causa fundamental por la que deseo ingresar a la Cooperativa Bancaria es para poder solventar mis estudios

universitarios y no estar dependiendo de mis padres, como hasta ahora. Esto no deja de lado otra causa fundamental, pero en menor grado que la anterior, y es que el trabajo forma indudablemente al individuo, y en mi caso, que soy un joven de dieciocho años, me ayudará a tener una mayor madurez. Creo que tendré éxito, tanto porque deseo trabajar como por las ansias que tengo de estudiar y poder culminar mi carrera felizmente.

Su abuela María, la madre de Filomena, se preocupó. Horacio no tenía necesidad alguna de trabajar como peón y podía buscar algo mejor.

—Yo, que tuve que hacer tanto sacrificio para criar a tu madre y tus tíos para que pudieran estudiar, te pido que cambies de idea. Vos estás preparado para un trabajo mejor. Ser peón es muy duro, muy sacrificado.

—Pero, abuela, entendeme, cualquier trabajo vale. No hay trabajos mejores ni peores, todos los trabajos son dignos, son buenos, si los hacemos con gusto. ¿No te parece injusto que busque un trabajo liviano y deje para otros los más duros? Eso es egoísmo. Si soy fuerte y sano, puedo hacer cualquier trabajo. Uno vale por sí mismo y no por la categoría del trabajo. No creo que sea mejor ser un profesional que un albañil.

—Sí, mijito, yo te entiendo. Pienso así también, pero es tan bravo tener ampollas en las manos y que te duelan todos los huesos de cargar bolsas… Cuando estés tan cansado que no puedas ni dormir, te vas a acordar de mí y vas a pensar que tenía razón. Te lo dice esta vieja que tiene mucha experiencia.

—Ya lo pensé bien. Quiero trabajar. No me vas a convencer, abuela.

*

Hace ya un tiempo que el ambiente de Montevideo lo pudre todo. Parece imposible quedarse en el medio y no tomar posición. La guerra del mundo empezó a meterse en las casas, a envenenar hasta las relaciones familiares. En agosto del 71 otro estudiante —uno más— había sido asesinado en una manifestación, y Filomena, Carlos y

Horacio acompañaron el cortejo fúnebre desde el liceo IAVA hasta el cementerio del Buceo, gritando consignas de protesta. Ya quedaban en el olvido los días en que Filomena llevaba a Horacio a repartir listas del Partido Nacional, donde su hermano Donato era candidato a diputado.

Poco después, el 5 de setiembre, Filomena y Carlos se reunieron en casa de María con sus hermanos, y saltó la discusión.

—¿Comprenden que se acercan días tremendos? —preguntó Filomena—. Tengo miedo por todo lo que pueda pasar. Tengo miedo de que un día ustedes estén de un lado y nosotros de otro.

—Lo que pasa es que estás muy nerviosa, muy afectada por la muerte de ese muchacho, pero no hay que meterse. ¿No ves que al final siempre te usan? ¿De qué les sirve a ustedes el idealismo, si al fin lo que va a suceder aquí lo cocinan en otro lado? Ahora es en Estados Unidos. Si triunfaran los otros, sería en Rusia o en China. En fin, hay que convencerse, somos muy poquita cosa, y siempre nos manejarán.

—Nosotros no nos conformamos con eso —dijo Carlos—. No tenemos problemas, no nos falta nada, es cierto, pero hay otros que sufren injusticias, hambre, muerte. No se puede ser indiferente.

—¿Y vos vas a arreglar el mundo?

—Yo solo no. Pero si todos los que pensamos así nos uniéramos, algo se podría hacer. Me refiero a la gente buena, honesta, leal, que quiere el bien para todos. En fin, los que son sensibles al dolor de los demás. Los que comprenden que un niño descalzo y con hambre de un cantegril no tiene la culpa si mañana es un delincuente y te ataca a vos mismo. Los que ven que ese botija descalzo es igual que su propio hijo, al que no le falta nada. Cuando muchos comprendamos que de no haber quienes tengan demasiado no habría otros que no tienen nada, ya se habrá avanzado bastante.

—Ustedes son unos soñadores, unos idealistas incorregibles. ¿Cómo van a lograrlo? ¿No ven que en ninguna sociedad van a estar cómodos? Siempre le encontrarán algún defecto. Además, ¿cómo van a cambiar esto? ¿Con el Frente Amplio?

—Con el Frente Amplio o con lo que sea.

—¿Qué querés decir?

—Lo que dije.

—Y bueno, es un criterio, allá ustedes.

—Lo cierto —dijo Filomena— es que siento que se acercan tiempos cada vez más difíciles, y me asusta que nos desgarremos. Horacio es un muchacho idealista, que está en las luchas estudiantiles, y nosotros sentimos que tiene razón. Estamos de su parte, no porque sea nuestro hijo, sino porque defiende con lealtad todo lo bueno, lo noble, todo lo mejor del ser humano. Nosotros estamos con él y sentimos que se delimitan cada vez más claramente los dos bandos. ¿En cuál van a estar ustedes? Eso me asusta. Llegará el momento en que ya no se podrá estar en el medio, en que ya no podrán preservar a los hijos en colegios particulares, en que ya estaremos todos implicados, lo queramos o no.

*

Hace casi un mes, el 24 de febrero de 1972, los tupamaros secuestraron a Nelson Bardesio, un fotógrafo de inteligencia policial, y desde entonces lo tienen ahí, en la *cárcel del pueblo*. Un tiempo antes, el guerrillero Mauricio Rosencof estuvo en Cuba, donde se entrevistó con Fidel Castro, quien ayuda a los tupamaros. Allí le dieron información que consiguió un agente de la inteligencia cubana con datos sobre los integrantes del Comando Caza Tupamaros, pero le dijeron que debía conseguir a un tercero que avalara esa versión. Y le dieron el nombre de Bardesio. Hace unos días, Rosencof le grabó a Bardesio declaraciones en las que él dice que es integrante del comando, y nombra a varias personas como sus miembros, entre ellos al exsubsecretario del Interior Armando Acosta y Lara, al capitán de corbeta de la Armada Ernesto Motto, al subcomisario de Policía Óscar Delega, y a Miguel Sofía, el compañero de clase de Horacio y de Graziano. Bardesio también declaró que conocía todos los detalles sobre varios asesinatos, como el del tupamaro Héctor Castagnetto y el de Manuel Ramos Filippini.

A las pocas horas del interrogatorio, los tupamaros empezaron a diseñar el Plan Hipólito, una serie de asesinatos casi simultáneos de miembros de ese Escuadrón de la Muerte, y emitieron un comunicado con el título «Aviso a la población», en el cual detallaron lo que

declaró Bardesio.

Sobre el final, escribieron:

> Hacemos un llamado a todas las fuerzas patrióticas, para que difundan el material que les hemos alcanzado, como así también este volante. Es necesario que la conciencia nacional se haga cargo de la existencia de estas inmundicias morales y materiales para poder barrerlas definitivamente.
>
> Ofrecemos a los jueces, fiscales, ministros de la Corte, legisladores, etcétera, la posibilidad de interrogar directamente a Nelson Bardesio. Las únicas condiciones que ponemos para ello serán: *a)* autoridad moral para visitar la Cárcel del Pueblo, en carácter de invitados, y *b)* medidas mínimas que preserven nuestra seguridad.
>
> Finalmente, ponemos en conocimiento de la opinión pública las resoluciones que ya ha tomado el Tribunal del Pueblo.
>
> HAN SIDO CONDENADAS A MUERTE LAS SIGUIENTES PERSONAS:
> Subcomisario Delega (alias *el Gordo*).
> Capitán de la Marina Jorge Nelson Nader Curbelo (alias *el Negro*).
> Oficial Inspector Pedro Fleitas.
> Miguel Sofía (alias *José*).
> Coronel de la Fuerza Aérea Walter Machado.
> Ángel Pedro Crosas Cuevas.
> Armando Acosta y Lara.
> Comisario Campos Hermida.
> Inspector Víctor Castiglioni.
> Los dos funcionarios del departamento 5 entrenados en Brasil que intervinieron directamente en la muerte de Castagnetto.
>
> Se faculta y se convoca a todos los revolucionarios para que hagan efectiva esta sentencia donde, cuando y como puedan.

Unas líneas más adelante publicaron una lista de personas a las que se debía capturar, entre las que incluyeron al capitán Motto. «El Movimiento de Liberación Nacional seguirá investigando e informando al pueblo. Seremos implacables en el ejercicio de la justicia popular. Habrá patria para todos o no habrá patria para nadie», finalizaron.

*

Graziano ya dejó el bar La Esmeralda, ese lugar donde tantos mediodías se juntaron a discutir y a soñar. Horacio demora un par de minutos más en terminar su café y también se va. Está muy caluroso en estos últimos días del verano del 72. Camila también se fue del bar con unos compañeros que, como ella, integran el sector militar de la columna 15 del MLN.

De tardecita, como tantas otras veces, Camila, alta, linda y elegante, camina de minifalda, lento, por una calle del barrio Malvín. Es un cebo. Está esperando al primer galán que frene su vehículo para piropearla. Una vez que el candidato detenga el auto y estire su cuerpo para bajar la ventanilla del lado del acompañante, de inmediato tendrá contra su mejilla izquierda el caño de un revólver y un compañero dirá: «Somos del MLN-Tupamaros, necesitamos este vehículo».

Sin embargo, cuando da sus primeros pasos, aparece en la esquina una camioneta policial que se detiene justo frente a ella.

—Señorita, documentos, por favor.

—Cómo no, sírvase.

Parece mentira, pero no se había preparado para este momento. Los nervios se comieron todas las letras del *Manual de interrogatorios*. Su mente está bloqueada.

—¿A dónde está yendo, señorita?

Titubea una milésima de segundo y responde lo primero que se le viene a la cabeza.

—Voy a estudiar a la casa de un compañero de clase.

—Ajá… ¿Y dónde queda la casa?

Ya no tiene opción:

—En la calle Pérez Gomar.

—¿Número?

—Cuatro tres… nueve dos.

—Muchas gracias, señorita. Puede seguir.

Mitad alivio, mitad preocupación, Camila se va caminando. El policía saca una libreta de apuntes, y anota: Pérez Gomar 4392.

No

—Sientesé, señora.

—Está bien, pero, por favor, dígame dónde está mi hijo. Dígame qué le pasó. Solo le pido que me diga: ¿está bien? ¿Dónde está?

—La voy a interrogar, así que espero que diga todo lo que sabe. Si me esconde algo, me voy a dar cuenta y me voy a poner molesto.

—Yo siempre digo la verdad. Además, no tengo nada que esconder.

—Vamos a ver si es así. A ver, cuentemé: ¿por qué estaban ahí?

—No entiendo la pregunta.

—Señora, usté sabe de qué estoy hablando. No me la complique.

—Señor, no sé qué me está preguntando. ¡Yo lo único que sé es que nos tienen acá presos y no sé por qué! ¡Nadie me dice dónde está Horacio, nadie me dice nada!

—Baje el tonito, señora Grieco. No se ponga nerviosa. Acá el que sube el tono soy yo, y espero que no me obligue a hacerlo. Le estoy preguntando por el 14 de abril. ¿Por qué estaban en su casa?

—¿De qué me está hablando?

—No sabe de qué le estoy hablando… A ver, dígame quiénes están en estas fotos. Piense bien lo que va a contestar.

—Déjeme ver… Este es mi esposo, Carlos.

—Sí…

—Y estos dos… Son amigos de Horacio. Este es Rodolfo, y este es Marcos.

—Ah, mire… ¿Qué apellidos tienen?

—Si no me equivoco, Rodolfo es Martínez y Marcos es Gambardella.

—Ajá… ¿Y desde cuándo los conoce, señora?

—A Rodolfo recién lo conocí ese día, el viernes ese que me metieron acá presa, porque fue a casa a estudiar con Horacio. Al otro, a Marcos, lo vi dos o tres veces, porque preparó el examen con

Horacio cuando lo iban a dar juntos el mes pasado. Pero después postergaron la fecha para abril. Era el examen de Filosofía, la única materia que le faltaba para ingresar a la facultad. Horacio estaba estudiando…

—Bueno, está bien. O sea que estaban los dos estudiando en su casa.

—No, solo estaba Rodolfo. Marcos no fue ese día.

—Solo Rodolfo.

—Sí, solo Rodolfo.

—Bue… ¿No conoce a nadie más en las fotos? Mire, mire bien.

—Ah, pero… ¡Esta soy yo!

—Sí, bárbaro.

—¿Y por qué estoy acá? ¿Por qué están estas fotos mías? ¿Me estaban vigilando? ¿Qué es esto?

—¡Mire, vamos a dejarnos de joder un poquito! ¡No nos tome el pelo! ¿Usté lee los diarios?

—Sí, siempre.

—¿Y me va a decir que no sabe quién es este que usté dice que es Rodolfo?

—¿Por qué me pregunta eso? Yo ya le dije que es Rodolfo Martínez, compañero del IAVA de Horacio.

—¿No sabe usté que su verdadero nombre es Alberto Candán Grajales, integrante de la dirección de los tupamaros?

—No, señor, no tengo idea de lo que me está diciendo.

—Vamos, si la foto salió en los diarios. Usté no sabía…

—Usted lo conocerá porque es policía. Está bien, es su oficio, señor. Para mí es un compañero de clase de mi hijo Horacio. ¿Usted les pide el prontuario a los amigos de sus hijos? ¿Dónde está Horacio?

—Señora, y este otro, que usté dice que es Marcos… ¿No sabe que es Blanco Katrás, otro tupamaro que está buscado por la Policía desde hace tiempo? Tampoco lo conocía a este, ¿no?

—Señor, le contesto lo mismo que le contesté sobre Rodolfo. Es un buen muchacho, culto, inteligente, educado. Además, yo a mi hijo no le veto a los amigos. Quiero pensar que usted actúa igual con los suyos. ¿Qué tengo que hacer? ¿Ponerle un detective para investigarle la vida a los compañeros de clase de mi hijo? ¡Por favor!

—Mire, señora, le voy a contar algo entre nosotros, en secreto. ¿Ve a ese señor que la está mirando ahí en el rincón? Se sale de la vaina por venir a preguntarle cosas. Está malísimo. Por ahora lo pude convencer de que se quedara tranquilo, de que me dejara a mí, que de buena manera podemos conversar y usté va a contarnos lo que sabe. Pero si usté no me ayuda, me voy a quedar sin argumentos y va a venir él. No se lo recomiendo, señora.

—Ahora entiendo. O sea que me está amenazando. Mire qué lindo. ¿Qué me van a hacer? ¿Me van a pegar por contarles la verdad? ¿Eh? Haga lo que quiera. Yo solo contesto la verdad. No puedo entender por qué nos tienen acá.

—Sabemos que usté y su esposo están en la organización, y que son colaboradores. Llevan cosas, traen cosas, prestan la casa…

—No puedo creer lo que estoy escuchando. Esto es demencial.

—Señora, en su casa se planificaron los atentados del 14 de abril. ¿Me está diciendo que no?

—Por supuesto. Le digo que no, que no es cierto. Si nos enteramos por la radio.

—Nosotros lo sabemos, y usté sabe que es cierto.

—Usted está haciendo afirmaciones muy graves, y no tiene la más mínima base para hacerlas. Yo podría decir lo mismo de usted. ¿Qué le parece? Usted es tupamaro, ¿sabe? Es palabra contra palabra. Y ahora, por favor, se lo pido por favor, de una vez por todas, dígame: ¿dónde está Horacio?

—A ver, señora, vamos a hablar del 14 de abril. Usté dijo que este muchacho que usté llama Rodolfo llegó a la casa a estudiar con su hijo. ¿Quién más entró a su casa esa mañana?

—Nadie más. Hasta que me fui a la escuela por lo menos, nadie más.

—¿Nadie más?

—No, nadie más.

—¿Qué hizo esa mañana?

—Me levanté a las siete. Tomamos mate con mi esposo, mientras oíamos el informativo de las siete y media en Montecarlo. Mi esposo se aprontó para ir a su trabajo. Salió a eso de las ocho y media. Yo comencé a hacer las tareas de la casa. Mi hijo se levantó alrededor de

las ocho y media. Tomó el desayuno mientras oíamos un programa de música folklórica. Hojeó el ejemplar de *Marcha* de esa mañana. Le pedí que me hiciera unos mandados, que comprara el pan y fruta. Alrededor de las diez llegó este amigo, con quien iba a repasar algunas bolillas. Horacio me lo presentó. Yo estaba muy ocupada en las tareas. A las diez y media me bañé. Como a las once me puse a preparar el almuerzo, mientras escuchábamos el informativo de la radio. Ahí dieron las noticias del atentado a policías en Rivera y Ponce y a un marino en Las Piedras. Ahí comentamos el hecho: «¡Qué barbaridad! ¡Qué épocas estamos viviendo!». Mi hijo dijo: «¡Qué semana para América Latina!». Vino el cobrador de Huracán Buceo y le pedí a mi hijo que pagara con su dinero, porque yo no tenía cambio. A las once y media me senté a almorzar.

—¿Sola? ¿Ellos no?

—Les ofrecí, pero me dijeron que lo harían después, así que siguieron tomando mate amargo. Yo comí y me puse a preparar para irme a la escuela.

—¿A qué hora se fue a la escuela?

—Doce y media, más o menos.

—O sea que en ese momento estaban usté, su hijo y este otro.

—También estaba mi marido, que había llegado del trabajo para almorzar unos segunditos antes de irme. Apenas me lo crucé.

—Entonces usté dice que en su casa, a la hora en que usté se va, estaban su marido, su hijo y este otro, y nadie más.

—Sí.

—¿Por qué tenían en su casa una radio que captaba la onda policial?

—¿Qué? ¿Me está hablando de la radio National de color negro?

—Sí.

—Por favor, si casi no marchaba.

—Pero captaba la onda policial, señora.

—Ah, pero entonces ya entiendo. Se ve que es cierto lo que dicen, que ustedes plantan cosas en las casas y después declaran que las encontraron ahí.

—Señora, esa radio la trajeron los *amiguitos* de su hijo que entraron a su casa.

—Yo ya le contesté.

—¿Cómo fue que usté y su marido llegaron a la casa después? ¿Por qué? ¿Cómo se enteraron?

—Lo que pasa es que mi marido, después de comer, se fue al trabajo. Y en el camino se dio cuenta de que se había olvidado de la linterna, así que dio la vuelta para volver a buscarla. Cuando llega ve todo lleno de policías armados, y le empiezan a disparar. Ni siquiera sabía si el problema era en casa o en alguna otra casa de la cuadra, pero se puso muy nervioso y entonces me fue a buscar a la escuela. Fue como a las dos o dos y media de la tarde. Y bueno, entonces fuimos juntos a casa a ver qué pasaba. Cuando llegamos nos trataron como si fuéramos peligrosos delincuentes. Nos tiraron al piso, nos pegaron, nos robaron las billeteras, nos insultaron.

—Bueno, bueno, eso se lo dice al juez.

—¿Y cuándo paso al juez?

—No sé. Ahora vamos a tener que estudiar esto y vemos. Cuando esté le avisamos. ¿Alguna duda?

—Sí, señor. Hace muchos días que estoy acá y nadie me dice dónde está mi hijo. Se lo pido por favor, no puedo más, señor.

—Señora, lamento, pero no tengo información para darle. Usté sabe que estamos en tiempos complicados, la verdá que no tengo nada para comentarle. Si sé de algo, le aviso. ¿La puedo ayudar en algo más?

—No, gracias. Está bien.

—Siendo así… ¡Agente! Lleve a la señora a la 4. Hasta luego.

—Hasta luego.

14 de abril de 1972

Cuando suena el despertador, se levanta y de inmediato prende la radio: «Buenos días, en Montevideo son las seis de la mañana de este viernes 14 de abril de 1972. A continuación, las principales noticias de la jornada». No está seguro de haber dormido. Cuando se había acostado estaba tan ansioso como cuando se despertó.

Se da una ducha; se pasa lentamente el jabón por cada centímetro de su cuerpo, una y otra vez, casi con obsesión. Jorge y Micaela, el matrimonio de colaboradores del MLN dueño de casa, todavía duermen; su fachada legal —ella es profesora y él trabaja en una ferretería— le dio en los últimos días una buena cobertura para que pudiera esconderse.

Sale del baño y se viste. Toma unos pocos mates, pero no desayuna: antes de un operativo es mejor no comer, porque si las cosas salen mal y termina en el quirófano, la intervención es más fácil para el cirujano si el estómago está vacío. Se pone el saco. Contra el bolsillo interior se pega un cartelito con su tipo de sangre: «RH negativo». Dentro del bolsillo, prendida de un gancho para poder quitarla con rapidez y sin arrastrar el cartel con el tipo de sangre, su cédula de identidad falsa: *Carlos Echeverría*.

Saluda al matrimonio que acaba de levantarse y sale de la casa, en el barrio Cordón. A nueve cuadras de allí está su camioneta Peugeot. La había dejado lejos del lugar, como siempre, por seguridad. La enciende y se dirige hacia la estación de servicio de la avenida 18 de Julio esquina Arenal Grande, un triángulo en cuyo tercer lado está la calle Brandsen: «Tanque lleno, por favor», y entrega la llave.

Una vez completo el tanque, paga e intenta encender. Nada. Y otra vez, y otra vez nada. Un empleado de la estación lo ayuda a empujar la camioneta hasta la calle Brandsen, pero no hay caso. Se baja, abre el espolón y empieza a observar el motor, cuando la punta de algún

objeto duro se le pega contra las lumbares. «Documentos, señor», dice el hombre detrás de él con una voz impostada. Entregado, Echeverría estira sus brazos, se apoya contra el motor y ensaya una mirada de reojo hacia atrás. «¡La puta que te parió! Me cagué hasta las patas». Es Joaquín, siempre bromista. En realidad, Joaquín es su nombre de guerra tupamaro. Su verdadera identidad es Gabriel Schroeder, jefe del sector político de la columna 15 del MLN.

—¿Qué te pasó?

—Se me rompió el burro de arranque.

—Bueno, agarrá mi camioneta. Está ahí. Yo me encargo de esta. Tomá las llaves.

—Bueno, pero después me la devolvés, ¿eh?

—No te preocupés, la arreglo y después te la devuelvo.

El cambio no está mal. Ahora, Echeverría tiene una camioneta Indio nuevita, impecable. Ya es de día, son las siete de la mañana.

*

A esa hora, en su casa de la calle Pérez Gomar 4392, en el barrio Buceo, Filomena y Carlos se levantan. Horacio duerme todavía. Luego, Carlos calienta el agua y toman unos mates, mientras escuchan el informativo de las 7.30 en Montecarlo.

Filomena despierta a Horacio a las 8.15, un poco antes de lo habitual: estaba por llegar la gente. Carlos llama a la barraca donde trabaja y avisa que no podrá ir porque está enfermo. Sobre la mesa del comedor está el café con leche y las tostadas para Horacio y el ejemplar de *Marcha* de ese día, abierto en la página 5, con el título «La subversión permitida». Un párrafo está marcado con lapicera:

> Para el gobierno, al parecer, los atentados de signo de derecha no revisten mayor trascendencia. «Al final de cuentas no provocaron daños más que en paredes y ventanas, que se arreglan con los pocos pesos que otros roban en los bancos». Tal es el punto de vista del ministro de Defensa Nacional, revelado este lunes en una comisión del Senado al considerarse las acciones terroristas de esa madrugada contra los domicilios de los legisladores Enrique Rodríguez y Zelmar Michelini. La insólita frase, aunque incidental y quizás

impremeditada (más vale suponerlo así), resulta en todo caso congruente con una actitud gubernamental rara vez tan crudamente explicitada, pero que los propios hechos han puesto en constante evidencia a lo largo del tiempo.

*

Echeverría ya está en su camioneta con tres compañeros que había levantado por distintos puntos de Montevideo. Maneja detrás de un colaborador del MLN, que estaciona su auto sobre la calle Constituyente apenas cruza Médanos; el colaborador deja su auto y, con discreción, se va. A dos metros estaciona la camioneta Indio. El auto de adelante no se moverá, y, por lo tanto, ya están seguros de que podrán salir rápidamente cuando vuelvan, apurados. Cada detalle está planificado.

Detrás de Echeverría llega otra camioneta con otro grupo de tupamaros. Todos se bajan. El segundo grupo se mete en la iglesia protestante que está en la esquina de Constituyente y Médanos; uno de ellos lleva un estuche de guitarra. El comando de Echeverría entra en la librería que está al lado, que abrió hace diez minutos. Llevan otro estuche de guitarra. El vendedor se sorprende cuando los ve entrar juntos, pero cuando pestañea está todo dicho: «Este local está copado por el MLN-Tupamaros. Quédese tranquilo que no va a pasar nada», le dice uno de ellos mientras otros dos bajan la cortina y colocan un cartel: «Cerrado por balance». La limpiadora no entiende nada, aun así, se mantiene quieta. Dos de ellos, con el estuche de guitarra, suben las escaleras y, una vez en el primer piso, cruzan el corredor que atraviesa toda la cuadra de Médanos hasta la oficina de Administración, que tiene una ventana que da a la calle San José, paralela a Constituyente. Los planos estaban perfectos; en la iglesia todo se está dando, también, según lo previsto. A los dos minutos llega el contador de la librería. «Che, ¿qué balance? ¿Por qué cerraron?», le pregunta riéndose al vendedor. «Son tupamaros, el local está cerrado», le contesta. El contador mira a Echeverría, que está parado al lado del mostrador. Se pone pálido y no dice una palabra más.

Arriba, los tupamaros llegan a la ventana, se agachan y abren el estuche. Sacan el fusil de asalto de fabricación estadounidense AR 15, lo

apoyan con suavidad contra una reja, y a esperar. El exsubsecretario del Interior, Armando Acosta y Lara, puede salir en cualquier momento de su casa, que está exactamente frente a la ventana.

Lo vigilaron en las últimas semanas, porque en la cuadra hay una casa de colaboradores del MLN; desde ese domicilio el ángulo de visión no es el ideal, sin embargo, es suficiente para observarlo, verlo salir y entrar, y medir sus tiempos. Durante el período de seguimiento habían discutido varias veces porque alguno sintió el impulso y decía «vamos y le damos ya», pero estas cosas no se hacen a lo loco.

Acosta y Lara, precavido, no tenía rutina. No había dos días seguidos que hiciera lo mismo. Siempre salía a diferentes horas y en diferentes direcciones. A veces solo, a veces con custodia. Hay que esperar callado.

*

El timbre suena en la casa de Pérez Gomar. Carlos abre la puerta. Es Gabriel Schroeder. Se saludan y entran. «¿Y? ¿Qué trae *Marcha*? Todavía no la leí», le pregunta a Horacio, que está en el comedor con Filomena. En los cinco minutos siguientes llegan Armando Blanco Katrás y otro compañero al que llaman Héctor. Ahora sí, está completo el comando de la columna 15, una vez más reunidos en la casa de Pérez Gomar. Blanco Katrás es jefe del comando militar y Héctor es el jefe del comando de servicios. Junto con el político, esos son los tres comandos que integran cada columna del MLN. En total son unas doscientas veinte personas por columna: ochenta en militar, ochenta en servicios y sesenta en político. Cada comando tiene, a su vez, tres subcolumnas.

Unos minutos después, llega Alberto Candán Grajales, integrante de la Dirección del MLN. Se sientan en torno a la mesa, ansiosos, y en el medio encienden la radio para escuchar la frecuencia de comunicaciones policiales. Están ahí para seguir los acontecimientos y luego hacer una evaluación del operativo.

Horacio está fascinado por tenerlos en casa. El comando de la columna 15 en el comedor: es como un sueño. No solo son una columna tupamara: son *la* columna. La más activa, la que no para de

trabajar, de emprender acciones con audacia y valentía. Los grandes golpes militares han salido generalmente de ahí. Da prestigio ser parte de la columna 15 por estos días, se siente un gran orgullo, se forma parte de algo místico, de lo que todos hablan, algo que a varios integrantes de otras columnas no les gusta mucho. Es que hay una relación de amor y odio juntos con la 15; para unos es la mejor, mientras que para otros es un sector obsesionado con las armas, *militarista* y *accionista*.

*

«Atento», dice el que está al lado del francotirador. Parece que se abre la puerta de la casa de Acosta y Lara. El dedo en el gatillo. Salen dos custodias, miran a los costados con gesto serio. Luego sale Acosta y Lara y detrás de él, su esposa. No hay nada que pensar: ¡Ra-ta-ta-ta-ta! ¡Ra-ta-ta-ta-ta! ¡Ra-ta-ta-ta-ta! Lo desfiguran a balazos, cae muerto al piso y se abre un charco de sangre sobre las baldosas. La esposa grita y se tira al suelo. Un custodia queda herido en una pierna y el otro se zambulle atrás de un auto.

Los tupamaros guardan el fusil en su estuche de guitarra, vuelven por el corredor, bajan la escalera y salen de la librería, mientras el vendedor, el contador y la limpiadora los miran aterrorizados.

Por la calle San José hay un gran alboroto y se escuchan las primeras sirenas; por Constituyente, al otro lado de la manzana, todo parece normal. Algunos tupamaros se van caminando por la vereda, como si nada hubiera pasado, y se pierden entre la gente. Echeverría se mete en la camioneta Indio con un compañero y sale por la ruta prevista. Todo estaba ensayado y cronometrado.

Arranca por Constituyente, rápido, y como debe ser en estos casos: «culito para adelante y cabeza bien abajo», porque así es más difícil que, si hay balas, acierten al blanco. Enciende el captacana de su camioneta. Los captacana son radios con capacidad para sintonizar FM —no son muy comunes en esta época, en que hay solo dos radios de frecuencia modulada: Emisora del Palacio y Del Plata—, que fueron retocadas por técnicos del MLN para que pudieran captar todas las frecuencias, entre ellas la policial y la del Ejército.

Dobla a la derecha por Salto. «¡Eso, carajo!». Las cosas están saliendo muy bien. Los demás comandos también cumplieron sus objetivos. En la avenida Roosevelt de Las Piedras mataron con doce tiros al capitán de corbeta de la Armada Ernesto Motto, cuando estaba en la parada del ómnibus, y se escaparon. En Montevideo, en las calles Rivera y Ponce, mataron al subcomisario Óscar Delega y a un agente que lo acompañaba, de apellido Leites; otro, de apellido Goñi, quedó herido gravísimo; Leites y Goñi no estaban en los planes. Pero lo cierto es que el Plan Hipólito se está convirtiendo en un éxito. El Escuadrón de la Muerte está siendo desintegrado. Van cayendo de a uno.

Conduce por Salto hasta Maldonado, dobla a la izquierda y luego se desvía por la diagonal hasta Durazno; sigue rumbo a Blanes, dobla a la derecha y continúa hasta que la calle se termina. Allí estaciona la camioneta y se saluda con el compañero, que se va caminando hacia Gonzalo Ramírez. Baja por las escaleras al final de la calle con el estuche de guitarra en sus manos. Ahí está el Opel Kadett que había dejado estacionado la noche anterior. Se sube al auto, arranca y comienza a manejar en dirección al Prado. Cerca del arroyo Miguelete está la casa en la que debe dejar el fusil para que lo mantengan escondido.

Enciende de nuevo el captacana y la sonrisa se le borra de la cara. La cosa se empezó a complicar. Agarraron al ingeniero y militante Juan Almirati cuando caminaba por la avenida Propios. Y, además, lo de Miguel Sofía salió mal. Hace un rato, a metros de la casa de Sofía en el Cerrito de la Victoria, en la calle Francisco Pla, un comando tupamaro, adentro de una camioneta, esperaba a que saliera para matarlo. La compañera Lía estaba escondida detrás de un vehículo, más cerca que el resto. Sofía salió, se metió en su auto, intentó encenderlo y no pudo porque el comando lo había retocado. Se bajó con gran velocidad y, a las corridas, se metió otra vez en su casa. Se había dado cuenta de que algo andaba mal y llamó a la policía. A los dos minutos salió uno de sus custodios con la misma ropa que él llevaba puesta. Los tupamaros salieron de la camioneta. «¡No es él! ¡No es él!», gritó Lía, pero ya era tarde. Sus compañeros venían corriendo, fusil en mano, y por la esquina de la calle Nicolás de Herrera aparecieron los vehículos policiales a los tiros. Entonces, empezó la

retirada. Mientras sus compañeros corrían, Lía intentó darles fuego de cobertura para que pudieran escapar. Agarró su metralleta MP 40 de fabricación alemana y empezó a barrer con ráfagas toda la cuadra, hasta que un tiro la bajó. Murieron ella y el chofer de la camioneta, ambos de varios disparos.

Echeverría sigue manejando, sin embargo, enseguida un dato viene a su mente y lo hace clavar los frenos: el chofer de la camioneta, que murió, era el encargado del taller de falsificación de documentos que el MLN tiene en el Cerrito de la Victoria, y, por lo tanto, es cuestión de tiempo que la policía lo ubique. Sería un desastre. El problema es que él no conoce la dirección —no puede conocerla debido a la compartimentación del movimiento—, entonces, necesita ubicar urgente a quien lo pueda guiar hasta el lugar para evacuarlo y vaciarlo de evidencias.

Llama por el equipo de radio que tiene para comunicarse con los otros tupamaros a la casa de Pérez Gomar. Lo atiende Carlos. «Necesitaría a Héctor, porque se quedó con las llaves de casa», dice Echeverría mientras continúa camino hacia el Prado. Carlos entiende perfectamente el mensaje en clave, porque no es la primera vez que Filomena y él, como colaboradores del MLN con fachada legal, prestan su casa para las reuniones del comando de la columna 15. Desde hace un par de meses ayudan en lo que pueden: prestan la casa para reuniones, trasladan gente escondida en su camioneta, llevan y traen cosas. Se habían decidido a ayudar pocos días después de que Horacio, a fines de enero, les contó que ya era tupamaro y les dio sus argumentos.

En la casa están bastante preocupados por las últimas noticias que les trae el captacana sobre la mesa, así que la reunión de evaluación del operativo será más complicada de lo que parecía hace una hora, cuando estaban eufóricos porque todo salía bien. Las radios de AM no paran de dar noticias sobre lo que pasó, todo es muy confuso.

A las 11.30 Filomena empieza a almorzar sola, más temprano que el resto, porque tiene que ir a la escuela. Cuando termina, los jefes tupamaros, con Carlos y Horacio, aún toman mate. Luego empieza a vestirse para ir a trabajar, cuando a las 12.25 suena el timbre otra vez. Raro, porque no esperan a nadie más. En la casa no hay prácticamente

armas. «Los fierros están todos en la calle», explica Blanco Katrás, pero en ese momento Candán Grajales —por las dudas— saca una Browning que Fidel Castro le regaló al dirigente tupamaro Mauricio Rosencof y que este le había prestado. Filomena camina hacia la puerta, con pasos lentos. Respira aliviada: es el cobrador de Huracán Buceo. Le paga, lo despide, observa una camioneta con vidrios negros estacionada a pocos metros de la casa y cierra la puerta. Espera unos segundos, saluda a todos, le da un abrazo y un beso en la frente a Horacio, y se va.

A los cinco minutos salen Carlos y Héctor, que es quien sabe dónde queda el taller de falsificación de documentos. Se suben a la camioneta Indio de los Rovira Grieco y arrancan por Pérez Gomar, mientras en la casa empieza el almuerzo con un asado recalentado. En la calle Asamblea a metros de Propios —el punto acordado— se encuentran con Echeverría. «¿Cómo anda la cosa, viejo?». Carlos sonríe y le contesta: «Ahí vamos, ahí vamos». Héctor se baja de la camioneta y se sube al Opel con Echeverría. Salen volando.

Carlos da la vuelta y maneja, ahora solo, hasta la Plaza de los Olímpicos, donde lo está esperando el miembro de la Dirección del MLN Adolfo Wasem, de nombre de guerra *Nepo*. Llega a la plaza y ahí está. Se sube. «¿Cómo está todo, viejo?». «Ahí vamos, ahí vamos», contesta, mientras empieza a manejar de regreso hacia su casa.

Ya está a una cuadra, por la calle Resistencia. Dobla por Pérez Gomar, recorre lento los metros de repecho hasta que llega al punto donde se puede ver su casa. «¡Pará, pará!», grita Wasem y Carlos clava los frenos. ¡Ra-ta-ta-ta-ta! ¡Ra-ta-ta-ta-ta! ¡Ra-ta-ta-ta-ta! Milicos por todos lados, de verde y de azul, gritos y balazos que retumban entre paredes. Parece que es en Pérez Gomar 4392. Todo frente al parabrisas de la camioneta, a poco más de media cuadra de distancia.

—¡Pegá la vuelta, pegá la vuelta, viejo!

—¡No puedo! Ahí está Horacio. ¡No me puedo ir!

—¡Por favor, pegá la vuelta que estamos regalados!

—¡No puedo! Está Horacio. ¡Tengo que ir!

Wasem abre la puerta y sale corriendo. Carlos se demora un segundo, alguien identifica su camioneta y empiezan los tiros. Marcha atrás a todo lo que da. Zafa. Se desvía y se va a buscar a Filomena a la

escuela, en Solferino esquina Comercio. Maneja como si estuviera en piloto automático. Mueve los pies y los brazos, pero está en otra parte. La esperanza aparece en esta esquina, aunque en esta otra aparece la certeza; la ilusión aparece en esta esquina, pero en esta otra aparece lo que *ya sé que pasó*, y en esta otra *veo lo que no quiero ver*…

—Maestra Filomena, ¿me deja ir al baño?

—Sí, Santiago. Pero no me demores. Bueno, ¿seguimos? A ver, Natalia, ¿qué partes tiene una oración?

—Sujeto…

—Permiso, maestra. Disculpe que la interrumpa.

—¿Sí, Valeria?

—¿Puede venir un segundito? Está su marido aquí. Dice que necesita hablar ahora con usted.

—Voy. Enseguida vuelvo, chiquilines. Pórtense bien. ¿Te quedás un minuto con ellos?

—Cómo no.

*

Echeverría y Héctor están en camino hacia el taller con el captacana encendido. «Atención, atención. Local Pérez Gomar 4392, Pérez Gomar 4392. No hubo enfrentamiento. No hubo enfrentamiento. ¡Los reventamos a estos hijos de puta! ¡Estaban comiendo asado, los pichis! ¡Y cayeron como pajaritos!».

«¿Cuántos son?», pregunta alguien. «Cuatro NN, cuatro NN». Héctor calcula en voz alta: «Cuatro, cuatro…». A los pocos minutos llegan más noticias por el captacana. Militares y policías también habían entrado a puro balazo en la casa de la calle Amazonas 1440, a metros de Aconcagua, en Malvín, donde vivía el matrimonio de Luis Martirena e Ivette Giménez, también colaboradores del MLN. En la casa había un berretín, un escondite tupamaro, donde se hallaban David Cámpora y Eleuterio Fernández Huidobro. Los dos estaban vivos y quedaron detenidos, Fernández Huidobro malherido. Distinta fue la suerte del matrimonio: murieron acribillados. Cámpora y Fernández Huidobro se salvaron porque, cuando los descubrieron, el juez ya había llegado y su presencia los protegió.

Héctor abre un poco la ventana del auto, para que el silencio y el aire tan pesado puedan escaparse. Es una mezcla espantosa de bronca, de amargura y desilusión. Y de miedo y vulnerabilidad: ahora saben que los tenían vigilados desde hacía tiempo, que los seguían, y que solo estaban esperando el momento justo para reventarlos. Ellos tenían todo preparado para liquidar al Escuadrón de la Muerte, pero jamás imaginaron una venganza tan rápida y devastadora. Echeverría y Héctor se desvían del camino y empiezan a buscar un lugar donde esconderse esta noche. Por la radio llegan más noticias: alguien hizo circular la falsa versión de que Raúl Sendic, el histórico líder tupamaro, murió en uno de los combates de la mañana.

*

Filomena y Carlos ya están cerca de su casa. Repasan lo que deben declarar cuando los detengan e interroguen, pero hablan poco. El aire se llena de angustia. Ninguno quiere decir lo que ya sabe que pasó.

Cuando estacionan, decenas de fusiles los apuntan. La cuadra parece una zona de guerra. Hay camionetas policiales y un camión del Ejército. Filomena se baja con la túnica y una cartera, sosteniendo cuadernos con el brazo derecho; levanta la cabeza y busca en el cielo gris, muy oscuro, al helicóptero que está sonando; no lo encuentra. Los soldados los siguen apuntando, callados y quietos. Ellos avanzan hacia la casa y en el jardín los frenan. Primer golpe al brazo derecho, segundo contra la espalda y al suelo los dos, la boca contra el pasto y una bota apretando la cabeza. Saltan todos y empiezan a patear a Carlos en el piso. «¡Tomá, hijo de puta! ¡Tomá, hijo de puta!». Están hechos unas fieras, con sed de venganza.

«¿Dónde está Horacio? ¿Dónde está mi hijo?», grita Filomena. No le contestan nada. Sus lentes están en el piso, a centímetros de sus ojos. «Mis lentes», logra decir mientras muerde el pasto. Un teniente los destroza con su bota: «Acá los tiene». Las botas aprietan las nucas y siguen las patadas. Carlos aguanta callado. Solo abre la boca para preguntar por Horacio. Tampoco le contestan: «¡Callate, pichi de mierda!». Un soldado se agacha y le saca la billetera del bolsillo de atrás del pantalón.

Los levantan de golpe y les tapan la cabeza, primero con los almohadones de la hamaca del jardín, y encima dos sacos. Después los esposan. Filomena se tropieza. «Quedate quieta que se me va a escapar un tiro», le dice un sargento que le apunta a la cabeza. Todo se pone negro; los empiezan a empujar hacia una camioneta. «Dale p'adentro, yegua». Los meten. «Local Pérez Gomar 4392, Pérez Gomar 4392. Captura de camioneta Indio matrícula 116-129, 116-129, y dos sediciosos, un hombre y una mujer».

Arranca la sirena y con ella la camioneta a toda velocidad. Sale por Pérez Gomar hasta la placita, dobla a la derecha por Ambrosio Velazco y sigue hasta Rivera. Dobla en Rivera y continúa en dirección al Centro. Cuesta respirar, cuesta ordenar un mínimo de ideas entre tanta histeria y tantas puteadas.

Los vecinos de la cuadra están aterrorizados en sus casas. Les ordenaron que cerraran todo y les prohibieron salir. Apenas pueden ver por algún agujerito de persiana.

—Pero mirá lo que están haciendo estos hijos de su madre.

—¿Qué pasó? Correte un poco y dejame ver.

—Pará, pará. ¡Mirá! ¡Están vaciando la casa! Se están llevando todo. ¡Mirá ese milico! Se está llevando un televisor. Se llevan todo y festejan.

—Pero no puede ser. No puede ser que los estén robando.

Por fin se apaga la sirena y la camioneta frena. Los bajan a empujones y los meten en Cárcel Central. Carlos se tropieza contra los escalones. «Pero ¿qué hacés, hijo de puta? ¿No ves por dónde caminás?», le grita un policía y los demás se ríen a carcajadas.

A esa hora el juez ya está en la casa de Pérez Gomar. Recorre su interior, ve los cadáveres acribillados, las decenas de agujeros de bala contra las paredes pintadas de sangre, y ve que la casa fue desvalijada. Tiene el estómago revuelto. Antes de llegar había estado al lado del cadáver de Acosta y Lara, y más tarde, en la casa de la calle Amazonas.

Filomena y Carlos caminan por un corredor y los meten en un ascensor; siguen encapuchados. Los sacan y los empiezan a llevar por otro corredor, cuando se cruzan con una mujer policía: «La trajiste viva a esta yegua. ¿Por qué no la reventaste?». A Carlos lo hacen

sentarse al lado de una mesita y a Filomena la paran contra la pared, a pocos metros. Le quitan el almohadón y el abrigo de su cabeza.

Le preguntan todos los datos a Carlos, nombre, cédula de identidad, esas cosas. «¿Dónde está nuestro hijo, señor?». «No tengo novedades. Ya se le informará», contesta el oficial y llama a un agente: «Che, llevalo a curar y después ponelo en la 72».

Carlos se para y viene el policía. «Pase ahora usted, señora». Se cruzan. «Chau, Filo»; «Chau, viejo». Otra vez las preguntas: nombre completo, domicilio, cédula. «Señor, ¿puedo hacer una llamada? Tengo que avisarles a mis hermanos para que mi madre no se asuste. Es una señora de edad, y esto le puede hacer daño». «No se preocupe, señora. Ya le van a avisar. Che, llevala a la 4».

La llevan por un corredor de paredes marrones y puertas de hierro, con una luz amarilla tenue. «Entre, señora. Si precisa algo, toque ese timbre», le dice el policía. Adentro está sucio. Es un calabozo chico, de techo alto, con una cama de hierro y un colchón mugriento. Apenas entra una luz por la ventanita con barrotes que está bien arriba en la altísima puerta de hierro.

Las horas pasan lentas y todas las preguntas del mundo empiezan a clavarse como alfileres en la cabeza de Filomena, que camina en círculos por el calabozo. Un piso arriba, Carlos, sentado sobre el colchón con las manos contra la cabeza, ya siente que el final de la historia es casi un hecho. Y es así. Horacio está muerto.

*

En algún lugar de la capital, Camila se presenta ante sus superiores. Tiene la cara endurecida de tanto llorar. «Vengo a decir que creo que la casa de Pérez Gomar cayó por una imprudencia que cometí hace algunas semanas, cuando me detuvieron y me preguntaron a dónde iba. Lo primero que se me vino a la mente fue que iba a estudiar a lo de Horacio, así que cuando me preguntaron la dirección no pude escapar de esa idea; estaba bloqueada. Tenía que dar la dirección real, y la di. En ese momento tomaron nota y me dejaron ir. Yo me fui aliviada, pensando que había zafado. Y como pasó un tiempo y nada ocurrió, me quedé tranquila. Creo que fue por eso que encontraron la

casa. Yo cumplo con contarles esto. Hagan lo que tengan que hacer», les dice, sabiendo que la van a suspender como integrante del MLN.

Ya es de noche en Montevideo y hay varias familias llorando muertos. Por fin, parece que el maldito 14 de abril de 1972 se está terminando, pero con él empiezan otros calvarios.

De golpe

«Mirá lo que es esto, viejo. ¡Milicos hijos de puta!». Apenas abren la puerta de Pérez Gomar 4392, se enfrentan con el vacío. Les habían robado todo. Solo les dejaron algunos proyectiles incrustados en las paredes agujereadas. Los pocos muebles que quedan están desordenados, varios rotos. El silencio de la casa es total. Horacio no está, pero entrar a su cuarto sería un reencuentro para el cual no están preparados, así que deciden postergar ese momento. Es martes, 11 de julio de 1972. Hace tres días que Filomena y Carlos fueron dejados en libertad, después de casi tres meses detenidos.

Habían evaluado la noche anterior si volver a vivir ahí era lo adecuado. El lugar ya estaba marcado por la muerte, pero al final recordaron el amor que Horacio tenía por la casa, tanto que decía que nunca se iría de allí. «Filo, esa casa es un símbolo, un lugar histórico. ¿No lo pensás así? Además, no volver sería una traición a él», fue el argumento de Carlos, mientras conversaban tirados en dos camas en la casa de María, la madre de Filomena, donde pasaron sus primeras horas en libertad. Esa noche no paraban de hablar, y les era imposible dormir. Todo era una mezcla de alivio y de excitación por haber recobrado la libertad, de aturdimiento por tantas cosas que habían pasado en esos meses, y de tristeza por la ausencia de Horacio.

Ahora están adentro de su casa, y aunque fuera verano ese lugar estaría igual de congelado que como está. Empiezan a caminar juntos, callados, a ver cada rincón, cada puerta, ven las paredes blancas de la cocina agujereadas, los pestillos reventados a balazos, hechos añicos. Las sillas tiradas en el piso, la mesa aún de pie. Los pisos y la estufa a leña habían sido picados por todos lados por los militares, que buscaban un berretín, aunque en los últimos días algunos familiares habían reparado.

Siguen sin hablar. Levantan dos sillas y se sientan en la cocina.

Miran el lugar, e intentan imaginar lo que pasó. Es un acto de masoquismo. Todo había llegado de golpe. En un chasquido los aplastó la realidad. Habían perdido a su único hijo, estuvieron meses presos y ahora están libres más solos que nunca en una casa saqueada y con agujeros de bala. Parece como si todo hubiese ocurrido en una sola y larga noche.

Filomena va a calentar agua para el mate. Sin embargo, cuando abre el estante ve que les habían robado los mates, las bombillas y el termo. Carlos se para y empieza a acomodar las sillas, y luego juntos intentan poner las cosas que les dejaron, de forma más o menos prolija. Al fin de cuentas, iban a tener que comenzar, otra vez, a vivir en esa casa.

En los días siguientes intentan recuperar lo que les habían robado, pero apenas les devuelven algunas cosas. Del resto, nada. La Policía y el Ejército se pasan mutuamente la pelota. A cada lugar donde van a reclamar les contestan que deben preguntar en otro, y en ese otro les indican que nada saben y que, por lo tanto, tienen que consultar en otro.

De día la vida es monótona. Lo único nuevo son las muchas gestiones que deben hacer para recuperar sus cosas y ordenar un poco la casa. De noche, la angustia se incrusta en el silencio, y la voz de Horacio se empieza a escuchar. Es muy difícil dormir entre esas paredes que hablan.

El 16 de julio los va a visitar Mario, un hermano de Filomena. Les lleva unas copias de la versión taquigráfica de las sesiones del Senado y de la Asamblea General de los días 10, 13, 14 y 15 de mayo de ese año. Ellos estaban presos, y en el Parlamento hubo legisladores que se preocuparon por su caso. Sabían que algo así había ocurrido, aunque no imaginaban la fuerza con que los senadores habían protestado. Algunos pasajes de la sesión les llaman la atención y los marcan con lapicera: no pueden creer que mientras estaban incomunicados del mundo, en el Palacio Legislativo sus nombres sonaban tan fuerte.

El 10 de mayo, el senador blanco Alembert Vaz fue el primero que habló de su caso. Hacía poco menos de un mes que estaban presos:

> El 14 de abril ocurrió el conocido episodio de la calle Pérez Gomar 4392, donde hubo varios muertos. No entro a juzgar el hecho.

Admito que quienes estaban allí eran integrantes de la sedición, pero los padres, el matrimonio que yo conozco, integrado por la señora Filomena Grieco de Rovira y Carlos Rovira, no estaban en la casa. Nunca están en la casa, porque la señora trabaja de maestra y él trabaja en otras tareas. El hijo estudiaba allí; quizás ignoraban lo que allí ocurría. Ocurridos los hechos, cuando llegan, después de la muerte de esos muchachos, el matrimonio es detenido, y están desde el 14 de abril al 3 de mayo incomunicados. Nadie sabe por qué. Llegó el momento en que había que hacer algo con ellos. Se los pasa al juez de Instrucción; porque la justicia militar todavía no había entrado en jurisdicción. Pasa el matrimonio al juez de Instrucción, este puede acreditar fehacientemente que es absolutamente inocente, que no tiene nada que ver, porque ignoraba las actividades de su hijo. Lo deja en libertad, pero aún sigue detenido, no se sabe dónde está. Todos los que lo conocen tienen la absoluta seguridad de que ese matrimonio es inocente.

Además de estar detenidos —no se sabe dónde ni por qué— la casa ha sido saqueada, ha sido robada. Los cubiertos, las sábanas, han desaparecido. No quiero creer que sean los militares, incluso tengo vinculaciones familiares con elementos de las Fuerzas Armadas de este país y sé lo que ello significa. No lo creo, pero deben integrar el otro equipo paralelo. Son atropellos inauditos, porque no se conforman con tener detenidas a personas inocentes, sino que además saquean las casas. Eso, evidentemente, no puede ocultarse, debe tener trascendencia, proyectarse, porque alguien tiene que corregir esta situación. De lo contrario, tendríamos que llegar al convencimiento de que estamos librados a las fuerzas desatadas de la anarquía; que las jerarquías que disponen todos estos operativos han perdido el comando de la fuerza. De otra manera, no existe explicación plausible para hechos de tal gravedad.

Días después, en la Asamblea General, otros legisladores se interesaron por la situación de Filomena y de Carlos. Por ejemplo, el senador del Frente Amplio Zelmar Michelini: «En la casa donde vivía Martirena —y yo digo que si los señores ministros investigan verán que los ajusticiaron, como ocurrió también con los cuatro tupamaros, entre los cuales estaban Candán Grajales, Schroeder, Rovira y Blanco — se llevaron de todo». En ese momento lo interrumpió su colega

blanco Wilson Ferreira Aldunate: «De todo, no: ¡todo!».

Luego, de nuevo el senador Vaz se refirió al caso:

> El hecho real es que cuando llegan los que luego hicieron ese operativo de saqueo, no había —reitero— absolutamente nadie en la casa. El operativo será todo lo legítimo que se diga, pero cuando se está dentro de una finca, se saquean las habitaciones, se roban las cosas, los muebles, los cubiertos, las sábanas, en fin, absolutamente todo. Y yo pregunto: ¿con qué sentido? ¿Para qué? ¿Por venganza contra las cosas materiales? ¿Qué es lo que legitima una reacción de esta naturaleza? ¿Qué se hace con esa pobre gente?
>
> Los padres están aún presos sin saber por qué razón, porque el juez los soltó, probando, fehacientemente, inequívoca e irrefragablemente, que en absoluto tenían nada que ver; pero las cosas están íntegramente robadas. Evidentemente, el senador Michelini tiene razón en la medida que eso es terriblemente deteriorante de la fe en los agentes que están realizando estos operativos; hay una falta de confianza que se vislumbra frente a la presencia de personas que vienen con ese espíritu, donde ya la venganza no se materializa, no se concreta por la reacción que sufre en la lucha, sino que se exterioriza en las propias cosas materiales, que muchas veces son valores afectivos, como si estuvieran identificadas con la persona de la que quieren vengarse. Ese es uno de los episodios más tristes, que ensombrecen más, y que dejan una mayor secuela de odios y de pasiones en todo ese proceso entenebrecedor que hemos escuchado esta noche.

Después de Vaz, intervino el senador colorado Carlos María Fleitas:

> Con respecto a este asunto quiero pedir una cosa al Poder Ejecutivo. No voy a entrar al análisis de los procedimientos, porque no los conozco. No es mi costumbre ni me parece que corresponda. Pero a Filomena Grieco la conozco como maestra. Siendo ministro de Educación y Cultura llegué a los cursos nocturnos que funcionan en la Escuela Paraguay, en la calle Rivera y Julio César. Es una vieja maestra que ha dedicado toda su vida a la enseñanza. Se me dice que sometida a la competencia civil el juez decretó su libertad, pero se encuentra detenida. Digo una sola cosa al señor ministro. No sé si esta mujer, esta maestra que durante tantos años se consagró a la

docencia tiene, para la Justicia o para quienes están en los procedimientos, alguna posible culpa. Lo que sé es que, bien o mal, su único hijo está muerto y que en este momento es una mujer acosada por la angustia y la desesperación.

No creo que el Poder Ejecutivo gane nada con tenerla detenida. Por encima del problema de una posible culpabilidad, que los jueces no han encontrado, pero que la administración, por elementos que pueda tener en su poder, tenga pendiente, digo al señor ministro que los informes que poseo seguramente le harían ponerla en libertad si él, personalmente, concurriera a verla. Esta mujer, con la tragedia que arrastra consigo, parece tener suficiente castigo como para que la humanidad de los hombres la deje en libertad.

El último discurso que los impresionó fue el de Ferreira Aldunate, el caudillo blanco:

La señora Filomena Grieco de Rovira es militante del Partido Nacional. Es hermana del doctor Grieco, exsubsecretario de Hacienda. Es votante nuestra. Ahí no hay nada de tupamaro, ni de nada que se le parezca. Milita en las filas de mi agrupación política. El que suponga que gente vinculada a nosotros, que integra nuestro agrupamiento político, tiene algo que ver, directa o indirectamente, con los tupamaros, no sabe de qué está hablando; o lo sabe, en cuyo caso comete una canallada. Aquí se trata, pura y exclusivamente, de una de estas dos cosas: o de la inercia de una máquina infernal que porque no sabe por qué metió a algunos adentro no sabe cómo soltarlos —que eso ocurre— o se trata de una responsabilidad tipo Antiguo Testamento, al revés: las culpas de los padres no recayendo sobre los hijos, sino las culpas de los hijos, si es que existen, recayendo sobre los padres. Esto es lo que hay que entender y meterse en la cabeza. Y estos procesos —quizás también esta sea la lógica de la guerra, o como quiera llamársela— se agravan día a día.

Filomena y Carlos están contentos. Les hace mucho bien leer esas exposiciones, enterarse de que, mientras vivían ese calvario, había políticos que intentaban forzar su liberación. Cuando terminan de leer, sentados en la cocina, Mario los mira. «Hay otra cosa que les traje, y que todavía no les habíamos mostrado porque preferíamos esperar unos días», les dice y coloca una hoja sobre la mesa. Es una carta de la

Cooperativa Bancaria, en la que informa que «El señor Horacio Rovira Grieco ha sido seleccionado» para ocupar el puesto de peón. La carta había llegado días después del 14 de abril, cuando ya no había quien pudiera recibirla. Filomena termina de leerla y aprieta los labios; una lágrima se escapa bajo sus lentes.

«Viejo, no sé qué te parece, pero creo que sería bueno que escribiéramos un libro, para contar todo lo que pasamos en estos últimos tres meses, y todo esto que estamos pasando, un libro para Horacio, para mantener en alto su nombre, para mostrar que su muerte no fue en vano, que la lucha continúa». La respuesta de Carlos es afirmativa. Está totalmente de acuerdo. La lucha, sí, claro, continúa.

Sin embargo, si quieren escribir un libro hay cosas que no se pueden contar. Es agosto de 1972 y los tupamaros ya están derrotados casi por completo. Ellos quedaron en libertad precisamente porque nadie encontró pruebas de que fueron colaboradores de la organización. Si ahora escriben un libro y lo cuentan todo, en cuestión de horas estarán presos otra vez. También les habían asegurado a sus hermanos que no sabían nada sobre las reuniones en su casa.

Es por eso que cuando Filomena se sienta frente a la máquina de escribir Remington por primera vez, ya sabe que tendrá que omitir algunos datos de esta historia; y lo hace con mucho cuidado. El libro, que se llama *Uruguay, viernes 14 de abril de 1972*, no está dedicado a Horacio, Alberto, Armando y Gabriel, sino a *Horacio, Rodolfo, Marcos y Gabriel*, los nombres que ella y Carlos declararon a la Policía.

Desde la dedicatoria, reivindican el sentido de la muerte de Horacio, en una lucha por un mundo mejor:

> Este libro es una necesidad, es nuestra necesidad de que se conozca a qué grados de injusticia y crimen llega un régimen para mantener los privilegios de los poderosos.
>
> Lo escribimos entre los dos, lo pensamos y lo vivimos entre los dos.
>
> Lo concebimos con amor y lágrimas, como un nuevo hijo.
>
> Este libro es otro hijo, el hermano que Horacio nos pidió tanto cuando era chico. Si se lo hubiéramos dado entonces, lo más seguro es que hoy estaría muerto como él. Porque los asesinos entraron a matar a todos.

Este hijo que nace hoy, vive. Es el hermano de Horacio, que toma su puesto de lucha.

Vive y lucha por él, con él.

Sus padres.

En las primeras páginas del libro, Filomena relata lo que sucedió desde el momento en que junto a Carlos llegó su casa de Pérez Gomar, sobre las 15 horas del viernes 14 de abril. Luego cuenta su detención, el trayecto hasta la Cárcel Central y cada detalle de lo que vivió hasta el momento en que la metieron en la celda 4:

¿Qué era esto? ¿Qué habría sucedido en casa? Yo tirada sobre este sucio colchón, y Carlos, ¿cómo estaría? Y Horacio, ¿dónde estaba?

Le había preguntado al señor que me tomó los datos y no sabía nada. Pero seguramente estaría también detenido. Por aquí cerca podría estar. Pero ¿dónde?

Horacio, ¿qué pasó? ¡Si pudiera entender esto! Pero tiene que aclararse pronto, seguramente ahora nos interrogarán y se aclarará todo este error. Esta noche, tal vez mañana, estaremos en casa y habrá pasado esta pesadilla.

Tenía frío, estaba tan confundida, las ideas se me mezclaban. Me acurruqué en el sucio colchón. Ya no pensaba. Era una cosa más de esa oscura celda, pared, reja, puerta de hierro. ¿Cuánto tiempo así? No sé. Un fuerte ruido me sobresalta. Se abre la ventanita de la puerta. Me vuelvo de golpe hacia la luz.

—¿Va a comer?
—¿Qué?
—¿Va a comer?
—No sé.

Un golpe seco cierra la luz que entraba. Otra vez la soledad oscura. Yo era un bichito perdido, un débil bichito acurrucado. ¿Dónde está Horacio? Si pudiera saber, explicar algo. Tal vez lo están interrogando ahora. ¿Y si lo torturan? ¡No, por favor! Es casi un niño. ¡Déjenlo, cobardes!

Vuelve a abrirse la ventanita.

—Tome su plato.

—No hay luz. Aquí está oscuro.

—Qué me importa. Tome el plato.

En sus primeras horas de detención, el escenario había sido pesadillesco. Gritos y golpes que llegaban desde algún lugar al que no podía ver, encerrada en ese calabozo. Se escuchaban quejidos y un policía hostigando a un joven. Pensaba en que se trataba de una sesión de tortura, pero nada podía saber. Su incertidumbre era total.

Las horas pasaban sin más novedades que la ventana que se abría, otra vez, para dejarle la comida. En la mañana del sábado no sabía si había dormido. Se puso a recordar el 14 de abril, minuto a minuto.

Cuando escribe esa parte en el libro, Filomena lo hace con el mismo relato que le transmitió al policía que la interrogó. Después cuenta los días sin novedades, con angustia. Solo nuevas voces de detenidos, más gritos y golpes. Preguntaba por Horacio y por Carlos en cada oportunidad que se le presentaba: cuando iba al baño, cuando le llevaban la comida, siempre, pero nada.

> Y amanece el lunes. Limpieza, baños, rutina. Ninguna novedad. La espera de la sopa grasosa, aunque solo sea para dividir el día largo. Luego el sopor de la tarde, y otra vez la sopa de la noche. Tratar de dormir. Que pase el tiempo y yo no piense. A la policía de la tarde, una amable señora de ojos negros brillantes, le pregunté por Horacio. Me prometió ocuparse. Cuando le pregunté de nuevo me dijo que no me preocupara, que le estaban dando medicamentos.
>
> —Pero ¿por qué? Está aquí, lo llevaron al hospital, ¿qué tiene?
>
> —No sé. No me pregunte más. Pero no es nada. Está atendido. Quédese tranquila, que no es nada.
>
> ¡Cómo podía estar tranquila! ¿Se habría enfermado o lo habrían torturado? No sé cómo pasé la noche. La cabeza me daba vueltas. Mil ideas terribles me enloquecían. ¿Sería verdad? ¿Por qué no me decían nada concreto? ¿No saber de mi hijo formaba parte también de la incomunicación? Mi imaginación indetenible tejía y destejía imágenes tenebrosas.

[…]

Violentamente abren mi puerta. De golpe me incorporo. Miro el reloj: ocho menos veinte de la mañana. Un hombre de mediana edad, rostro anguloso, duro, ojitos de halcón, estaba parado en la puerta. Detrás de él, otro, blando, con expresión burlona de matón pagado. Un capanga, un segundón a sueldo. ¡Qué asco!

Con impaciencia histérica, el halcón me perforó con su mirada negra y su voz filosa.

—¿Dónde está el berretín? Díganos dónde está. Revisamos toda la casa y no lo encontramos. Pero estamos seguros de que allí hay un berretín.

—Pero, señor, no sé de qué me habla —dije titubeante—. No entiendo. Quiero saber por qué estoy aquí y no se me explica nada.

—¡Sí que lo sabe! Usted sabe muy bien que en su casa se hacían reuniones. Allí se planificaron los atentados del viernes 14. ¡Bien que lo sabe! —el capanga blando aprobaba burlonamente.

—Pero no, señor. Si mi hijo estaba estudiando Filosofía, que examinaba la próxima semana. Solo sé que estudiaba con compañeros que debían rendir el mismo examen.

El capanga fofo, ensanchando su burlona sonrisa, dijo:

—Y los muchachos estudiaban con las lapiceras en las metralletas.

—¡Por favor, señor! Yo sé que estaban repasando las últimas bolillas. Pero dígame qué pasó. Yo no sé nada de mi hijo y nadie me informa nada. ¿Está detenido? ¿Dónde está?

—Hubo un tiroteo, se resistieron.

—¡Por favor! ¿Qué pasó con mi hijo? Mi hijo, ¿qué pasó? —No podía contener mi desesperación.

—¡Imagínelo! No le será difícil.

—¡Por favor, dígame qué pasó con mi hijo! ¿Dónde está? ¡Por favor!

El capanga seguía con su sonrisa congelada. Su rostro era un flan agrio.

—Está detenido —dijo el halcón secamente.

Un portazo de hierro estremeció todo mi cuerpo. Esto era peor. ¿En qué maquiavélico juego me estaban apretando? No podía más. Desesperada, llamé a la policía femenina. Era la misma del domingo:

la milica-tipo. No se le movía un músculo, dura como una piedra, inexpresiva, despectivamente distante.

—¡Señorita, por favor, quiero saber de mi hijo! Ese señor me dijo que hubo un tiroteo en mi casa. No sé qué confusión es esta. Pero mi hijo, ¿dónde está? ¿Qué pasó con él?

Me miró distante, fría, congelada:

—Rece por él, señora —y cerró la puerta, como ella, también congelada.

Mientras escribe, recuerda cada instante, cada palabra. Ese que acaba de relatar es el momento en que supo que habían matado a Horacio. Con su buena pluma hace malabares. Siente dolor, indignación y ganas de gritarle al mundo lo que pasó con su hijo, la forma en que fueron detenidos, la humillación de haber estado presa, incomunicada durante días, sin que nadie le haya contado lo que pasó, pero también debe cuidarse en extremo para no quedar en evidencia.

Empieza a repasar la vida de Horacio, todas las imágenes que vuelan sobre su cabeza en esos momentos de angustia. Recrea sobre el papel lo que sintió en esos días, cuando todo era demasiado veloz y horrendo como para que su cabeza pudiera ordenarse. Aparecen los instantes más sencillos de la vida, los aromas, los sonidos, las temperaturas. Las fotos en las paredes del dormitorio, las conversaciones. Las charlas sobre ideología se cruzan con otras más triviales. Las discusiones con sus hermanos, todos los tiempos previos al desastre vuelven a su mente.

Pensé en mi familia, repasé muchas cosas. Siempre me había parecido que sus características, su constitución, su evolución, sus relaciones, en manos de un buen escritor serían un tema interesante. Pensaba: entre nosotros hay de todo, profesionales, obreros, militares, comerciantes, estudiantes. Cada uno con su pequeño mundo a cuestas. Reunidos, cada cual necesitaba hablar de sí mismo, de sus actividades, de sus éxitos, su yo. Solo cuando alguno tenía un accidente, una desgracia, renunciaban a su yo y formaban el muro de protección común. Superado el asunto, volvían a su pequeño mundo feliz, egocéntrico.

Pensé: cuando salga de acá, cuando termine este tormento, hablaré con ellos. Esta experiencia siempre enseña cuánto más hay que

quererse, quererse siempre. Amarse sencillamente, en las virtudes y en los defectos, en todos los momentos, en el correr simple de la vida. Si al fin es esa la única riqueza que podemos dar a los seres queridos, lo único que nos queda después que se nos mueren.

Horacio nos dejó todo su amor de hijo. Se murió sabiendo cuánto lo amábamos. Carlos y yo, que no creemos en el más allá, cómo soportaríamos esto si no fuera por el amor que le dimos y recibimos. No creemos en el culto a la muerte, no nos consuela una religión. Sabemos que un cadáver es solo algo que se va desintegrando poco a poco.

¿Qué nos queda entonces? Nos queda este Horacio vivo que no morirá, que estará siempre entre nosotros, con sus dieciocho años, como él quería quedar.

La madre grita contra las teclas de la máquina de escribir. Se toma una pausa del dolor y reivindica la lucha de su hijo, y vuelve a retorcerse en la certeza de que ya no hay vuelta atrás. Es un círculo vicioso.

Qué fugaz es todo. Y su muerte, tan injusta. Si me hubiera muerto yo, total, al fin la vida nunca me interesó demasiado. Pero él tenía tantas cosas buenas para hacer, era tan vital, le gustaba tanto vivir. Cada milímetro de su piel disfrutaba el aire, el agua, el sol. Cada milímetro de su alma disfrutaba la amistad, el compañerismo, la solidaridad.

Narra el día en que los llevaron a declarar ante el juez, custodiados por policías con ametralladoras, junto con otro hombre. Era Almirati, un ingeniero del MLN que para Horacio había sido un ídolo por su astucia. Declararon la misma versión, otra vez, ante el juez. Volvieron a jefatura, y al día siguiente los llevaron de nuevo al juzgado.

Llegamos y ya de lejos diviso a Mario. Serio, triste, emocionado. También estaban Donato y Nelson. Qué abrazo con Mario, el menor de los hermanos, tan duro por fuera, pero ¡qué blando, qué tierno por dentro! ¿Quién dijo que los hombres no lloran? Pero ¡qué conmovedor es ver llorar a un hombre!

Nos conducen al fondo. Le sacan las esposas a Carlos. Al rato me

llaman. Termino mi declaración. Me llevan nuevamente al patio.

—¿Nos levantan la incomunicación? —pregunto.

—Un momento, señora. Voy a consultar.

Viene un tira joven, pequeño. Con prepotencia llama a Carlos. Lo esposa nuevamente.

—¿Qué es esto, por qué? —pregunta él.

No le contesta. Vuelve el otro y dice:

—Está levantada la incomunicación. Pueden hablar unos minutos con sus familiares.

El tira chiquito le saca las esposas a Carlos. ¿Qué fue esto, entonces? Una pequeña demostración de poder, de prepotencia.

Desde entonces, Filomena y Carlos empezaron a recibir visitas de sus familiares, que siempre estaban. Lo hacían por separado. No podían hablar entre ellos. Por más que el juez había dispuesto que fueran liberados, seguían presos y nadie les explicaba por qué.

Un día Filomena pidió para ver a Carlos. Un funcionario hizo la gestión y se pudieron reunir, durante cinco minutos.

—¡Viejo, cómo haremos para vivir sin él!

Nuestras manos apretadas hablaban más que nosotros, lloraban más que nosotros.

—Bueno, Filo, tratemos de ayudarnos. Sabemos cuánto valía Horacio. Él siempre nos acompañará.

—Sí, así tiene que ser. No me lo puedo imaginar muerto.

—Además, pensá por qué murió. Si él hubiera podido elegir su muerte, sería esa: peleando por sus ideales. Lo injustificable es que haya sido un asesinato tan cobarde.

—¡Si pudiera conformarme! Pero es inútil, no encuentro consuelo.

—Pensá si hubiera muerto en un accidente en la calle, o de una enfermedad. Tampoco podríamos conformarnos. Pero sería una muerte distinta. Esta es una muerte valiosa, como él la quería. Tenemos que estar orgullosos de él. Valía mucho y murió por lo que tanto soñaba.

—Sí, viejo, tenés razón. Eso también yo lo pienso. Pero ¡es tan difícil aceptar su ausencia!

Por más que intentaba mantenerse en pie y mostrarse fuerte ante

sus familiares, Filomena había empezado a quebrarse. Caía en pozos depresivos y ni el Valium le hacía efecto. Pidió hojas y una lapicera porque escribiendo quería escaparse de la celda. Se lo negaron. El 15 de mayo de 1972, de noche, le indicaron que aprontara sus cosas porque se iba, pero no a su casa, sino a la Escuela de Nurses Carlos Nery, en la Ciudad Vieja, que funcionaba como centro de reclusión para mujeres custodiado por la Armada. Un edificio antiguo, con techos altos, con un dormitorio grande en el que había una docena de cuchetas. Carlos seguía en su celda.

El Nery era muy distinto a la Cárcel Central. Allí tenía cierta libertad de movimiento, convivía con más de veinte mujeres y tenía horarios de visita fijos. Era bastante veterana al lado de las otras. Varias tenían hijos y compartían las penas; al menos estaban juntas.

Cuando recuerda el cariño que sus compañeras le dieron, recobra fuerzas frente al teclado, al igual que recobró fuerzas en ese momento, después de un mes de deterioro absoluto de su cuerpo y de su ánimo. Con ellas cantaba, cocinaba, conversaba sin parar, volvía a vivir y mantenía la convicción, la misma seguridad que tiene cuando escribe, ya en libertad.

> De ahora en adelante se hablaría de «antes o después del 14 de abril». Esta fecha marcaba la iniciación de esta guerra. Esa fecha marcaba la madurez de un enemigo, el movimiento rebelde, que hasta ahora se había subestimado.
>
> A medida que, por documentos incautados, las Fuerzas Conjuntas descubren la ramificación y el afianzamiento que la organización tenía en el pueblo (en el interior era llamativo), se comprende más cómo este movimiento rebelde responde al ansia profunda de liberación.
>
> Ya no pueden decir que son unos extraviados muchachitos idealistas, unos impacientes descabellados. Lo integran personas de toda edad, de todo nivel social (hacendados, sacerdotes, médicos, obreros, militares, etcétera). Aunque los risibles comunicados de las Fuerzas Conjuntas llenan de adjetivos ofensivos a los militantes que apresan (mafiosos, criminales, extraviados, asesinos), ya no convencen más que a los ya convencidos: los reaccionarios recalcitrantes, los fascistas de siempre.

El pueblo, el pueblo verdadero, sensible y auténtico, sabe que los tupas tienen razón. Y por más golpes que les den, ellos crecen. Como crecieron cuando se les declaró la guerra. Crecieron porque se les consideró el segundo poder.

Es verdad, es tremendo, no estábamos acostumbrados a esto. Pero esto es una guerra. Yo soy la madre de un muerto en esta guerra.

Sé que estos muertos no son en vano.

Su hermano Donato no paraba de hacer gestiones para liberarlos. Los mensajes que recibían eran contradictorios. Se enteraron de que el gremio de Magisterio había hecho una volanteada con un mensaje de protesta por su situación, que hubo paros y que en el Parlamento varios legisladores habían cuestionado que permanecieran presos. La lógica de las cosas les hacía sentir varias veces que la liberación estaba cerca, pero todo seguía igual, con la misma incertidumbre hasta el 8 de julio, cuando a Filomena le llegó la buena noticia.

—Muchachas, no las podré olvidar. Gracias por la calidez del cariño que me dieron.
Caminamos apretadas hasta la reja. Isabel y Mabel, que habían llegado conmigo, quedaban aquí. Isabel fuerte, alegre, segura. Mabel apagada, triste, pequeña. Tiene cuatro hijos, tan chiquitos y tan solos…

Apiñadas todas contra la reja, como el primer día, cantan para mí. Es una hermosa canción de rebeldía, de esas que crean los presos políticos.

Antes de bajar, me quedo un instante con esta imagen querida en los ojos, con esta canción en el corazón. Pienso: muchachas, no las podré olvidar. Pronto estaremos todas de este lado de la reja.

Bajamos. La policía me ayuda a llevar la valija. Abajo, una camioneta celeste espera.

—Suba, señora —dice el chofer.

—¿Puedo ir caminando? —le digo a la funcionaria—. Mi hermano espera en la otra esquina.

—Bueno, si usted quiere. Yo la acompaño.

Cruzamos Guaraní. Levanto los ojos a las ventanas de los dormitorios. Todas las manos y los ojos me saludan. Tomamos por Buenos Aires. ¡Qué maravilla! A la mitad de la cuadra está Carlos, con su barba crecida. También están Luis, Donato y Normey.

—Ya está, señora. Adiós —me dice la policía.

—Gracias, señorita. Adiós.

—¡Carlos, Carlos, querido, estamos libres!

¡Qué abrazo entrañable! Se nos va el alma de uno al otro.

Y Luis, Donato, Normey. No puedo parar de llorar. Es mi manera de estar alegre.

—Bueno, vamos —dice Luis—. Mamá estará nerviosa esperando en casa.

Subimos todos al VW. Las palabras se agolpan desordenadamente. ¡Cuántas cosas quieren contarme! Carlos había salido anoche. Pero para mí, les dijeron que no había tiempo. Por eso fue recién hoy.

Andar en auto por las calles de la ciudad, como una persona libre, es una sensación extraña. Llegar a casa de mamá, ver sus muritos, su jardín, las flores, todo es de maravilla.

Las páginas se llenan de golpes de metal con tinta, de recuerdos, de dolor. Los días corren en el libro y se acercan al momento mismo en que Filomena está escribiendo, a fines de setiembre, junto a Carlos.

¡Qué equivocados están los verdugos!

Así como están equivocados los que creen que el resultado de esta guerra está definido a favor de los poderosos.

Que vean si no a los jóvenes estudiantes y trabajadores que realizan peajes a pesar del continuo patrullaje en las calles. Al pasar entre ellos y dar nuestra colaboración, sentimos que Horacio estaba ahí. Cada uno es Horacio.

Que vean si no las leyendas que aparecen escritas en las paredes, aun ahora, en medio de esta cerrada vigilancia de las chanchitas, roperos, camellos: «La tortura no mata el hambre»; «Las Fuerzas

Armadas torturan. Lo pagarán»; «Soldado, no mates a tus hermanos»; «Adelante, tupamaros»; «Las Fuerzas conjuntas con los ricos, los tupas con el pueblo»; «Con Pacheco los pobres comían basura, con Bordaberry comen mierda». Y la clásica: «Habrá patria para todos o no habrá patria pa' naides».

Esta literatura de las paredes está escrita por heroicos muchachos que lo arriesgan todo, porque saben que la guerra no ha terminado.

Que no terminará mientras la miseria sea el fantasma que hace a los marginados seres subhumanos. Mientras el fascismo intente copar la enseñanza, por cualquier medio, llegando a asesinar incluso dentro de un liceo, como en el caso del joven Nelson Santiago Rodríguez Muela en agosto de 1972. Mientras siga habiendo corrupción y negociados en las altas esferas, y represión, bajos salarios y desocupación para la mayoría. Mientras las condiciones objetivas se vayan agudizando, habrá más radicalizados, más seres que comprendan que, hasta ahora, les vendieron «espejitos de colores». ¡Qué equivocados siguen los que mandan!

En su libro, incluyen los discursos del Parlamento que más les habían impresionado, y también cuentan que fueron a buscar a esos legisladores para darles las gracias por lo que habían hecho mientras estaban presos. Cuentan que fue muy emotivo, y que los senadores les dieron apoyo y solidaridad. Filomena deja constancia de eso, pero de inmediato aflora la bronca.

Decidimos con Carlos ir al Palacio Legislativo a ver a estos legisladores, por lo que habían contribuido a poner de relieve la injusticia.

Fue conmovedor el apoyo y solidaridad que recibimos en estas entrevistas personales. Todos destacaron que no había nada que agradecer, que era un deber de cada uno de ellos, como representantes del pueblo, denunciar hechos donde la injusticia era tan manifiesta.

Alguien dijo:

—Justamente, esto demuestra a qué nivel se ha llegado: que algo que es un derecho natural, esencial, sea agradecido como

un favor especial. El día que no seamos sensibles a estas injusticias, no tendrá razón de ser esta casa, que debe recoger todos los reclamos populares.

Estuvimos de acuerdo con él. Recogimos de todos palabras similares de aliento y solidaridad. Conocimos el lado humano, sensible, de hombres políticos, a los que con frecuencia habíamos juzgado con dureza por su actuación pública.

Comentamos luego con Carlos qué extrañas eran las fuerzas que manejaban la política nacional, que hacían que hombres talentosos, básicamente buenos, sensibles, tan llanamente cordiales en el trato personal, fueran capaces de protagonizar acciones políticas, votaran cosas diametralmente opuestas (ley de seguridad, prórroga de suspensión de garantías individuales) a esa impresión que nos habían causado.

¿Se desdoblan ellos en «ser humano» por un lado, y «ser político» por otro? ¿O la «alta política», donde se cocinan «las grandes leyes patrióticas», es una ciencia inaccesible a las personas sencillas como nosotros? De todos modos era algo que no llegábamos a comprender, a desentrañar. Ellos eran representantes nuestros, del pueblo. Pero nosotros, pueblo, no podíamos aprobar su actuación más que parcialmente. Convinimos en que la historia sigue su curso de depuración, y llegaría el día en que el político y el hombre se fusionaran en un solo ser sensible, bueno, sin dobleces, real representante del pueblo.

Debíamos saludar también a mis colegas de la Federación Uruguaya de Magisterio, que tanto habían hecho por mi libertad. Llamar por teléfono enseguida de nuestra salida.

Pero me sucedía algo que no podía dominar: cuando me encontraba con una persona amiga que había conocido a Horacio, mi llanto era incontenible. Esos encuentros, con gente querida, en lugar de consolarme, me hacían mucho daño; Luis se encargó de explicárselos.

Son como empujones. Se hunde en la nostalgia primero, y después llega el ímpetu revolucionario. Una y otra vez. La ausencia de Horacio lo convierte en omnipresente, y duele. Y entonces, otra vez, aflora la

reivindicación. Así, con un diálogo entre ella y Carlos, Filomena escribe el final del libro.

> —¡Cuánto hay que arreglar en este mundo! Qué razón tenía Horacio. ¿Qué será de nuestra vida sin él? No lo tenemos, pero tenemos todo lo que él quería, los ideales que defendía los heredamos nosotros. Es una herencia al revés.
>
> —Viejo, estaba pensando que podríamos escribir un libro con este Horacio que vive, que vivirá siempre en nosotros. Eso nos ayudará a tenerlo siempre presente, como está presente la lucha en la que él participó.
>
> —Sabés que yo pensaba lo mismo. Justamente iba a decírtelo. ¿Por qué será que pensamos siempre lo mismo, al mismo tiempo?

Primera fuga

Son héroes. Buenos hombres con hijos a quienes aman, y con el coraje que hay que tener para liberar a una patria reprimida por clases opresoras sin alma y sin hijos. Corren por las calles entre las balas del enemigo, sabotean, secuestran y matan, sí, porque matar es querer vivir y porque es la hora de pelear por la liberación nacional y por un mundo justo. Sí, son ellos, los tupamaros, que están ganando. Y es él, el protagonista, Raúl Sendic, que habla con acento cubano. La gente se junta para verlos frente al televisor Zenit de fabricación soviética. Son las 19.30 en La Habana y empieza un nuevo capítulo de la serie *Los comandos del silencio*, el éxito de la televisión cubana de 1973.

Son ídolos en la tierra de Fidel, del *Che* Guevara, de Camilo Cienfuegos. Héroes en el país que para miles de uruguayos es la luz al final del camino, la cuna del *hombre nuevo*, la inspiración de un movimiento social cada vez más agitado. Los más valientes actos, las mayores pruebas de audacia y de astucia, se ven en las pantallas. Emboscadas militares impresionantes, bombas espectaculares, combates legendarios. Los tupamaros sorprenden, pegan duro y desaparecen por las cloacas de Montevideo. El *comandante Sendic* es una leyenda para los adultos cubanos, y también para sus niños.

Filomena y Carlos miran la serie, igual que el resto de los cuarenta uruguayos del MLN que se juntan en el comedor de la colonia de tupamaros donde viven, en Alamar, un lugar en las afueras de La Habana. El gobierno del comandante Fidel Castro, que apoyó a los tupamaros con armas, entrenamiento, dinero, logística e información, había decidido también homenajearlos con una superproducción televisiva. Y lo es. La escribió y la dirige Eduardo Moya, y tiene actores de primera línea como Miguel Navarro y Salvador Wood. La banda sonora anuncia el comienzo, con la voz de Silvio Rodríguez y el tema *Un hombre se levanta (o Antesala de un tupamaro)*:

Un hombre se levanta
temprano en la mañana
se pone la camisa
y sale a la ventana.

Puede estar seco el día,
puede haber lluvia o viento,
pero el paisaje real
—la gente y su dolor—
no le pueden tapar
ni la lluvia ni el sol...

Si alguien hay, en ese lugar, determinado a volver a Uruguay para dar nuevamente la pelea, esos son Filomena y Carlos. «Vamos a ser los primeros en vengar la muerte de Horacio», dice Filomena a quien quiera escucharla.

Para eso están ahí. En total hay unos seiscientos tupamaros distribuidos en varias colonias en toda Cuba. La mayoría son muy jovencitos, de dieciocho o veinte años; tienen poca o ninguna experiencia. Van a recibir entrenamiento militar hasta el día en que estén listos para volver a dar la pelea en Uruguay. Pero antes, su misión es construir viviendas, policlínicos, barracones, escuelas para el milagro cubano, bastión antimperialista, imagen viva de que el *hombre nuevo* es posible. En Alamar deben construir edificaciones, mientras que a otras colonias les toca trabajar en fábricas; cada una tiene su tarea específica.

Todos los días lo mismo. Se levantan a las siete en sus pequeñas casitas, desayunan todos juntos en el comedor, y desde entonces no paran de trabajar hasta el mediodía, con un calor insoportable entre el cemento, las chapas, la madera, los clavos, y el sol pinchándoles las cabezas. Luego almuerzan otra vez en el comedor, y ahí empiezan largas horas de formación ideológica. Toneladas de libros sobre el marxismo-leninismo circulan entre las casitas en una auténtica competencia para ver quién lee más sobre la cuestión. En la isla, el MLN mantiene una dirección que se llama el Regional Cuba, que se reúne los fines de semana y que está en contacto muy directo con el gobierno de Castro. Un monumental aparato de seguridad custodia a sus

integrantes.

A veces se arma partido de fútbol, y a veces la cosa termina mal, por ejemplo, aquel día que un cuadro tupamaro se enfrentó a los hispanos, hijos de los españoles que se fueron a vivir a la Unión Soviética en tiempos de la guerra civil. Carlos era el director técnico. «¡Eso no fue penal!», gritó uno de los uruguayos, pero estaba cobrado. Se armó una piñata de novela que no solo involucró a todos los jugadores y técnicos, sino también a la madre de uno de los hispanos que usó el paraguas negro con el que se cubría del sol para perseguir a uno de sus rivales por toda la cancha.

A las 19.30, todos a ver *Los comandos del silencio* bajo la vigilante mirada de oficiales cubanos, todos con camisa gris, pantalón azul y botas militares de fabricación soviética. Alguna broma para Carlos siempre aparece, porque en la serie hay un coronel de apellido Rovira. En realidad, está mal que hagan bromas con eso, porque ahí no hay quien se llame como figura en la cédula y se supone que no deben conocer los nombres reales. Tienen nombres de guerra que ellos mismos eligieron. Filomena es *Juana*. Carlos es *Horacio*.

Por las noches el ambiente se distiende un poco. Fogones con interminables charlas, discusiones que resuelven los problemas de un mundo jodido, y las mismas canciones que en cada ocasión suenan como la primera vez, con el fondo de guitarra. La *Milonga del fusilado* les eriza la piel y no la cantan: la gritan.

No me pregunten quién soy
ni si me habían conocido.
Los sueños que había querido
crecerán, aunque no estoy.
Ya no vivo, pero voy
en lo que andaba soñando.
Y otros que siguen peleando
harán nacer otras rosas.
En el nombre de esas cosas
todos me estarán nombrando...

*

Las cosas estaban mal para Carlos y Filomena cuando llegaron a Cuba, en mayo de 1973. A fines de 1972 vivir en Montevideo ya les era insoportable. Los ruidos de la llave de la cocina cuando Horacio volvía de la calle no se escuchaban. Sus bromas, sus risas ya no estaban. Quedaban su cama vacía, su ropa doblada y las marcas de las balas contra las paredes. Tanto silencio era ruido. Y era espantoso. En setiembre de ese año habían terminado de escribir su libro y ya sobre el final sentían que sin su hijo nada tenía sentido.

Fue en abril del 73 que vendieron los muebles, donaron los libros al hospital para ancianos Piñeyro del Campo, vaciaron la caja de ahorros que tenían en el Banco República y empezaron su primera fuga. No iban a dejar de huir por el resto de sus vidas; viajarían sin parar, se mudarían de casa en cuanta ciudad estuvieran, siempre escapando, siempre en movimiento y alejándose, en fuga.

Cuando la culpa se pegaba a la nuca como un hierro helado, se atrincheraban en la causa por un mundo mejor. «Horacio no murió en vano. Detrás de Horacio vendrán otros *Horacio* que tomarán su puesto de lucha. El camino hacia el *hombre nuevo* tiene costos, pero es posible. Si no, miren al Chile socialista de Salvador Allende».

Y allá fueron. Primero en ómnibus hasta Colonia, después tomaron un alíscafo hasta Buenos Aires y siguieron de largo, toda la cordillera verde y blanca nieve en tren hasta Santiago, a conocer esa maravilla que Horacio no pudo ver.

Pero aquello era un infierno. Una sociedad incendiada, con protestas, con comercios desabastecidos y largas filas de gente que cruzaba los dedos para poder encontrar los alimentos básicos al final de la espera. En Chile ya había varios campamentos con cientos de tupamaros, la mayoría instalados en lugares remotos del interior del país, apoyados por el propio gobierno de Allende.

Poco tiempo les llevó a Filomena y Carlos darse cuenta de que si bien muchos hacían lo posible por complicarle la vida al presidente, el héroe de la lucha latinoamericana por el *hombre nuevo* y el socialismo tenía un lío fenomenal en su propia base política. Y la posibilidad de un golpe de Estado militar ya estaba en las cabezas de todos, en particular en la del general Augusto Pinochet.

Al frente de la Unidad Popular, Allende había iniciado con

velocidad su *vía chilena al socialismo*. Estatizó y nacionalizó sectores centrales de la economía y ordenó un aumento de salarios para todos. No había con qué pagar tan simpática decisión, ya que los recursos del Estado se fueron con velocidad a subsidiar a sus nuevas y deficitarias empresas. El déficit fue tal que el gobierno comenzó a emitir moneda, remedio que terminó siendo peor que la enfermedad: la inflación se disparó y los salarios que habían crecido se hundieron en lo que dura un chasquido. Y todo eso en medio de violentas manifestaciones de la derecha y de la izquierda y de las ultras, y de un Movimiento de Izquierda Revolucionaria que ocupaba tierras y fábricas sin que el gobierno los desalojara.

Pronto, Filomena y Carlos asumieron que no había lugar en Santiago para el quiosco que pensaban instalar con el dinero que habían llevado desde Montevideo, aunque estaban más preocupados por publicar su libro: *Uruguay, viernes 14 de abril de 1972*.

Mientras ellos caminaban por Santiago, Luis Nieto, un tupamaro de peso en la organización, que había sido jefe de una columna militar, empezaba a dudar de su destino. En pocos días iba a despegar el avión de Cubana de Aviación que lo llevaría a La Habana, donde empezaría el entrenamiento militar.

Él también había llegado a Chile, en fuga desde Uruguay. En Montevideo estuvo preso mientras la justicia civil y la militar se disputaban la responsabilidad de los casos como el suyo. Un juez civil que veía por lo menos con simpatía a los tupamaros lo dejó libre. Sin embargo, poco después la justicia militar se tomó revancha, empezó a estudiar su caso, y entonces era cuestión de horas que lo metieran preso otra vez.

Aunque se fue obligado, feliz estaba de viajar a Chile, esa tierra prometida donde el socialismo era *real*. Los días empezaron a correr y sus ojos veían lo mismo que Filomena y Carlos, aunque no se conocían. Esas cosas lo hacían reflexionar. Para peor, si bien sentía mucho cariño y respeto por algunos de sus compañeros del MLN, fue testigo de actos miserables en la organización, que le habían sacudido los cimientos; sentía que para algunos de sus compañeros la muerte valía un vintén, vio traición, venganza, mezquindad, vio disputas por poder.

El caso de Roque Arteche fue como un piñazo en su estómago. Arteche era un *gambusa* en la jerga tupa: un delincuente común. Lo habían reclutado cuando estaba preso. Una vez que recuperó la libertad, ya como integrante del MLN y con el nombre de guerra *Santiago*, se metió en un bar, encontró al hombre que había sido amante de su mujer durante el tiempo que estuvo preso y lo mató de un balazo. Arteche quemaba, y por eso lo pasaron de inmediato a la clandestinidad del movimiento. En ese momento Luis era uno de los comandantes de la columna 15, en la que Arteche era su subordinado. Lo mandaron a Colonia del Sacramento, a la casa de un matrimonio con fachada legal, para que allí se quedara un tiempo hasta que nadie recordara su caso; después podría regresar. Estuvo varios días escondido hasta ese instante en que, solo en la casa, decidió irse. Se robó el revólver del matrimonio y el dinero que tenían.

Cuando desapareció, en el MLN se pusieron como locos. Era muy peligroso que Arteche anduviera suelto por ahí, con información del movimiento, pero además les había robado a compañeros, conducta que estaba prohibida. El comando de la 15 ordenó su búsqueda, mientras la policía lo perseguía por el homicidio del examante de su mujer. A los pocos días, Arteche volvió al local de Montevideo donde había estado sus primeras horas escondido luego del asesinato. Allí fue Luis a verlo. Estaba entregado, con culpa, y sabiendo que algo malo se le venía encima. «Yo no puedo ser el *hombre nuevo*. Soy así, qué le voy a hacer, no sirvo para esto», confesó el *gambusa*, abrumado. Su vida era más simple que el complejo camino hacia el *hombre nuevo* en el que estaba embarcado el MLN, y no podía soportar la tentación por las desviaciones pequeñoburguesas que la organización consideraba inadmisibles. El comando de la columna dejó el destino de Arteche en manos de la Dirección del MLN, con la recomendación de que le falsificaran documentos, lo sacaran del país hacia Chile, y de que allí lo dejaran libre. Luis lo llevó hasta el punto de trasbordo en un vehículo de la organización. Arteche se bajó y entró a la camioneta Combi que lo estaba esperando para llevarlo a encontrarse con la Dirección.

Un par de semanas después, el cadáver de Arteche apareció en un basural, con el cráneo destrozado a puro fierrazo. Sus propios

compañeros lo habían asesinado.

Recuerdos como ese episodio volvían a Luis, mientras esperaba en Santiago. Fue entonces el primer día que se despertó con dudas. No estaba seguro de viajar a Cuba, pero lo resolvería mañana. Y mañana también lo dudó, y otra vez postergó la hora de abrirse de esa historia. Qué difícil era tomar semejante decisión justo él, que estuvo en primera fila, que ató su vida a esa aventura. Abrió los ojos otra vez, miró por la ventanilla, y Santiago se hacía cada vez más chica desde el avión de Cubana.

*

Cuando todavía estaban en Montevideo, Filomena y Carlos habían presentado su libro en el concurso Casa de las Américas de Cuba, y en febrero de 1973 recibieron una carta, fechada el día 7, con la firma de los miembros del jurado:

> … Desde las primeras líneas, es ya imposible dejar de leer su libro y no sentirse conmovido hasta la última palabra. Estremece su verdad. Duele. Cala hondo su ternura y su dolor.
>
> Usted simboliza el dolor de muchas madres de nuestro continente. Su voz es la voz que recoge esas otras voces que como un trueno poderoso retumban en la tormenta. Usted truena en la tormenta. Hay tempestad. Luego vendrá el sol radiante que alumbrará nuevos valles y ciudades, que hará crecer felices nuestros retoños: Horacio, Marcos, Rodolfo y Gabriel.
>
> *Uruguay, viernes 14 de abril de 1972* ha recibido de este jurado primera mención de este concurso Casa de las Américas 1973. «Este hijo que nace hoy, vive. Es el hermano vivo de Horacio, que toma su puesto de lucha».

Desde Chile, Filomena y Carlos decidieron viajar a Cuba. Sin saberlo, volaban en el mismo avión que Luis, a quien recién conocieron tiempo después en La Habana, donde les tocó en suerte la misma colonia tupamara.

En realidad, ellos solo habían ido a recibir su condecoración —de

hecho, dejaron casi todo su equipaje en Santiago—, pero cuando llegaron se dieron cuenta de que no había casa a donde volver. Chile era un desastre y Uruguay dolía. Y Cuba, ah… Cuba era el sueño por el cual valía la pena morir, y necesitaba la ayuda de todos.

Los primeros días en la isla estuvieron alojados en el hotel Riviera, donde una noche, frente al televisor, escucharon: «En Uruguay, fuerzas militares dieron un golpe de Estado con la aprobación del propio presidente, Juan María Bordaberry, quien continuará en su cargo». Era 27 de junio de 1973, los militares habían terminado de aplastar la Constitución uruguaya, y todavía faltaban menos de tres meses para el golpe de Estado que iba a caer devastador en Chile. En la televisión cubana los tupamaros seguían *ganando*, pero en Montevideo, cuando los militares dieron el golpe de remate a una moribunda democracia, estaban casi todos presos. Una vez con el poder en sus manos, las Fuerzas Armadas lo arrasaban todo: detenciones arbitrarias, torturas, desapariciones, censura, control de las casas, control de la música y de los libros que leía cada uruguayo, de sus reuniones. Si ya en democracia se habían suspendido las garantías individuales, esto era mucho peor.

Filomena y Carlos se fueron a vivir a la colonia. Menos mal que estaban en Cuba, pensaron cuando llegaron entusiasmados con la revolución, con los éxitos que Fidel mostraba al mundo, y con un aire de reconstrucción nacional que veían en todas partes. En la colonia se hicieron querer. Eran veteranos, absolutamente viejos para el resto. Tenían cuarenta y cinco años ella y cuarenta y dos él; eran como los padres del grupo. Además, la muerte de Horacio, de la que siempre hablaban, les daba un lugar de respeto. Sin embargo, sus cruces en las conversaciones de la noche eran erráticos. Era evidente que, a pesar de que habían sido colaboradores del MLN, poco sabían de su funcionamiento, de sus rutinas, de su mecánica, de su cabeza militar.

En esos días conocieron a Luis, con quien tuvieron una relación fría. La convivencia entre cuarenta personas en un mismo lugar se había vuelto rutinaria, y esa minúscula sociedad empezó a tener sus reglas no escritas, sus problemas, sus intrigas y sus bandos.

Filomena era maestra porque amaba a los niños, y también lo era porque analizaba todo y no se dejaba convencer porque sí. A fin de

cuentas, estaban ahí porque Horacio murió por un mundo mejor y porque soñaba que Uruguay fuera como Cuba, un pedazo de mundo justo, donde todos eran iguales, donde lo que había se repartía entre todos, donde no había privilegiados.

Con las semanas, sus ojos empezaron a apretarse cada día un poco más, hasta que se irritaron de decepción. Esa isla maravillosa se sostenía en pie recostada en una montaña de billetes que bien prolijos llegaban en barco desde la Unión Soviética, la gran potencia mundial que se disputaba el mundo entero contra los *malditos* Estados Unidos, que eran imperialistas, a diferencia de los soviéticos que luchaban por *un mundo mejor*. Con los billetes llegaban barriles de petróleo, y con ellos cientos de funcionarios, técnicos y oficiales rusos blancos y rubios, que de tan atentos que eran con la revolución bien merecidos tenían algunos privilegios.

La pasaban como reyes, en las mejores casas del coqueto y poco accesible barrio Miramar de La Habana, donde se aloja la crema de *la revolución*, esos hombres y mujeres heroicos luchadores, bastiones de la guerra sin tregua contra el enemigo yanqui. Fiestas, habanos y ron de primera, todos los lujos de un país de arenas doradas y agua transparente estaban en sus manos. El arroz con frijoles que comían los comunes ni asomaba por las mesas de estos hombres que agradecían a la vida que los sacó del frío y la rigidez de la madre Rusia y los colocó en este paraíso.

A Filomena no le gustaba mucho eso de que algunos tuvieran lujos en la tierra donde no debía haber privilegiados. Hasta tenían tiendas exclusivas para ellos, en las que podían comprar artículos importados que el resto de la gente no podía conseguir. ¿No eran malas esas cosas? Y no era eso lo único que le rechinaba. Los Comité de Defensa de la Revolución estaban en todas partes, había uno en cada manzana. Cuando los habían creado, en 1960, lo hicieron con el argumento de que servirían para realizar tareas comunitarias, como la recolección de residuos y la asistencia a los problemas cotidianos de las familias, pero también para evitar la aparición de *agentes del imperialismo* que buscaran desestabilizar al régimen.

La defensa de la revolución parecía necesitar de lugares de control y vigilancia permanente de lo que hacían los vecinos; así, cuando

apareciera un enemigo, sería detectado de manera fulminante. La invasión en la vida privada de cada familia, la mente siempre en clave de espionaje, los ojos vigilantes de una *revolución* que no confiaba tanto en sí misma como para dejar a su gente sin controlarla ni dirigirla complicaban los intentos de Filomena y de Carlos por ver lo que querían ver cuando llegaron, eso por lo que Horacio murió. Esa revolución tan humana y tierna, tan sensible y solidaria, parecía escondida detrás de una cortina que todo lo pintaba de militar, de duro, de disciplinado, de conspirativo. A Filomena, una maestra formada en principios de educación laica, le molestaba el adoctrinamiento ideológico de los escolares cubanos, a quienes llamaban *camilitos* en honor al guerrillero Camilo Cienfuegos, uno de los héroes del nuevo régimen. Los cubanos les habían pedido a los tupamaros que no tuvieran hijos, porque la revolución los necesitaba con dedicación total. Para ellos, Filomena y Carlos, el aviso era innecesario: ya habían resuelto que no sustituirían a Horacio.

—Viejo, estuve hablando con esta muchacha de la casa de al lado, ¿viste?

—Ah, sí, esa muchacha.

—¿Vos escuchaste hablar de las ejecuciones?

—No sé, Filo, ¿qué ejecuciones?

—Que hubo ejecuciones, que fueron cientos. Que solamente el Che ordenó más de seiscientos fusilamientos después de que tomaron el poder. Que los hicieron sin juicio, sin abogado, al grito de la gente. Que la gente festejaba, gritaba, y que ahí nomás…

—No sé, Filo, se hablan muchas cosas.

—No me gusta, viejo, no me gusta.

En aquel momento, Alamar, un lugar muy cerca de la playa al este de la capital, estaba bastante despoblado, tranquilo, no como pasaría a ser décadas después, con decenas de edificios de viviendas, todos muy parecidos, la mayoría muy deteriorados, para miles de personas. Por La Habana, Filomena y Carlos caminaban mucho, como siempre, de la mano. Recorrían El Malecón, la rambla habanera con ese aire tan parecido a la rambla sur de Montevideo, visitaban una y otra vez el movido barrio El Vedado, sentían el calor de la ciudad rodeados de carteles con propaganda de *la revolución*: las leyendas *Venceremos* y

Antimperialistas por todas partes. Les estaba costando cada vez más sentirse cómodos allí. Fue bravo asumirlo.

Dictadura en Uruguay, dictadura en Chile, dictadura en Cuba. Les quedaban en el mundo menos lugares para elegir. Otros muchos, como Luis, ya pensaban en España o Suecia y, pocos años después, cuando la puerta de acero de la revolución tuviera una mínima fisura y pudieran salir, no lo dudarían: se irían, y así terminaría la esperanza del regreso a Uruguay. Era octubre del 73, y Filomena y Carlos despegaron de Cuba rumbo a Buenos Aires. Otra vez se fugaron.

La balada de Narayama

El joven japonés se quiebra. Se da vuelta y con los ojos llenos de lágrimas empieza a caminar por el bosque selvático en la montaña, de retorno a su pueblo, cargado de rabia y de tristeza. Detrás de él quedó su madre, anciana, mirándolo en su partida, sentada en el lugar donde tendrá que morirse. En su camino se encuentra con una joven embarcada en la misma cuestión, pero en este caso la madre no acepta su destino con docilidad; se resiste. Grita y se aferra a ella. No la suelta. Forcejean. La joven llora y sigue forcejeando hasta que logra desprenderse de la madre, que cae rodando y gritando por la montaña entre golpes contra las rocas.

Filomena ve la escena sentada en una butaca de un cine en Buenos Aires, donde exhiben por primera vez la película japonesa *La balada de Narayama*, en 1983. Su tema central es la muerte de los ancianos en algunas comunidades campesinas de Japón. Allí la tradición indica que los hijos deben llevar a sus padres ancianos a la montaña, a un punto sin retorno donde morirán porque no podrán manejarse por sus propios medios. Deben hacerlo para poder vivir ellos, y los ancianos deben morir para permitir que crezcan los jóvenes. Para no ser una carga en sus espaldas.

Filo se queda muda. Sale del cine muda. La gente se va conmovida por la crudeza de la muerte programada, ella sale conmovida por la crudeza de convertirse en una carga. Carlos la mira buscando un comentario, esperando su reacción, pero respeta su silencio. Es de noche en Buenos Aires, está húmedo, aunque la lluvia parece no tener apuro, así que empiezan a caminar, bien apretados de la mano.

Luego de pocas cuadras se sientan en un banco de una plaza. Carlos mira con ternura a una niña que juega en la hamaca, empujada por su madre. «Viejo, en algún momento vos sabés que empiezan las nanas; uno de nosotros será una carga para el otro, y en algún

momento los dos seremos una carga para alguien. Será la familia, será quien esté, pero para alguien vamos a ser una carga», abre la boca Filomena, con esa sonrisa que siempre aparecía en su cara cuando decía las cosas más duras. Carlos se pone serio, y aún no decide si el comentario es pasajero o si es el principio de algo. Lo que sí tiene claro es que cuando a Filomena se le pone en la cabeza una idea, no hay forma de sacársela.

«Yo no quiero ser una carga para nadie, viejo», insiste, ya inclinada hacia adelante para mirarlo a los ojos. «Sí, es verdad, Filo», contesta Carlos, mientras escucha las risas de la niña que se hamaca. Tienen cincuenta y cinco años ella, y cincuenta y dos él. Ambos saben que están en un pozo, aplastados por una cosa tras otra que no les habían dejado de pegar en la cabeza desde el maldito 14 de abril del 72, y que les seguían pegando desde que habían aterrizado en Argentina.

Cuando llegaron, en octubre del 73, ese país estaba ya muy convulsionado; aunque no había dictadura. Los Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo daban algunos golpes espectaculares y el ambiente político y social estaba muy agitado. En junio de ese año, el general Juan Domingo Perón había intentado aterrizar en el aeropuerto de Ezeiza luego de un largo exilio en Madrid. Los Montoneros y la Juventud Peronista, que se peleaban por adueñarse de su figura, se masacraron en los alrededores del escenario en donde el salvador de la patria iba a pronunciar un histórico discurso que al final no pudo ser.

Filomena y Carlos encontraron un hotel en Recoleta, pero pasaban los días y sus ahorros se achicaban, así que se fueron a vivir a una pensión en el mismo barrio, en la calle Laprida. La vida no era fácil, aun así, había oportunidades. Carlos empezó a trabajar como sereno y después en una empresa de limpieza que le vendía sus servicios al Banco Provincia. Entraba a las cuatro de la madrugada y volvía al mediodía.

Filomena no trabajaba. Se quedaba sola, primero en la pensión y desde 1974 en el apartamento que compraron cerca de ahí, en la avenida French, con un préstamo del Banco Italia. Cuatro paredes, una ventana y una foto de Horacio en el comedor. Su cabeza era una máquina. Todo el tiempo pasaban las fotos de Horacio, las voces de

Horacio, cada pequeño detalle de la vida volvía a dar vueltas y se transformaba. Cada minuto que vivieron juntos era mucho mejor ahora en la cabeza de Filomena. Su hijo cada vez hablaba con más ternura y comprensión, con mayor entrega por un mundo mejor, y se hacía cada vez más hombre, cada vez más hermoso y brillante.

Carlos estaba trabajando el 14 de abril de 1974 de mañana, cuando Filomena se despertó y empezó a escribir un poema para Horacio.

Nosotros caminamos estas calles nuevas
sin ti,
caminamos extrañas calles con extraños árboles.
Cielos distintos, nubes desconocidas
sin ti.
A veces nos detenemos a pensar:
si estuviera ahora con nosotros,
si viera estos nuevos paisajes,
si sus ojos y su piel se llenaran de estos soles y estos aires.
¿Qué rostro sería el suyo?

Sí, hoy,
¿qué rostro sería el suyo?
Cómo estarían tus ojos y tu barba,
y tus manos largas y finas.
Hoy, ¿qué rostro tendrías?
Veinte años, y dos que no estás.
Dos que serán mil.
Que serán nunca. Nunca más.

Ahí se detuvo. No pudo más. Recién tuvo fuerzas para terminarlo el 14 de abril de 1975, un año después.

Hace veintiún años empezó tu misterio.
Fue el deslumbramiento ante el milagro de la vida.
Ese día te conocí,
misterio mío.
Ese día te conocí
ojos grandes
patitas largas
aunque hacía nueve meses

que en mí vivías,
misterio mío.
Dónde estarías ahora,
en estos días turbios, duros, de luchas.
Tampoco estarías con nosotros.
Estarías con ellos, luchando
como siempre.
¿Nosotros estaríamos aquí?
O apretados contigo,
con ellos…

Hoy tendrías veintiún años.
Pudiste haber sido:
campeón de natación,
crack de fútbol,
galán de teleteatro,
cantor de baladas,
basquetbolista,
abogado, político, periodista,
o un buen plomero.
Todo podrías haber sido.
Elegiste ser bueno, idealista,
guerrillero urbano.
Elegiste morir a los dieciocho años.
Como los mártires.
Como los héroes.

Verte llegar ahora
cortando el frío de la tarde
con el marrón de tu bufanda
y las manos enguantadas.
Preparar para tu frío
el café con leche humeante
y verte devorar hambriento
con manteca el pan crocante.
Oírte contar cosas
que te pasaron esta tarde
los compañeros, las clases
y los proyectos innumerables.

Soy al fin universitario
y el carné esgrimías alto
aquella mañana de marzo
de aquel año inolvidable.

En esta tarde tan fría
sé que te espero en vano
no vendrá tu marrón bufanda
ni tus manos enguantadas.
Ni el aroma del café humeante
perfumará toda la casa
ni se oirá el ruido seco
al mascar el pan crocante.

Pero el frío, no sé por qué,
me trajo tu rostro helado
y el marrón de tu bufanda.

Es como una necesidad ahora
de que estuvieras aquí
sentado a la mesa
comiendo ávidamente
tu churrasco jugoso
con abundante lechuga.
Es una necesidad ahora
de que volviéramos a ser tres, ahora.
Los tres de antes.
Es una necesidad simple,
sencilla, natural.

Verte vivir.
Verte hombre.
Volver a ser tres.

Y no estos dos
que se van apagando.

Nunca se sintieron cómodos en Buenos Aires, pero al menos se maravillaban con su eterna efervescencia cultural. Había cines, teatros, librerías por todas partes. A Filomena le encantaba tener todas esas

posibilidades tan cerca, y para ese entonces había logrado inyectar en Carlos el mismo interés.

En Uruguay la dictadura parecía tener larga vida, igual que en Chile. Y en Argentina el futuro se adelantó. En marzo de 1976, las Fuerzas Armadas dieron un golpe de Estado y empezó una de las peores cacerías humanas de la historia del continente. Todo pasaba demasiado rápido como para entenderlo, y además no había libertad de prensa. Los medios para enterarse de lo que estaba pasando eran escasos y poco confiables. El pánico empezó a circular con la misma velocidad que los Ford Falcon con hombres vestidos de civil armados hasta los dientes, que salían a buscar nuevas presas apenas el horror de la tortura hacía que un detenido cantara algún nombre, alguna dirección. Miles de argentinos desaparecían. Los pozos de detención clandestinos también se tragaban a decenas de uruguayos que habían tenido militancia política y sindical o alguna actividad guerrillera. La escena se completaba con una invisible carrera contra el tiempo que tenía al dinero como centro. Grupos de matones procuraban encontrar el muy voluminoso botín que guerrillas de izquierda habían obtenido con secuestros.

La locura se había desatado y en esa selva los más fuertes sometían a los derrotados. No solo los torturaban hasta la muerte, sino que después desaparecían sus cuerpos. También les robaban sus pertenencias, su dinero y hasta sus hijos. La mínima sospecha terminaba en picana.

Entre tanta inseguridad, entre tantos rumores y desconfianza, una certeza se les plantó enfrente, como a todos los uruguayos, y fue horrenda: el senador Zelmar Michelini, el diputado Héctor Gutiérrez Ruiz y los jóvenes Rosario Barredo y William Whitelaw habían sido acribillados a balazos en Buenos Aires.

Caminar era correr por esos días. Correr mucho, escaparse por un rato de la asfixia que sentían por vivir fuera de su propio país que estaba en dictadura, en un país también en dictadura pegado a otro país también en dictadura, y sin regreso posible a un sueño cubano que no era más que eso: un sueño. Allá fusilaban a los *enemigos de la revolución*, acá destrozaban a los *pichis zurditos*. Caminaban toda la tarde desde que Carlos volvía del trabajo, recorrían toda la costanera,

pasaban por Aeroparque a la hora en que llegaba el avión de Pluna, lo veían aterrizar, lo veían despegar, callados, y luego volvían a caminar de regreso al apartamento.

En 1980 vivieron un momento de gran felicidad. En Uruguay la dictadura quiso reformar la Constitución para perpetuarse en el poder, pero en las urnas la gente le dijo *No*. Parecía que las cosas empezaban a cambiar, aunque de forma lenta. Aun así, estaban entusiasmados y más lo estuvieron cuando, en una nueva visita a Buenos Aires, los hermanos de Filomena le dieron una gran noticia.

—Mirá, Filo, estuvimos averiguando y ninguno de ustedes está requerido. Por el libro que escribieron, ustedes figuran en *Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental*, ese compendio enorme que los milicos hicieron sobre la subversión y todas esas cosas, pero no están requeridos.

—Pero ¿entonces podemos entrar a Uruguay sin problemas?

—Sí, claro, yo averigüé eso. Si quieren nos vamos hoy mismo, estamos en auto.

—No lo puedo creer. Nos vamos hoy, aunque sea por el día, sí. Esperamos a que venga Carlos. Mañana tiene libre en el trabajo.

Carlos volvió, y al rato ya estaban en la ruta. Aunque tenían miedo de lo que pudiera ocurrir cuando les pidieran sus documentos, no tuvieron problemas para ingresar a Uruguay. Kilómetros de campos sin gente, los conductores que se cruzaban en la carretera y se saludaban, y el mate más rico del mundo que viajaba en ese auto que conducía Luis. Después, el puente sobre el río Santa Lucía, las luces en el Cerro de Montevideo, el Estadio Centenario, la rambla, la vuelta a casa. Sentados en el asiento de atrás, Filomena y Carlos se apretaban de la mano mientras pegaban la cara contra las ventanas. Todas las emociones duraron veinticuatro horas, hasta que tomaron el avión de Pluna de regreso a Buenos Aires.

Horacio seguía en todas partes. Estaba en la belleza del Jardín Botánico que visitaban con frecuencia, pero también estaba en los muertos de los Ford Falcon. Estaba haciendo un gol en el mundial del 78 con su camiseta de Huracán Buceo, y también estaba en la carne de cañón que la dictadura argentina mandó a la muerte en la Guerra de las Malvinas.

La angustia era cosa de todos los días en una vida rutinaria y gris, que apenas cambió cuando Carlos consiguió un empleo como surtidor en una estación de servicio del Automóvil Club Argentino. Al menos empezó a tener horarios de oficina. La máquina en la cabeza de Filomena seguía trabajando, produciendo poemas, críticas, tormentos. Carlos remaba. Hasta llegó a comprarse una guitarra. Fue como un desquite por aquella guitarra que los milicos le habían robado cuando entraron a sangre y fuego en la casa de Pérez Gomar, aquel 14 de abril. Sin embargo, la música no lograba endulzar el aire amargo de ese apartamento en French, desde el cual salieron esa noche de 1983 para ver el estreno de *La balada de Narayama*.

*

La esperanza renació ese año. Y no solo fue la luz de la democracia que volvía en Argentina, con el fin de la dictadura y el inicio del gobierno de Raúl Alfonsín, de la Unión Cívica Radical, con sus festejos populares y libertarios discursos políticos. Era Wilson. Sí, el caudillo blanco Wilson Ferreira Aldunate, ese histórico dirigente político que perdió apenas las elecciones uruguayas del 71, y que desde el primer día se había proclamado enemigo del golpe. Exiliado en Buenos Aires, Wilson buscaba por todos los medios apoyo internacional contra el gobierno militar de Uruguay. Su fuerza arrolladora conmovía a todos los uruguayos que vivían en Argentina, fueran o no blancos, entusiasmados ahora porque el fin de la dictadura en un país parecía anticipar lo que tenía que suceder en el otro.

Filomena y Carlos lo seguían a cuanto discurso pronunciara en Buenos Aires, vibraban y se contagiaban de su convicción. Volvían a creer, y se reconciliaban con las raíces blancas de su familia. Salían del pozo. Así se sentían aquella noche de 1984 en que lo veían hecho una aplanadora sobre el escenario de la Federación de Box:

> En Panamá, no se puede girar la vista sin ver un cerro, el más grande de todos, en donde ondeaba siempre una bandera americana. Un día los panameños miraron y vieron en el mismo cerro, en el mismo mástil, una gigantesca bandera panameña. Y para convocar las multitudes al solemne momento del izamiento de la bandera patria

> en el cerro, pegaron por todos lados un afiche, que era siempre el mismo, que es una de las cosas más hermosas que yo he visto en mi vida entera. En muy mal castellano, pero en precioso panameño, simplemente dice esta cosa sublime: «¡De que se van, se van!».

Los miles de uruguayos presentes se pararon a gritar y aplaudir con la piel electrizada. «Mirá, Filo, ¿ese no es Luis, el que estaba con nosotros en la colonia de Alamar?», preguntó Carlos. «Sí, me parece que sí, es», comentó Filomena, con poco entusiasmo. Cuando terminó el acto, Luis, que los había visto también, se acercó a saludarlos. Once años habían transcurrido desde que se conocieron, y ahora ya no estaban bajo la vigilancia de los militares cubanos y se podían llamar por sus nombres verdaderos.

Fueron al café más cercano y empezaron a conversar, a recordar lo que sabían, y también a charlar sobre lo que no sabían porque *de ciertas cosas era mejor no hablar* en la colonia de Alamar. Al principio se midieron. La distancia de los kilómetros y de los años que vivió en Madrid habían llevado a Luis Nieto a ser muy crítico de los tupamaros, pero no sabía si ellos pensaban lo mismo. Además, era consciente de que no le caía en gracia a Filomena, y de que ese era un partido difícil. Sin embargo, las palabras se empezaron a entrelazar. Las frases que iniciaba uno las terminaba el otro, y al rato sintieron confianza para hablar.

—La aventura de Cuba iba a ser un desastre, suerte que se cortó, porque para desastre ya tuvimos uno.

—Mirá nosotros, que perdimos el único hijo que teníamos. Horacio era un gran muchacho, creía en un mundo mejor y perdió la vida por el MLN. ¿Creés que alguien nos llamó, nos dijo algo? No, nada. Y él está muerto.

Para Luis era difícil. Él estaba vivo; Horacio no. Las palabras de Filomena lo empujaban hacia la culpa por haber sobrevivido y eso lo incomodaba, pero era imposible no empatizar con esa madre malherida.

Luego, la charla se llenó de esperanza. Filomena no paraba de hablar de Wilson y de lo que significaba para los uruguayos. Estuvieron allí un rato y, aunque ninguno se interesó por repetir el encuentro, al menos sentían que la distancia de aquellos años en la

colonia tupamara se había convertido en una relación cordial. Se despidieron y no volvieron a verse hasta unos meses después, en Montevideo.

Y no lo podían creer. Estaban votando en elecciones democráticas en Uruguay. Era noviembre de 1984. Los militares ya estaban en retirada y ellos cruzaron el Río de la Plata para votar al Movimiento Por la Patria, de Wilson, del Partido Nacional. Luego de las elecciones, esperaron una semana, hasta que el primero de diciembre Wilson, que estaba preso, fue liberado. Filomena y Carlos fueron a la avenida 18 de Julio para festejar, entre decenas de miles de personas, la liberación del dirigente que había estado proscripto en las elecciones como resultado de negociaciones entre el Partido Colorado, el Frente Amplio y la Unión Cívica, por un lado, y el gobierno militar, por el otro. Los tres partidos habían aceptado la proscripción de Wilson, del colorado Jorge Batlle y del frenteamplista Líber Seregni como condición para que las Fuerzas Armadas permitieran que la democracia regresara al país. El Partido Nacional se había retirado de las negociaciones.

Filomena y Carlos volvieron a Buenos Aires, pero en enero estaban otra vez en Montevideo, donde, a menos de dos meses de que se terminara por fin la dictadura y asumiera Julio Sanguinetti como presidente, la exigencia de amnistía para todos los presos políticos estaba en el centro del debate. El viernes 11 de enero, de mañana, compraron *La Democracia* y allí encontraron un artículo que tenía la firma de Graziano Pascale, aquel amigo de Horacio a quien no conocían personalmente. «Amnistía para Horacio» era el título, y la nota decía:

> Hizo bien en derrochar su ternura. Fue por eso que a partir de aquel día empezó a vivir su otra vida en cada uno de nosotros, para acompañarnos en esta púdica soledad que ya lleva doce años.
>
> Eran tiempos duros. Todavía recuerdo sus nerviosas explicaciones sobre la necesidad de cambios sociales, en aquellas mañanas de horas robadas a la clase que gastábamos en La Esmeralda. Mucho tiempo después —tarde para decírselo— advertí que aquello que él creía impostergable tarea militante, no era más que un dulce pretexto para discutir. Ese fue el camino que elegimos para alentar la amistad, que germinó el día de nuestra primera polémica.

Horacio Rovira tenía la cara forrada de pecas, y parecía un niño apurado por crecer cuando encendía sus cigarrillos negros en el patio del viejo liceo. Fumábamos de la misma marca y, generalmente, de la misma cajilla. Quizás por eso —desafiando la tos que avanzaba al galope de los días— ninguno de los dos quiso pasarse a los rubios. Fui fiel a aquel hábito hasta varios meses después, y solo cambié de marca cuando nada quedaba de aquellos años felices.

Si aquel día —el día en que el Gobierno reconoció el estado de guerra— no hubiera muerto acribillado a balazos contra el tejido del fondo de su casa, Horacio estaría hoy en la cárcel, o en algún rincón de Suecia, añorando los domingos de victoria de Huracán Buceo.

En el tiempo de la guerra —aquella guerra inútil— se puso de un lado. Yo terminé sabiéndolo cuando ya lo habían enterrado, y nunca pude decirles a sus padres que ese hijo único, que habían perdido en la hora del horror, era mi hermano.

Cualquier discrepancia que pudimos haber tenido en los arduos debates políticos —nuestra forma de ser amigos— murió definitivamente. Pero él no.

Doce años después, llegó la hora de enterrar el odio desbocado que se adueñó del país. Aquella no fue una guerra entre el bien y el mal. Apenas fue una sucia pelea entre uruguayos. Si hacemos el esfuerzo de comprender que cada uno —en la época tormentosa— cumplió con su deber tal como se lo dictaba su conciencia, habremos dado un gran paso adelante.

«Honor y gloria a los caídos» es una idea que resume ese estado de espíritu que nos animará en el porvenir. Se la escuché decir hace un par de semanas a un militar que peleó contra los tupamaros.

En la tarea colectiva del olvido, la patria reconocerá como más generoso el aporte de los que más sufrieron. Pero siempre quedan, como después de la barbarie nazi, «los que nunca olvidarán». Nombres, fechas, documentos, días, años, niños, gritos, bombas, horror. ¿Es que alguien puede ser acusado por no olvidar? En realidad, nadie olvida, y mucho menos cuando lo manda la ley. Por eso mismo, la ley tiene que ordenar el olvido (amnistía) para que

siempre recordemos.

Al mediodía, Graziano estaba trabajando en la radio Emisora del Palacio, en un edificio en 18 de Julio y Paraguay. En un momento salió del estudio y un compañero le avisó que esa pareja tan despareja de altura, que estaba a pocos metros de allí, lo esperaba.

—¿Vos sos Graziano Pascale?

—Sí…

—Nosotros somos los papás de Horacio. Queríamos verte, queríamos decirte gracias.

*

En mayo de ese 1985 vendieron el apartamento de Buenos Aires y volvieron de forma definitiva a Uruguay. Compraron una casa en el balneario Shangrilá, a pocos kilómetros al este de Montevideo. Estaba a metros de la playa, en un lugar tranquilo, y tenía espacio para una huerta, como le gustaba a Carlos. Plantaba frutillas, lechugas, tomates, tomates cherry, zapallitos, cuidaba los frutales. Disfrutaba de la sencillez de la tierra y de lo que les brindaba. Filomena lo ayudaba y hasta llegó a entusiasmarse con esa actividad, al menos en los momentos en que la máquina se detenía un poco.

Ya está. Ya pasó, ya volvieron. Ahora, Montevideo otra vez; ahora, Uruguay en democracia. Pero… ¿y Horacio? ¿Quién lo devuelve a Horacio? Nadie iba a devolverlo. Estaba muerto. Lo habían matado por tupamaro, en 1972, antes del golpe de Estado, peleando por un Uruguay como Chile y como Cuba, peleando por un movimiento que nunca le dijo a su madre: «Lo sentimos mucho, señora».

En las tardes de largas caminatas sobre la arena, el viento les empezó a pegar una pregunta contra la frente: «¿Cómo mierda fue que llegamos a esto?».

Moriste por un espejismo

Esta partida de defunción la firman ellos. Le ponen fecha y la anuncian. La muerte de Horacio fue imprevista y fulminante, pero la muerte de las utopías se produjo lenta, madurada.

La fecha es ahora, marzo de 1992, cuando deciden escribir un nuevo libro para Horacio. Hace veinte años le habían contado que su muerte, al menos, valía la pena. Hoy empiezan a explicarle, por escrito, que también esa utopía se murió. Se terminó el sentido.

> Se nos mueve el piso una vez más, Horacio. ¿Cuántas, en los últimos tiempos? El sistema de igualdad social que generaría el *hombre nuevo*, solidario, honesto, justo, bueno… no existe, Horacio. Moriste por un espejismo. Te asesinaron una y mil veces más en todos los muertos que cayeron por ese sistema en el mundo. Pero la peor muerte es la provocada por el engaño.

Esas son algunas de las líneas iniciales del libro *Veinte años después del 14 de abril de 1972*. En realidad, hay dos libros juntos: las últimas páginas forman el libro completo que habían escrito veinte años antes. Las primeras son un mensaje que le dirigen a Horacio con el título: «Conversaciones entre perdedores».

Le cuentan a su hijo algunas de las cosas que ocurrieron en Uruguay y en el mundo: «El 9 de noviembre de 1989 fue derribado de verdad, no simbólicamente, el muro de Berlín. El oprobioso muro de grueso cemento existía. Algún bolche nos dijo una vez, allá por los sesenta, que era un invento de la propaganda yanqui. ¡Y nosotros le creímos!».

Se habían quedado sin su hijo. Ahora también se quedaron sin justificación para su muerte.

El descreimiento en que estamos tantos es comprensible. Las

conductas de aquellos que dirigen el mundo no nos dejan otra opción. […] Esta impotencia derivada de nuestra anónima, débil, simple vida, nos lleva a un inevitable escepticismo. […] Horacio, la historia, el tiempo, nos triturará, nos deglutirá a todos; como trituró y deglutió a millones de hombres —héroes, anónimos granitos de arena—. Esto mismo que estamos hablando, esto mismo que estamos escribiendo con la tonta, ilusa idea de que ayude a alguien a no caer en ingenuos idealismos; esto mismo que es tan frágil, tan contingente… Nosotros, tus padres, quisiéramos preservar con estas reflexiones la vida de muchos jóvenes, pidiéndoles solamente que no crean todo, que investiguen, que pregunten, que duden. No era así de fácil hacer un mundo nuevo, hacer un *hombre nuevo*, como te lo hicieron creer, como nos lo hicieron creer.

Es verdad, hace veinte, treinta años, este continente era otro. Había un aire de primavera continuo. Éramos jóvenes hasta los viejos. La ráfaga de fuego amoroso nos envolvió a todos a partir de la Revolución cubana, y al mundo nuevo lo teníamos ahí cerquita, en el horizonte.

Era difícil no embriagarse en aquel aire cargado de ideas fecundas. Todo estaba por hacer y lo haríamos. Un nuevo lugar en la tierra para los injustamente desplazados, para los niños que nacían en este mundo desigual.

Más adelante, recuerdan el período de 1972 —apenas unos meses después del 14 de abril— conocido como *la tregua*, durante el cual varios líderes tupamaros se juntaron con oficiales del Ejército para cooperar en el combate a los ilícitos económicos.

Hoy, a veinte años, ahora que nos preguntás cosas, ahora que decantamos tantos dolores, sabemos de hechos ignorados.

En aquel año 1972, por encima de los cadáveres de los caídos, por encima de las muertes en tortura por no hablar, por encima de los suicidios por no aflojar, por encima de los leales a toda prueba, por encima de los tontos ilusos, hubo tratativas entre los detenidos de la cúpula del MLN y algunos oficiales de las Fuerzas Armadas buscando

puntos comunes para lograr una tregua.

Por supuesto que no vamos a cuestionar políticamente la medida. Hablamos desde el oscuro, olvidado rincón de las víctimas. ¿Comprendés, Horacio? Esto es lo que venimos reflexionando desde el principio: somos los anónimos, los comunes, los usados. Las pilas de cadáveres sobre las que se encaraman los vencedores de todas las batallas, que tendrán estatuas de bronce y figurarán en los libros de historia; son la única y cruda realidad. Y tú, yo, él, nosotros los anónimos, ¿cuándo fuimos consultados?

Esa tregua había durado poco, y ya en febrero del 73 las Fuerzas Armadas avanzaron aún más en la ocupación de espacios de toma de decisiones políticas. Emitieron sus famosos comunicados 4 y 7, en los cuales directamente lanzaron una suerte de Programa de Gobierno. Algunas de sus medidas sedujeron a enormes sectores de la izquierda, como la *redistribución de tierras*, el *mayor control público de los medios de producción*, la *erradicación del desempleo* y el *combate a los ilícitos económicos y la corrupción*.

Es importante analizar cómo reaccionamos nosotros, lo que se llama pueblo. Pues, ¿sabés, Horacio? No pasó nada.

Bordaberry cedió, mediante el acuerdo de Boiso Lanza, pues a esa base de la Fuerza Aérea lo llevaron a conversar.

Bordaberry había convocado al pueblo a defender la legalidad. No fue nadie. ¿Qué pasó? No nos dábamos cuenta de que el poder militar ocupaba espacios políticos.

Sí, es verdad, en el Parlamento varios legisladores señalaban el peligro. Pero nosotros, la gente común, ¿qué pensábamos? ¿Qué hacíamos para evitar la inminente dictadura?

Por eso te decimos, Horacio, siempre otros deciden por lo alto; deciden por nosotros y a pesar de nosotros.

Es importante analizar dos actitudes distintas de la izquierda, en esa oportunidad. Por un lado, Quijano, a través de *Marcha*, predicando en editoriales que enriquecen la historia de la dignidad nacional.

> Por otro lado, *El Popular*, vocero del Partido Comunista, y el propio Comité Central del Partido Comunista, haciendo declaraciones de apoyo a los comunicados 4 y 7, avalando el avance del poder militar sobre el civil. Era esa ilusa esperanza de poder compartir con las Fuerzas Armadas un gobierno revolucionario «a la peruana».
>
> Cuando los integrantes del Comité Central del Partido Comunista daban esos apoyos, ¿no estaban actuando como cúpula, por encima de la gente común? ¿Cuándo, la gente común, el pueblo, es protagonista de los hechos? ¿Acaso cuando lo convocan a las plazas para solo decir que sí a lo que ya ellos decidieron?
>
> ¿Es que los dirigentes no estaban apoyando, no estaban incitando a una dictadura? ¿No se estaba desplazando a un presidente constitucional? ¿Para algunos sectores de la izquierda hay dictaduras buenas y dictaduras malas?

Durante los últimos tiempos, antes de escribir, Filomena y Carlos recorrieron bibliotecas y devoraron libros y documentos. En aquel Montevideo donde todo pasaba tan rápido y confuso, no les habían dado su real dimensión. Ahora, publican algunos pasajes de archivos de la época, por ejemplo, esta parte del editorial del órgano de prensa comunista *El Popular*, del 11 de febrero:

> Las Fuerzas Armadas deben reflexionar sobre este hecho: los marxistas-leninistas, los comunistas, integrantes de la gran corriente del Frente Amplio, estamos de acuerdo en lo esencial con las medidas expuestas por las Fuerzas Armadas como salidas inmediatas para la situación que vive la República, y por cierto no incompatibles con la ideología de la clase obrera y sin perjuicio de nuestros ideales finales de establecimiento de una sociedad socialista […]. Estamos seguros de que la conciencia de la clase obrera hará posible que, por encima del error, avance la comprensión mutua entre los trabajadores y las Fuerzas Armadas, en la trascendente tarea de buscar los mejores caminos para salvar la patria en la grave encrucijada en que se encuentra.

También incluyeron parte de una declaración del Comité Central del Partido Comunista, del 13 de febrero:

> En este proceso, que ha estado marcado por la presencia y la lucha constantes de la clase obrera organizada en la CNT, de los estudiantes, de los maestros, profesores y otros sectores populares, del Frente Amplio, del Partido Comunista y otros partidos que integran aquel, las Fuerzas Armadas han pasado a jugar un papel importante […]. En dos de sus últimos documentos, han establecido una plataforma de lo que constituyen sus objetivos. Estos abarcan los temas de la soberanía, los ilícitos económicos y la corrupción, la tierra, los monopolios, la participación obrera en la gestión de las empresas estatales, la necesaria elevación del nivel general de vida de la población, la deuda externa, la política crediticia, el saneamiento del servicio diplomático y de la conducción de los entes autónomos, etcétera. Son, sin duda, proposiciones de cambio que abarcan muchos de los problemas esenciales del país y cuya puesta en práctica efectiva abriría perspectivas promisorias para sacarlo de la crisis.

Y citaron, además, fragmentos de una declaración de la CNT, la central sindical de la época, de marzo del 73:

> Hemos valorado los comunicados 4 y 7 de las Fuerzas Armadas, donde se percibe la intención de llevar adelante algunos puntos reivindicativos coincidentes con los de nuestro programa. Nunca hemos pensado que somos los únicos que queremos la felicidad de nuestro pueblo y nos satisface mucho que en otros sectores que no son clase obrera se manifiesten esas inquietudes, tampoco nos asusta que esas coincidencias se expresen no solo en documentos, sino en la lucha diaria por su concreción.

> Esta conversación que nosotros, padres de Horacio, tenemos hoy con él, a veinte años de tantos horrores, es un exorcismo, un reconocimiento de errores, un asumir nuestra condición de derrotados. […] ¿Te das cuenta, Horacio, que nosotros soñábamos una sociedad de *hombres nuevos*, mejores, no corruptibles, no lograda aún, en ningún lugar? ¿Podrá alcanzarse algún día? ¿Te acordás, Horacio, cuando Carlos jorobaba con «el hombre falla»? Parecía un simplismo paralizante. Hoy comprobamos que esa parte inevitable de la condición humana no permite aquella sociedad ideal.

En su mensaje a Horacio, Filomena y Carlos le cuentan lo que pasó

en el núcleo familiar en esas dos décadas sin él. Su viaje a Chile y luego a Cuba, su nueva vida en Buenos Aires, y su regreso a un Uruguay que no les gustó.

> En lo político, los mismos vicios, las mismas triquiñuelas, los mismos bajos acuerdos. En el Frente Amplio, los mismos sectarismos, las mismas consignas, algunos hombres de dudoso pasado. En el gremialismo, con escasas variaciones, los mismos dirigentes vitalicios diciendo las mismas cosas. ¡Horacio, se hacían paros invocando reconquistar el salario del 68! ¿Y por qué en el 68 hacíamos huelgas, si estábamos tan bien que ahora se aspiraba aquel salario? ¿Cuándo nos engañaron, antes o ahora?
>
> Como ves, estamos siempre en una búsqueda continua desde aquel día. La búsqueda de ti, la búsqueda del sentido de la lucha, la búsqueda de la paz, la búsqueda de un lugar donde morir.
>
> No se pueden pedir tantos interminables años de sacrificio a la gente común, mientras un grupo tiene privilegios y libertades.
>
> Te decimos, Horacio, la izquierda se ha quedado sin modelo. Claro que todos queremos tener más justicia, más posibilidades para los jóvenes, mejor distribución de la riqueza, atención a los desposeídos. Pero todo con libertad. Libertad, valor prioritario e incanjeable. […] No se puede sacrificar la libertad para obtener la justicia social. Ambos valores son imprescindibles y deben coexistir. Al sistema democrático tenemos que cuidarlo y perfeccionarlo en la práctica, para que alcance el nivel que muestra en su elaboración teórica. Es el único que garantiza la libertad en su más amplia formulación, hasta allá, donde empieza la de mi prójimo.
>
> Es tan amplia esa libertad, que caben en el sistema hasta sus enemigos. También eso lo hace vulnerable. Siendo el régimen más respetuoso de la persona humana, de su libertad y de la justicia, también puede ser el más frágil. De ahí que a la democracia la defiende y fortalece, ejerciéndola correctamente, cada uno de los integrantes de la sociedad. La injusticia de los puntos de partida al nacer puede transformarse en uno de esos enemigos del sistema. Hay que corregir la injusticia, no destruir el sistema.
>
> Horacio, quizás ahí radicó el error de los planteamientos de aquellos

años. Decías, la injusticia social es la violencia de arriba ejercida sobre los desposeídos. Esa es la primera violencia, no la de la protesta que es solo una respuesta. La violencia del de abajo se justifica, decías, decíamos; es la lógica reclamación del olvidado, del desprotegido.

¿Sabés, Horacio? El MLN es hoy un grupo político integrante del Frente Amplio. O sea, un grupo político integrado a la democracia. ¡Cuántas vidas se hubieran salvado si hubieran empezado por ahí! Imaginamos que, ahora, revalorizaron la lucha política en el sistema democrático para perfeccionarlo por dentro. O sea, que no persiguen solamente unas migajas de poder.

¡Cuánta confusión se sembró en aquellos años, sin medir que eran vidas humanas lo que estaba en juego! ¡Cuidado con los inventores de espejismos!

Muchas veces reflexionamos sobre esto y reconocemos con toda crudeza, con dolor, haber cometido el pecado de la ilusión, de los sueños de mundos y *hombres nuevos*, buenos, iguales y solidarios. Pero, al despertar de estos veinte años, con el mundo de fantasía derrumbado, nos preguntamos, derrotados, si tenían derecho todos los revolucionarios que levantaron ese mundo de fantasía a contagiar a tanta gente. Pensamos en los humildes, miles, tal vez millones, que cayeron para construir esa URSS, China, en fin, todo ese mundo socialista que hoy se entrega a la economía de mercado.

¿Por qué se le engañó a la gente durante tanto tiempo? ¿Por qué se repetía que el gran enemigo era el mundo capitalista, y hoy se adoptan sus modelos económicos?

¿Qué significan estos, nuestros hechos, y estas, nuestras reflexiones, en el devenir del tiempo histórico del Uruguay? Nada. El tiempo triturará todo, y no seremos ni una letra en un libro.

Pero, para nosotros, una vida, tu vida, se perdió.

Este fue el final que eligieron para el libro:

No te dejaron vivir ellos, los asesinos. No te dejamos vivir nosotros, los equivocados.

Sí, seguís creyendo que los mártires son necesarios.

Nosotros te seguimos preguntando: ¿Valió la pena? Porque, como dice una canción, «el corazón no quiere entonar más retiradas».

Equipaje de mano

«Qué bueno que hayas venido. Sabés que me gusta hablar con gente confiable como vos. Te pedí que vinieras porque hay algo que tengo que contarte. Espero que me entiendas cuando te explique esto, aunque sé que es difícil. Vas a pensar que estoy loca, que me rayé por completo, pero te pido que me escuches, que atiendas mis argumentos. Los tengo.

»A veces las cosas no se dan como uno las quiere, pero son reversibles. A esta altura, ya sé que ese no es mi caso. No, no; no pienses que solo estoy hablando de Horacio. Hablo de lo que le pasó a mi hijo, así como también hablo de muchas cosas más, hablo de sentirnos perdedores y de un país que no nos ofrece una salida. Hace un par de décadas vivíamos en un mundo donde todo era blanco o negro; ahora sé que la vida tiene muchos matices.

»Por eso te cuento: son muchas las cosas que nos llevaron a tomar la decisión de eliminarnos. Tranquilo, no te pongas nervioso. No lo vamos a hacer todavía, pero sí dentro de un tiempo, antes de que la vejez nos impida actuar por nuestros propios medios. Sé que estás pensando en nuestras familias, sin embargo, yo creo que no les haremos mal. Además, para que sepas, ya les avisamos, hace años. A ellos no les gustó nada haberse enterado —lo imaginarás— y discutimos cada vez que surge el tema, pero saben que cuando tomo una decisión no hay manera de convencerme de lo contrario. Confío en que sabrán entenderlo; siempre estuvieron a mi lado y me apoyaron en las difíciles; tal vez por esas circunstancias de la vida no fui más unida con ellos, vaya uno a saber.

»Te voy a explicar los muchos motivos por los cuales tomamos esta decisión, que no es el producto de un arranque de locura, sino que ha madurado y está madurando todavía. Por supuesto que la muerte de un hijo es algo que no se supera nunca, es absolutamente desgarrador.

Cargo con esa cruz desde el 14 de abril de 1972 y ahora, veintisiete años después, es todavía más pesada. A Carlos le pasa lo mismo, pero —entre nosotros— te digo: el dolor de una madre es único. Hace unos días terminé de escribir unos apuntes para los nietos de mis hermanos, con la historia de nuestra familia, ¿no te lo mostré? Mirá lo que les escribí: 'La vida es un río que no se seca nunca y cuyas aguas nunca se detienen y que viene caminando por el cuerpo de las mujeres. Los hombres entran y salen del río, siembran el río, pero no lo llevan dentro. Lo que somos, lo que se formó en el primer instante de la siembra, crece, anida en el útero, en la panza de una mujer y ahí comienza a andar el río de nuestra vida'». Horacio salió de mi panza.

»Él era mi vida, mi orgullo. Cuando él se fue busqué otras vidas, pero no las encontré. No me entiendas mal: con Carlos decidimos que no íbamos a buscar otro hijo. Lo que busqué fue una esperanza, una ilusión en la vida que me devolviera la sonrisa. La sonrisa de placer, de alegría, no la sonrisa con la que te estoy contando esto.

»Vos me conocés. Sabés que jamás hubiera expuesto a mi hijo a que lo mataran. Sé que hay gente que dirá 'Cómo vas a decir eso si sabías que era tupa y ustedes eran colaboradores'. Desde ahí, tendrán su parte de razón. Aunque desde acá, yo te juro que estábamos parados y nos arrastró un tsunami, como a gran parte de la gente de este país. Había que vivir esa época, ¿te acordás? Todo era un caos, todo el mundo estaba agitado, politizado, violento; era imposible estar al margen. Es difícil medir las cosas cuando el agua te arrastra, y cuando sentís el golpe ya es demasiado tarde. Algunos machucones no sanan jamás. No vimos en su momento a lo que nos estábamos exponiendo, por más obvio que resulte hoy.

»Horacio era un terremoto. Siempre tan idealista, tan bueno, tan decidido. Nos empujaba, es cierto, sin embargo, nosotros como padres nunca intentamos siquiera frenarlo. Es más: lo acompañamos y lo apoyamos. Supongo que es por mi formación como docente, siempre confiando en la línea del maestro Pestalozzi, dando libertad a los chicos, dejándolos hacer porque si hacen algo por algo es.

»La verdad es que no importan los motivos. Lo que importa es la culpa. Y eso no me lo saca nadie. Puedo racionalizar las cosas, hablarte del tsunami, sí. Pero la culpa, esta que es de las peores culpas

que alguien pueda sentir, ya es irracional. Con eso no hay vuelta atrás.

»Durante mucho tiempo intenté darle sentido a la muerte de Horacio, convencerme de que no era un muerto, sino un mártir de la causa por un mundo nuevo, un héroe. Eran tiempos en que lo individual quedaba relegado, porque la prioridad era lo colectivo, era pelear por un mundo justo y por un *hombre nuevo*. Pero no pude encontrar ese sentido. En Chile y en Cuba se nos empezaron a abrir los ojos ante ciertas cosas. Fue tremendo. Acá vivíamos en un espejismo, Horacio también. Las utopías por las cuales peleábamos habían desaparecido.

»Después, en Argentina, nos sentíamos sapo de otro pozo, y nuestro país estaba en dictadura. Cuando eso se terminó, por momentos pensé que me volvía la alegría. La vuelta de la democracia y la fuerza de Wilson me habían devuelto un entusiasmo que hacía tiempo imaginaba perdido. Pero a los pocos años Wilson murió y no encontré a nadie más que me devolviera la ilusión. Luego de eso no fuimos a votar más; pagamos la multa y listo.

»Para peor, en esos años los tupamaros empezaron a meterse en la política. Jamás pude soportar verlos hablando en entrevistas, saliendo a buscar votos luego de habernos embarcado en una aventura militar en la que murió Horacio. Sí, ya sé, muchos me podrán decir que éramos grandes y que sabíamos lo que hacíamos, sí. Aun así, esto es lo que sentía y es lo que siento. Fuimos carne de cañón, sus soldaditos. Perdimos a un hijo, ninguno me dijo 'señora, lo siento', y ahora ellos se acomodan en el Parlamento. Cuando hablan de la derrota dicen que se cometieron errores militares, tácticos. Los perdedores somos nosotros, los desconocidos. ¡Si lo habremos sido! ¿Te acordás de que en todos lados nos ningunearon el libro que sacamos en 1992? Parece que en Uruguay a muy poca gente le interesa hablar de un libro que diga algo malo de los tupamaros; ellos deben seguir siendo héroes, valientes Robin Hood. ¿Y los muertos? ¿Son errores tácticos?

»Te imaginarás que por esos años, a fines de los ochenta y principios de los noventa, nuestro estado de ánimo era muy propicio para tomar una decisión como esta de ponerle fin a nuestras vidas.

»Pará, solo esperá un poco más antes de decirme lo que ya sé que me vas a decir. Esta otra frase también se las escribí a los nietos de mis

hermanos: ‘Los dolores de los exilios no se curan nunca’. Eso es cierto, y es una de las cosas que nos han llevado a esto. Han sido muchos años sin tierra, sin un lugar nuestro. Asumo que nosotros mismos nos mudamos todo el tiempo desde que mataron a Horacio, como fugándonos. Era una necesidad imperiosa que sentíamos. En cada nuevo lugar al que llegábamos, rápidamente nos sentíamos asfixiados, y enseguida salíamos a buscar otro lugar, otra oportunidad. De cada nueva frustración nos fugamos siempre en busca de una nueva esperanza.

»Pero, como te dije recién, las cosas son más complejas de lo que parecen. Tal vez por no encontrar vida en mi vida, empecé a vivir para la muerte.

»Un día le pedí a mi hermano Donato, que es abogado, que me recomendara libros de legislación sobre el suicidio. ‘Ya sé por dónde venís. ¿En qué estás pensando?’, me preguntó. Recuerdo que en ese momento no fui muy explícita; se lo contamos con Carlos poco después.

»Una película que había visto y algunas lecturas me hicieron pensar sobre el derecho que tenemos los seres humanos de terminar nuestras vidas cuando nosotros lo dispongamos. Es mi derecho, ¿o no? Fue entonces que decidimos planificar nuestra muerte, juntos, con tiempo. A esta altura no recuerdo si fue en 1989 o en 1990, pero es seguro que fue por entonces, porque el 5 de abril de 1990 fue que con Carlos hicimos los trámites ante la Intendencia de Montevideo para que, el día que hayamos fallecido, cremen nuestros cuerpos. Por entonces, también, sacamos el porte de armas y compramos el revólver.

»Ya bastante duro ha sido el camino como para terminarlo viejos y enfermos, siendo una carga para los demás. ¿Por qué quedarnos para sufrir si podemos terminarlo antes? Esto no es una decisión alocada. Tenemos argumentos.

»En Colombia existe la Asociación pro Derecho a Morir Dignamente. Me interesó mucho el tema, así que con los libros que me sugirió Donato más otros de psicología y de sociología, empecé a estudiarlo con detenimiento.

»Hace un par de años, en 1997, publiqué un libro sobre ese tema. Sí, ya sé, no me digas nada que no me ofendo: ni te habías enterado.

Es lógico, vendí apenas unos poquitos ejemplares. Se llama *El libro de la buena muerte*, mirá. Es una fundamentación del derecho a decidir el momento en que dejamos de vivir, todo sobre la base de bibliografía jurídica, sociológica y psicológica. Utilizo estadísticas sobre suicidios en Uruguay y en otros países, comparo las legislaciones, y también analizo el miedo a la muerte. 'Hay utopías que son posibles. Solo les falta el paso del tiempo'. Esas son las dos primeras frases del libro. Y sí, hay una utopía posible.

»Tal vez en el prólogo queda claro cuál es la idea central. Te leo: 'Siempre la muerte gana. Y eso no lo queremos aceptar. Por eso inventamos la supervivencia a través de nuestros hijos, las obras artísticas, la actividad pública, cualquier cosa que nos haga perdurar. La cuestión es engañarnos: para algo servimos. Superamos, ganamos a la muerte. ¿Es en verdad así? […] Solo invito a pensar que poder elegir su propia muerte, planificarla con tiempo, es un tema de libertad personal esencial, es un derecho humano aún no reconocido'.

»Te voy a leer algunas partes del libro para que veas que tengo fundamentos, que esto no es una locura:

> Cuando el hombre no quiere una vida deteriorada, dependiente de atención ajena para ejercer las funciones más necesarias y privadas, su opción de suicidio no será solo ejercicio de libertad sino y especialmente, de dignidad.
>
> El hombre quiere ser libre, quiere ser digno, no quiere sucumbir en una vejez sin calidad de vida. Y, aunque para cada uno, la calidad de vida tiene una medida subjetiva, lo que es indiscutible es el derecho a aspirar a ella.
>
> Cuando la vejez está muy avanzada, afectada ya por enfermedades progresivas (enfermedad de Alzheimer, por ejemplo) que van siendo irreversibles, se pierde también esa capacidad de optar, de ejercer el derecho a decir: esta vida no la quiero. En capítulos anteriores hemos citado opiniones de estudiosos que señalan que, en la senilidad avanzada, se producen escasos suicidios por esa razón.
>
> […] ¿Por qué hemos de limitarnos a pensar que el suicidio es solo enfermedad psicosocial? ¿Por qué no pensamos que el suicidio puede ser una opción racional?

¿En ambos casos, nos encontramos ante el ejercicio de un derecho individual?

Creo que en el primer caso no, por cuanto está limitado por un contexto psicosocial que no hace libre la decisión. Ahí deben actuar los mecanismos de prevención y asistencia que tiene la sociedad para preservar la salud de sus miembros.

Sin embargo, en el segundo caso, cuando la decisión deviene de una serena reflexión adulta, sin presiones externas, adquiere categoría de derecho esencial y debe ser respetado.

Pienso que tal vez por no estar reconocido como derecho esencial de la persona, lleva a muchos individuos a la desesperación de la clandestinidad. Y un acto que podría ser normal, sencillo y sereno, se convierte en un desesperado y violento modo de buscar la muerte, a veces perjudicando a terceros.

Reflexionemos que en la medida que el acto suicida salga de la clandestinidad que le impone el no reconocimiento como derecho, esa determinación será más libre y planificada.

Tenemos que tener claro que hablamos de derecho de decidir sobre la propia muerte. Que queremos decir solo —¡y cuánto decimos!— derecho. No queremos decir deber. Es una decisión totalmente libre, no obligatoria.

[…] Este planteo tan transgresor tiene, como fuente, un gran amor a la vida y la libertad. Quienes aman la vida plena en equilibrio con la naturaleza toda y respetan lo mismo en los demás individuos, quienes aman su libertad y respetan la libertad ajena, comprenderán este planteamiento aparentemente revulsivo.

¿En qué momento de la vida deberíamos ejercer ese derecho?

Por supuesto, partimos de ejercer la opción en pleno goce de nuestras facultades mentales, con las garantías y seguridades del caso. […] Para que estas decisiones voluntarias sobre la forma de la propia muerte se tomen sin presiones de ninguna índole, en total libertad, deben llevarse a cabo, pienso yo, antes de caer en el período grave de una enfermedad. Por eso creo que esa opción debe hacerla el adulto, en pleno goce de su salud mental y física.

Es solamente elegir cómo deseamos morir: dignamente, sin provocar dolor, trabajos y angustias a terceros.

Es nada más y nada menos que planificar serenamente nuestro último acto de vida: la muerte. Si asumimos con lucidez que la vida no es más que un inexorable caminar hacia ese último acto, trataremos de que este sea tan bueno como hemos tratado de que fueran todos los anteriores.

[…] Decía desde el inicio que abordaría un tema revulsivo y transgresor. Es común que no se quiera pensar ni hablar de él. Pero en la medida que afrontemos nuestros miedos, vamos asumiendo la muerte de la manera más natural, como un fenómeno más de la ecología. Necesitamos morir para que la vida siga. En la naturaleza todo se transforma. Antes que viviera yo, murieron millones de seres y después de mi muerte nacerán millones más. Esa materia viva seguirá viviendo, sobre millones de muertes más. Aunque una vida individual, humana, animal o vegetal, sea derrotada inexorablemente por la muerte, esta será derrotada por el devenir cósmico por nueva vida. Con esa generosa serenidad integradora asumimos la muerte.

[…] En estas reflexiones hacemos también un enfoque socioeconómico. Hemos de asumir la propia muerte también para dejar lugar a los jóvenes, a los niños que están naciendo. Así como en la película japonesa *La balada de Narayama*, los viejos iban a morir al lugar inhóspito de la montaña, asumiendo el fin de su ciclo productivo, también hoy hemos de comprender que la vida joven, y los niños que vienen empujando, necesitan este espacio de producción para seguir creciendo. Es también con este enfoque socioeconómico que debiéramos asumir la muerte.

La labor que desarrollan las asociaciones proderecho a morir dignamente es fundamental para comprender y aceptar serenamente la muerte. Su tarea de divulgación informativa va colocando el tema de la muerte como un tema más de reflexión, limando los miedos que genera en muchas personas. Ayuda a comprender nuestro derecho a decidir una muerte digna. Ayuda a nuestra decisión de ejercer dicho derecho, mediante los testamentos vitales.

Es imperioso que surja un grupo de personas interesadas en el tema,

dispuestas a formar la Asociación pro Derecho a Morir Dignamente, que funcione en nuestro país.

Este trabajo pretende ser una convocatoria. Si lo logra, habrá cumplido su objetivo principal.

»Como verás, las cosas no son en blanco y negro. Hay muchas cuestiones mezcladas en todo esto; el ser humano es muy complejo y jamás existe una única causa para las cosas. Esto ha sido una cadena de cosas que se fueron entrelazando hasta llegar a un estado de ánimo, y en medio de esto surge nuestra legítima convicción por nuestros derechos. Estamos en una encerrona desde hace ya varios años y nos parece muy digno al menos tener el derecho a elegir el momento en que nos vayamos. Y lo vamos a hacer juntos, con Carlos, como todo lo que hicimos en la vida.

»Esto me ha generado todo tipo de discusiones. Imaginate: un día le preguntamos a mi hermano Luis, que es médico, cuál es el método más seguro para terminar con nuestras vidas. Nos lanzó una batería de puteadas, y desde entonces estamos sin hablarnos. Yo sé que con el tiempo eso se va a arreglar, porque es el hermano que más quiero.

»Te quedaste mudo. No te preocupes: no sos el primero que reacciona así cuando le contamos esto. No hay necesidad de que digas una palabra. Soy yo la que quería contarte esto, como lo estamos haciendo desde hace algún tiempo con las personas que queremos.

»No sé cuándo será, pero en algún momento, tal vez en días o en unos pocos años, será. Es una decisión tomada y, como quien dice, ya tenemos el equipaje de mano pronto.

La decisión

Llegó el día. Era un día para morir: un 14 de abril, el día que mataron a Horacio, el día en que lo estaban matando todavía. Ya entraron en una habitación del hotel Days Inn, frente a la terminal Tres Cruces, y colgaron sus camperas en un perchero. Se miraron, callados. El silencio era pesado. Sus cuerpos estaban blandos, casi entregados, pero en la mirada de ambos estaba escrito lo que sentían: fue difícil el camino hacia esta decisión, y difícil sería concretarla.

Atrás habían quedado los años grises. En el 2003 habían pegado su último grito para que alguien los escuchara. Publicaron otro libro: *Utopías y dolores (14 de abril de 1972), 30 años después*. Sin embargo, nadie los había oído, otra vez.

En su prólogo habían explicado el impacto que les produjo el libro *La revolución imposible*, del periodista Alfonso Lessa, y les hicieron una pregunta a los líderes del MLN:

> ¿No tienen ustedes, los líderes, ningún reproche ético que hacerse? Solo se refieren a errores técnicos, tácticos, falsas valoraciones de la realidad. Es de temer, entonces, que también el MLN tenga su *historia oficial*. […] Es una omisión lamentable. La responsabilidad de los líderes en su conducta ética es imprescindible, pues ellos abren caminos, son modelos para sus seguidores. En sus opiniones no encontramos ningún intento de asumir responsabilidades por las muertes causadas, ni por las muertes recibidas. Solo se habla de errores de tácticas, de mala valoración subestimando al enemigo. Solo importa la derrota militar. Ahora, a treinta años, nos enteramos de que dentro de cada idealista lírico guerrillero, Robin Hood de los años setenta, había un duro e insensible militar que solo se interesa en estrategias, en batallas ganadas o perdidas.

Con autocrítica, escribieron:

> Esto es un fuerte llamado de atención para cuando hacemos opciones siguiendo modas, integrando corrientes de opinión que, con facilismo, parecen solucionar todos los problemas. Debemos cuidarnos de integrar rebaños que son aparentemente democráticos, porque dentro podemos estar alimentando, por aclamación, por admiración, por temor, un futuro dictador.

Sentían bronca con los tupamaros, bronca también con los periodistas. Unas líneas más adelante, agregaron:

> Sobre este tema de la Revolución cubana, sobre la cuestión del intocable mito Fidel, notamos que hay en el periodismo como un miedo a decir ciertas cosas, una autocensura, que tal vez responda al temor de ser señalado como no progresista. Es llamativo que un gremio que tiene marcadas tendencias corporativas no haya reaccionado con valentía sobre la fuerte censura de prensa que impera en Cuba desde el triunfo de la revolución, o sea desde hace más de cuarenta años. Y es aún más llamativo, por cuanto este gremio reacciona velozmente ante cualquier opinión que predique que el periodista debe citar sus fuentes para respaldar sus afirmaciones. ¿Por qué este doble proceder?

Luego, contaron que habían vuelto a Cuba en 1997, y que las cosas estaban peor aún que veinticuatro años antes: «Eso debieran hacer todos los que solo repiten eslóganes: ver con sus propios ojos, no viajar solo invitados a congresos, festivales o multitudinarios actos de masas donde halagan al visitante mostrando solo lo bueno».

Los días estaban corriendo, y nada más. Monótonos y en soledad. Se habían mudado a un apartamento en Punta del Este, donde disfrutaban el invierno y huían hacia alguna parte, lejos, en el verano. Caminaban, como siempre, apretados de la mano, muchos kilómetros por día, por la rambla ventosa y de olas agitadas, por los enormes edificios vacíos que cortaban el cielo gris, cargado. De tardecita volvían al apartamento y se ponían a leer algún libro juntos. Cada uno leía una parte, en voz alta, para el otro. Se turnaban. Tenían las habitaciones tapadas de libros. Había novelas, ensayos sobre historia, todos los libros que salieron sobre los tupamaros.

A veces se juntaban a conversar con sus amigos, con la gente que consideraban *confiable*. Las charlas con ellos siempre eran densas,

trascendentes, profundas. No había lugar para los bueyes perdidos, para las pequeñas cosas de la vida. Siempre hablaban de política e ideología, nunca de cómo preparar un buen plato de comida —y eso que Filo cocinaba muy bien—. Estaban indignados con el crecimiento electoral de los tupamaros, convertidos en gobernantes de saco y raya al costado. Les rechinaba ver a los líderes tupamaros haciendo jocosos y ocurrentes comentarios en la televisión.

Iban al cine, a presentaciones de libros, a cuanto foro de discusión se instalaba sobre lo que fuera. Leían todos los diarios y revistas, escuchaban los programas periodísticos de las radios y permanecían muy informados sobre todo lo que pasaba en política. Escuchaban El Espectador, y también la radio de izquierda de ese momento: Centenario.

En esa emisora, el 14 de abril del 2005, los periodistas Ángeles Balparda y Efraín Chury Iribarne entrevistaron a Esteban Pereira Mena, un exjefe de la columna 15 tupamara, conocido por su eficiencia militar y coraje. Pereira Mena, cuyo seudónimo era *el Negro Alejandro*, dejó el MLN; era un ácido crítico de sus líderes actuales, a quienes acusaba de incurrir en *desviaciones burguesas*, de haber traicionado aquello por lo que tantos arriesgaron y dieron sus vidas.

Filomena y Carlos escuchaban la entrevista, hundidos en sus sillones. Pensaban muy distinto que el Negro Alejandro, pero los unía el cuestionamiento a los líderes del MLN. En un momento de la entrevista, Balparda repasó varios de los hechos del 14 de abril de 1972, y minutos después volvió a ese mismo maldito día:

> —Hace un ratito, cuando leímos la cronología del 14 de abril, nombramos como uno de los fusilados del 14 de abril a Horacio Carlos Rovira, del grupo de cuatro compañeros que son fusilados en la calle Pérez Gomar. Y después, en la misma cronología, nombramos como detenidos en la misma dirección a Carlos Rovira y a Filomena Grieco de Rovira, y precisamente tenemos una comunicación: está Filomena en el teléfono. Buenos días, Filomena.
>
> —Buen día, Ángeles. Sí, soy yo, Filomena Grieco, que quiero saludar a Alejandro y agradecerle el recuerdo. Estoy muy emocionada en un día tan especial para nosotros.
>
> —Compañera, siempre, siempre traté de ubicarte y te voy a ser

bien franco: tenía temor a que flaqueara, como ahora.

—Nosotros oímos e inmediatamente Carlos me dijo: «Tenemos que hablar con él, tenemos que agradecer este recuerdo», porque para nosotros… Estamos muy solitarios y dolidos, te imaginás. Oírte a vos y oír todas estas cosas en las cuales coincidimos bastante, nos emocionó mucho. Yo no sé si tú sabés que nosotros escribimos un libro después de los hechos y ese libro tuvo una mención en Cuba, y después estuvimos exiliados en Buenos Aires muchos años. Después tuvimos toda una serie de reflexiones casi coincidentes con lo que tú estás diciendo, ¿viste? Entonces, estamos muy bajoneados porque lo que está pasando no es nada de lo que habíamos imaginado en aquellos años.

—Creo, compañera, que todo ese sacrificio, toda esa juventud hermosa, es como la memoria, está ahí y es potencia para lograr ese sueño que tuvimos y que nunca lo vamos a perder. Un abrazo, compañera, me flaquea un poco el tener este contacto así, porque yo siempre los llevo en el alma a ustedes por aquel recuerdo tan directo que he tenido con esa familia hermosa que son ustedes, con ese hijo que está entre nosotros.

—Es algo que los años te hacen reflexionar tantísimas cosas, sobre la condición humana especialmente. Cómo el ser humano puede tener tantas facetas distintas, y bueno, así va la humanidad. Por eso es que agradecemos estos momentos, de mucha emoción para nosotros, de oír otra voz distinta de la oficial. Después podés darnos una forma de poder charlar.

—A mí me encantaría conversar con ustedes, darnos fuerza mutuamente en todo este camino, compañera.

—Dejá por ahí el teléfono, de manera que podamos contactarnos y ayudarnos espiritualmente.

—Creo que va a ser una cosa mutua, mutua, de todo nuestro pueblo, compañera, que estamos bastante bajoneados y confusos, pero que entre todos tenemos que encontrar el camino para que no sea en vano todo ese esfuerzo hermoso de nuestros jóvenes, porque la mayoría éramos jóvenes.

—Éramos todos muy jóvenes, y además muy entusiasmados con un mundo distinto.

—Sí, cargados de sueños. Veíamos el cielo en la esquina, como decíamos nosotros. Ese cielo va a estar, compañera, es el esfuerzo entre todos.

—No lo vamos a ver, pero esperemos que los rumbos no se tuerzan.

—Es el esfuerzo que estamos haciendo, tratando de hacer que todos controlemos, para que todos estemos alerta, para que los caminos revolucionarios que tanta sangre costaron no caigan en saco roto.

—Exacto, pero con las autocríticas correspondientes.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Es muy importante eso, que sepamos verlo.

—Eso es lo que debemos en la clase obrera, al pueblo en general. Esa autocrítica que siempre escribimos, pero no decimos nada de lo que realmente tenemos que decir.

—Yo te digo que sobre esos personajes que están hoy tengo esa misma posición. Creo que no han hecho la autocrítica, creo que no han respondido a los muertos. Tienen que hacer la autocrítica, de los muertos de todos, de todos lados, porque los muertos son dolorosos para cualquiera. Esa es una cosecha que te da los años que hemos vivido, ya somos personas viejas y sabemos qué significan todas estas cosas. Estos dolores son muy fuertes.

—Filomena, soy Ángeles nuevamente, te mandamos un abrazo muy grande a vos y a Carlos. Alejandro tiene el teléfono así que se va a comunicar, van a poder hablar personalmente, seguramente de otra forma. Te agradecemos mucho por estar ahí escuchando y compartiendo todo esto.

—Yo les agradezco a ustedes por ser el puente.

—Un abrazo enorme. Seguimos, Alejandro…

En esos tiempos ya no les quedaba integrante alguno del grupo de personas *confiables* a quien no le hubieran avisado que iban a suicidarse. Los familiares lo sabían, incluso lo habían conversado varias veces con cada uno.

Los amigos lo sabían. Se lo habían anunciado, por ejemplo, a Graziano Pascale, a Luis Nieto y también a Edmundo Canalda, un extupamaro que les había editado sus últimos dos libros, y con quien se habían hecho amigos.

Era tormentoso cada encuentro. Quienes se reunían con ellos los escuchaban y era como si todas las aplanadoras del mundo pasaran por encima de sus cabezas. Quedaban asombrados, tristes,

contrariados, impotentes. Filomena llevaba la voz cantante, habladora, como siempre. Carlos, más callado, se metía en las conversaciones para reafirmar cosas que había dicho antes Filomena. Parecía una pesadilla escuchar el anuncio del suicidio de ese matrimonio tan unido, tan tierno, que integraban Filo y el Viejo.

La decisión estaba tomada. Estaba planificada para afectar lo menos posible a la familia. Incluso tenían resuelto que no lo harían en su apartamento. Su defensa estaba bien argumentada. Filomena era una temible rival en un debate. Si aflojaba en algo, era por mera concesión táctica, porque a los pocos minutos volvía a contragolpear. No había forma de convencerlos de dar marcha atrás. No lo podían hacer los amigos ni los familiares. Todos sentían lo mismo cada vez que se despedían de ellos: podía ser la última vez que los veían.

Pero, además, para algunos amigos la cuestión era más compleja todavía. Necesitaban hacer algo para frenarlos, sin embargo, no encontraban argumentos para dar vuelta el partido: entendían perfectamente todo lo que habían vivido Filomena y Carlos, conocían su eterno calvario y la culpa que llevaban incrustada en su cuerpo.

*

«Llegó el día», pensaban Carlos y Filomena, mientras se miraban dentro de la habitación del hotel ese 14 de abril del 2007, y se dieron cuenta de que no habían apagado el celular que ambos compartían, porque estaba sonando.

Los ejércitos de miles de alfileres hirviendo y de miles de alfileres de hielo que pican la piel hasta crear un escalofrío es lo que sintió Luis Nieto, cuando de mañana se dio cuenta de que era 14 de abril, y de inmediato corrió al teléfono para llamarlos y comprobar que su presentimiento era incorrecto.

—Luis, qué raro…

—Solo quería ver cómo estaban, y me gustaría que nos juntáramos a charlar un poco. En estos días tenemos que estar juntos y conversar, ¿verdad?

—Bueno… Nosotros teníamos… Bueno, está bien.

La voz de Luis reavivó las cenizas de Eros, moribundo frente a

Tánatos, que ya tenía su guerra casi ganada. Al rato se juntaron en el bar La Mostaza, en la plaza de comidas de Tres Cruces. Aquello era un gran bullicio. Cientos de personas por todas partes conversando, caminando, corriendo con su equipaje, comiendo. Mucho ruido. Pero en esa mesa los tres estaban encapsulados en el silencio. «Mirá, Luis, nosotros íbamos a concretar nuestra decisión hoy. Cuando nos llamaste nos descolocaste un poco, y tendremos que esperar un poco más», dijo Filomena.

Luis los miraba. Estaba callado y no sabía qué hacer ni qué maldita cosa útil podía decir. Los había conocido en aquella colonia en Cuba, los había vuelto a ver en Buenos Aires, luego los reencontró en Montevideo, y empezaron a ser amigos. Estiró sus brazos, agarró a cada uno una mano, y Filo y el Viejo se apretaron de las manos por debajo de la mesa. Así quedaron, aferrados los tres, mirándose a los ojos, sin decir palabra alguna, mucho tiempo, para ellos fueron horas. Así siguieron, mientras la gente pasaba alborotada a sus costados. Filomena y Carlos desistieron de llevar adelante su plan en ese momento, y dejaron pasar un tiempo más.

Un año después, la misma escena. Esta vez, el 14 de abril del 2008, y quien los llamó fue Graziano. Todavía estaban en Punta del Este y se sorprendieron porque no era habitual que él los llamara, sino que las charlas que con frecuencia mantenían surgían por iniciativa de ellos.

Otra vez la voz de un amigo los había sacudido. De tarde, se juntaron a conversar en el apartamento. Lo esperaron, como siempre, con todo muy ordenado y una bandeja con saladitos muy prolijamente presentados.

Con su sonrisa de maestra, ya arrugada, Filomena le contó:

—Graziano, hoy íbamos a concretar la decisión que tomamos hace años, pero cuando nos llamaste sentimos que no podíamos dejarte así. Te hubiéramos dejado muy mal, y no es lo que queremos. Lo vamos a postergar un poco más, aunque no demasiado. No es fácil hacer esto, pero estamos en una edad en que en cualquier momento podemos sufrir alguna nana que nos convierta en dependientes, en carga, y eso es justo lo que queremos evitar.

*

En los primeros días de enero de 2009, Filomena y Carlos se reunieron con sus hermanos y con la hija de uno de ellos, a quien querían mucho, y les comunicaron que iban a morir el 20 de enero, el día en que Horacio habría cumplido cincuenta y cinco años. Ya no había lugar para discutir la decisión, solo para informar la fecha. Sin embargo, su sobrina les pidió que esperaran un poco, porque por esos días su hija iba a cumplir 15. Y otra vez aplazaron el momento.

El instinto de supervivencia aparecía en cada intento, aunque a esa altura el suicidio se había convertido en una obsesión, y de tantas veces que lo habían anunciado, estaban entrampados. Fueron varias las ocasiones en que alquilaron una habitación en el hotel después de enero. Cada vez lo hacían de la misma manera: preparaban carpetas con documentación —facturas, certificados, recuerdos—, las dejaban con prolijidad sobre la mesa del living de su apartamento en Punta del Este, llegaban al hotel en Montevideo, escribían una carta para sus familiares con la fecha y un mensaje, a los pocos minutos alguna excusa surgía, y suspendían la despedida.

Cada nueva carta era una prolongación de la anterior. Utilizaban las mismas hojas de libreta, y algunos mensajes eran muy parecidos. Así lo hicieron el 16 de enero, el 14 de marzo, el 27 de abril y el 6 de mayo de 2009. También el 25 de junio, pero esa fue la última vez que lo postergaron.

La última fuga

Cuando por fin la puerta de la habitación se cerró, Filomena y Carlos se quedaron congelados. Ni una palabra. Ella se sentó frente al escritorio al lado de la ventana, y Carlos se tiró en la cama sin destenderla. Hacía varios días que estaba de mal humor, contrariado, como nunca había estado.

Filomena sacó del bolsito azul eléctrico una lapicera y las cartas que escribieron en los intentos anteriores. Luego dos sobres de manila, un ejemplar de *El libro de la buena muerte*, un recibo de la Primera Escuela Uruguaya de Tiro, la *Guía de posesión de armas n.º 8543*, y el revólver calibre 38 de cinco tiros, metalizado con mango de color marrón. Todo lo puso sobre la mesa del escritorio.

Carlos miraba el techo, serio, sin abrir la boca. Filomena agarró uno de los dos sobres y escribió: «Señor juez actuante, señor jefe de Policía». Después tomó el otro: «Queridos hermanos y querida familia toda».

Mordiendo el canuto de la lapicera, pensó dos segundos y luego escribió en una hoja de cuaderno:

8 de julio 2009:

Tal vez hoy logremos nuestra decisión, que tanto dolor nos provoca, pero es preventiva de dolores mayores.

Miró a Carlos, buscando un comentario, una mirada, pero él no se movía, seguía con los ojos pegados al techo. Tomó el sobre dirigido al juez y a la Policía, introdujo el libro y redactó:

Señor juez:

Hemos concretado una decisión que tomamos hace ya varios años, y que

consiste en nuestro derecho a que podamos decidir nuestra propia muerte. Consideramos que ese es un derecho humano, aunque sabemos que quienes así pensamos somos una minoría. ¿Quién más, si no, es dueño de nosotros mismos?
Deseamos que nuestra muerte sirva para empezar en nuestro país un movimiento que finalmente logre que ese sea un derecho reconocido.

Introdujo el papel en el sobre, y lo cerró con la cinta adhesiva que habían traído en el equipaje de mano. Entonces empezó a leer las cartas que antes había escrito para sus hermanos:

14 de marzo 2009:

Hermanos queridos, les pedimos que nos entiendan. Queremos irnos por nuestra decisión, previniendo más dolores y preocupaciones. No tenemos derecho a molestar con nuestros dolores a los demás. La muerte la deseamos. Nos duele no saber hacerlo de manera menos cruenta. Somos ignorantes de otros métodos. Nadie quiere hablar de algo tan natural como la muerte. Nos duele esto: tanta ignorancia, tanto escapismo del tema. Les pedimos que nos comprendan. Sufrimos porque queremos hacerlo y no somos tan crueles por hacerlo de esta manera. Por eso, por favor, que no se haga nada para dejarnos con vida si no lo logramos totalmente. Compréndannos, gracias,

Filo y Carlos.

Lunes 27 de abril 2009:

Como ven, lo postergamos otra vez por no preocuparlos en fechas especiales. Seguimos en la encerrona. No podemos postergarlo más. No queremos ser una carga. Ya tienen cada uno de ustedes sus problemas propios. Perdonen, pero alguna vez tenía que ser. Por favor, no velorio, y hagan cumplir nuestra voluntad de incineración. Por favor, retiren del departamento las carpetas con documentos auténticos para evitar pérdidas. Gracias por todo,

Filo y Carlos.

Lunes 27, martes 28 de abril de 2009:

Nosotros, Carlos Rovira Placeres, cédula de identidad 685.755-0 y Filomena Grieco, cédula de identidad 722.172-2, casados desde el 7 de

marzo de 1953, decidimos de común acuerdo quitarnos la vida. Pedimos que no se pretenda prolongarla por medios contrapuestos a nuestra decisión. Queremos ejercer el derecho a una muerte digna en el momento en que lo decidamos. Gracias por comprender este acto.

Carlos Rovira, Filomena Grieco de Rovira.

Miércoles 6 de mayo 2009:

En esta nueva fecha, que por razones de postergación inevitable hemos resuelto, reafirmamos lo ya escrito en páginas anteriores. Les pedimos no velorio y la cremación y la no prolongación artificial si no logramos lo deseado. Por favor, retiren las carpetas con los documentos auténticos para cuidarlos de extravíos.

Filo, Carlos.

25 de junio 2009:

Nos queremos mucho, por eso queremos irnos juntos.

Filo, Carlos.

Filomena giró de nuevo a su izquierda, Carlos parecía dormido. No se había dado cuenta de que la medianoche había pasado. Los ómnibus no paraban de entrar y salir de Tres Cruces. Otra vez, el papel y la lapicera:

8 y 9 de julio:

Queridos hermanos, dejamos en el sobre grande las cartas para la familia, recibo de la noche de hotel paga, también las tarjetas para la cremación. Este es el dinero que nos quedó después de pagar el hotel, cuya factura adjuntamos: $ 2.300. Les rogamos que vayan lo antes posible al departamento y retiren la documentación que allí dejamos en carpetas. Los gastos comunes los pagamos por el resto del año. Dejamos un llavero en la campera de Carlos, el otro está en el departamento. Perdón y gracias.

Intentaron dormir varias veces, ella en la butaca, él en la cama, vestidos. Sin embargo, no pudieron. A las once seguían mudos. Filomena volvió a escribir:

8 y 9 de julio:

Queridos hermanos: como verán, en todas las hojas escritas hay fechas que nosotros planificamos como la despedida, pero por circunstancias diversas, pensando en el dolor y trabajo que les daríamos, lo fuimos postergando. En este momento estamos en un callejón sin salida. Piensen cuánto nos duele seguir viviendo. Tratamos de superar y no contagiar nuestra tristeza. Carlos me ayuda mucho, pero tampoco quiere seguir postergando. Llegamos al final, estamos muy gastados, derrotados. Perdón y gracias por todo lo que han hecho por nosotros. Vayan lo antes posible por el departamento para retirar los documentos auténticos. También hay fotocopias. En la tarjeta, sobre la mesa, dejamos carpetas con hojas con indicaciones útiles. Quedan acá nuestras cédulas de identidad para que den de baja nuestras jubilaciones rápidamente, pues se acreditan y el BPS exige aviso inmediato. También baja del Casmu. Hay fotocopias de la cédula de identidad en la carpeta del placar.
Perdón, por favor, traten de comprendernos. No queremos ser una carga para nadie. Estamos seguros de que nos entenderán. Por eso, los queremos mucho.

Filo y Carlos.

Puso las cartas en el sobre para sus hermanos y su familia, y lo selló con cinta adhesiva. En un papelito escribió: «Con gratitud para el personal del piso», y lo dejó en la mesa, encima de un billete de quinientos pesos.

Carlos se paró y fue hasta el escritorio. Otra vez se miraron. Se quitaron sus relojes, sus lentes, sus alianzas y los colocaron sobre la mesa. Filomena agarró el revólver. Caminaron dos pasos, de la mano, se sentaron en el piso y se recostaron contra la cama, ambos con las piernas estiradas, de frente a la ventana. El cielo seguía gris.

—Es hoy, viejo.

—Sí, Filo, parece que es hoy.

Dudaron un minuto más, en silencio, pero el teléfono empezó a sonar porque la hora del *check out* había pasado. Filomena levantó su mano derecha y le dio a Carlos el revólver, tal como lo habían acordado.

Ambos siguieron mirando la ventana:

—Te quiero mucho, Filo.

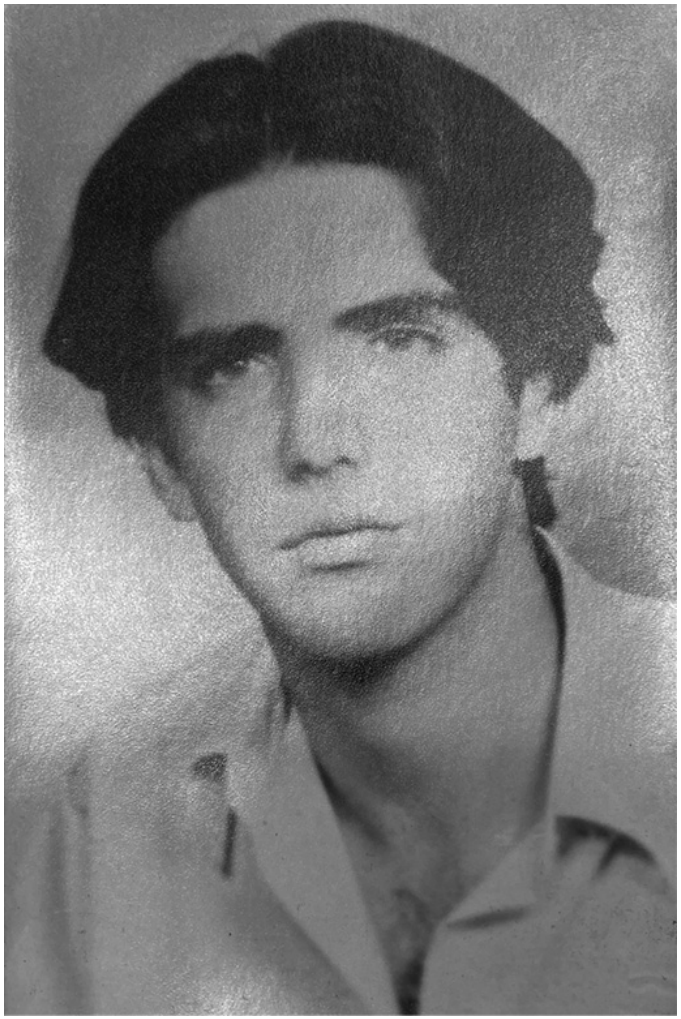
—Te quiero mucho, viejo.

El teléfono no paraba de sonar.

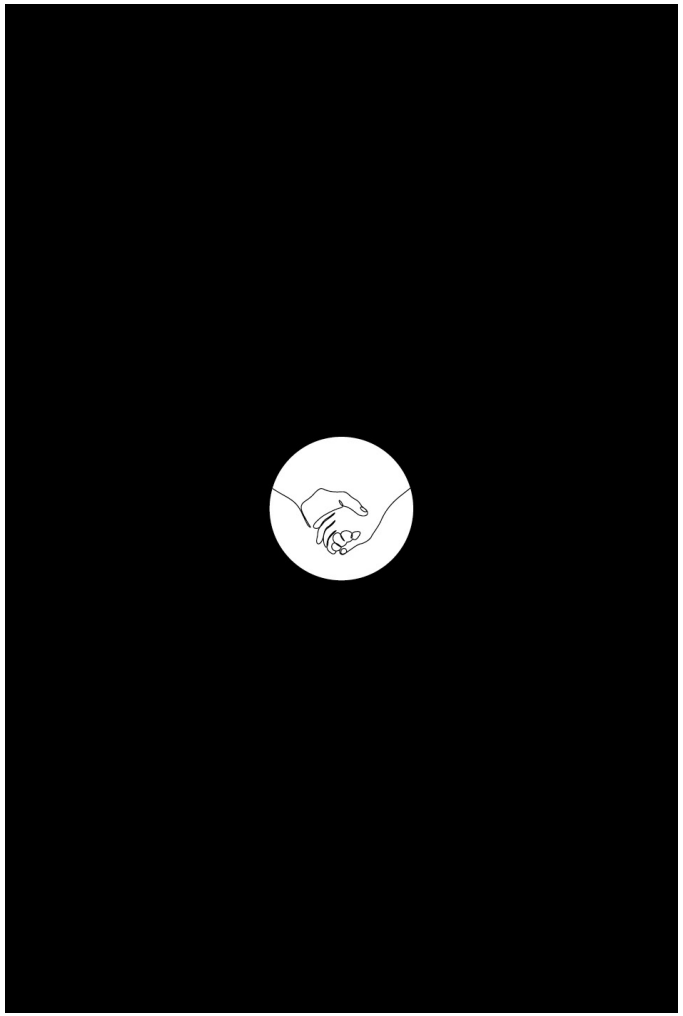
Carlos metió el caño en su boca, disparó y su cabeza cayó recostada en el hombro derecho de Filomena, que sin mirar tomó el revólver, lo apoyó contra su sien y terminó el dolor, cuando apretó el gatillo.

Filomena Grieco y Carlos Rovira.

Carlos Rovira y Filomena Grieco.



Horacio Rovira Grieco.



Después de una postergación insostenible, en julio de 2009 Filomena Grieco y Carlos Rovira toman la decisión que tanto defienden y planificaron: morir juntos. Una decisión consciente, que tiene sus raíces en la pérdida de su hijo Horacio, militante tupamaro asesinado el 14 de abril de 1972, y que se potencia cuando la lucha por un mundo mejor deja de ser la trinchera de la justificación. Ya no hay utopías, ya no hay mártires; hay muertos y un sentimiento de culpa inexorable.

La última fuga marca el final de un camino sinuoso que llevó al matrimonio a transitar por Uruguay, Chile, Cuba y Argentina, en una época convulsionada por las dictaduras latinoamericanas. A trece años de la publicación original, el periodista Iván Kirichenko presenta una edición revisada de este relato de dolores decantados, de cartas y libros que anhelan ser leídos, y de una familia que carga sobre sus hombros el peso de la historia.

IVÁN KIRICHENKO

Es periodista y especialista en comunicación estratégica. En 2014 fundó la agencia de comunicación Signo, de la cual es director. Trabajó en varios medios audiovisuales, así como en el diario El País (1998-2004) y en el semanario Búsqueda (2004-2014), donde fue editor de la sección «Política». Desde 2006 es profesor de Periodismo en la Universidad Católica del Uruguay. Además de La última fuga, publicó tres libros de cuentos para niños: *Polo y Analía viajan por el mundo*, *Polo y Analía de la Antártida a la luna* y *Polo y Analía conocen Uruguay*.

Primera edición: julio de 2022
Edición en formato digital: agosto de 2022

© 2009, Iván Kirichenko
© 2022, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial
Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-9915-667-90-4

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

La última fuga
Prólogo, Wild horses y hombres nuevos. Por Gerardo Grieco
Antesala
Amor, carajo
Horacio
No
14 de abril de 1972
De golpe
Primera fuga
La balada de Narayama
Moriste por un espejismo
Equipaje de mano
La decisión
La última fuga
Álbum de imágenes
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos